

SEIS PATAS, DOS AMIGOS

Emilio Ortiz Pulido



Las mejores
historias de perros
y humanos de
todos los tiempos

mñ

Gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

iRegístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

EMILIO ORTIZ

SEIS PATAS, DOS AMIGOS

mī

Índice

Portada

Sinopsis

Dedicatoria

1. EL PERRO EN LA MITOLOGÍA, ENTRE LA CRUELDAD Y EL MIEDO

Mitología griega, guardianes y estrellas

Perro de color negro, leyenda negra

América. Guardianes de los caminos benditos o malditos

India. Los amigos de los dioses

Tailandia. Los abandonados y los temidos

China. Del Zodíaco a los hogares

Japón. De la crueldad al lujo

El budismo, una religión a cuatro patas

2. A TRAVÉS DE LOS SIGLOS

Alejandro, el lado sensible del guerrero insaciable

Simón Bolívar. Un niño, un perro y una amistad sin límites en el tiempo

Adolf Hitler. Blondi, el amor sin condiciones

Reino Unido y Gran Bretaña. Los reyes de palacio son peludos y tienen cuatro patas

Estados Unidos y Europa. Perros de portada

Científicos. Amor e investigación

Arte. Amistad e inspiración

3. PERROS Y TINTA, ESCRITO DE SU PEZUÑA Y LETRA

De fábula

El coloquio de los perros, tienen tanto que decir

Lord Byron. Cuanto más conozco al perro, más creo en la mejora del ser humano

Mark Twain, cuento de un perro

Jack London, comodidad, domesticación, libertad, lucha salvaje

Virginia Woolf, el mundo ante la mirada atónita de Flush

Helen Keller. Más allá del silencio, al otro lado de la oscuridad

Agatha Christie, perros con amor y misterio

Las columnas

Aquí no caben todos, pero me hubiera encantado

Paco, un camino de ida y vuelta con seis patas

4. PERROS DE CINE

Uggie, salvado por los pelos
Milo, un peludo tras la máscara
Pancho, la lotería le tocó a los dueños
Buddy, de las calles a estrella del cine y del basket
Fantasma y sus hermanos, perros lobos y megabytes lobunos
Terry y Toto, por el camino de baldosas amarillas hasta llegar a la alfombra roja
Butkus, entre las cuerdas del ring y de la vida
Rin Tin Tin, guerra y miseria o estrella del cine
Bajo cero, Antártida, dura realidad e intento de reparación

5. DE CORAZÓN

Barry, buscando vidas bajo la nieve
Balto y sus compañeros, misericordia, injusticia y sobreexplotación
Frida, la esperanza tras la catástrofe
Kie, calor perruno
Turco y Cristina, más allá del amor
Salty. No te dejaré a tu suerte, Omar

6. EN EL DÍA A DÍA

Arranca que nos vamos
¿Quién es?
¿Qué se debe?
Una copa de vino y un baño relajante
No es perro todo lo que peludea
Nadar y guardar la ropa
Breves, pero intensas perrerías
Malas pulgas

7. REDES CANINAS

Beast, el enchufado
Herry y Andrés, a cual más guapo
Baloo, instagramer por su cuenta
Pippa, una empresaria de raza
Tuna, de vagabunda a icono del rescatismo perruno
Marnie, con la cabeza ladeada, ¡pero bien alta!

GRACIAS A LAS REDES, GRACIAS A LAS PERSONAS
AGRADECIMIENTOS

Créditos

El perro, el mejor amigo del hombre, ha influido de manera notable en grandes personajes del poder, la ciencia, la política y la literatura. Sin la compañía de estos seres peludos, la historia de la humanidad hubiera sido muy distinta.

Seis patas, dos amigos, el nuevo libro de Emilio Ortiz, nos acerca a la sabiduría canina, que mezcla inteligencia, instinto y su capacidad de aprender del ser humano todo lo bueno y prácticamente nada de lo malo.

Un libro tierno hecho a la medida de los amantes de los animales.

*A Toñi Ortiz Pulido, a quien dedico sobre todo la parte del capítulo cuatro en la que hablo de
Butkus.*

*A ti, que te has despedido de todos nosotros mientras escribía estas líneas. A ti, mi querido y
esponjoso hermano Spock. Estarás siempre en mí.*

1

EL PERRO EN LA MITOLOGÍA, ENTRE LA CRUELDAD Y EL MIEDO

Los lectores que estén en este momento leyendo las primeras páginas de este libro, a buen seguro que son amantes de los animales en general y de los perros en particular.

En este primer capítulo no nos vamos a encontrar precisamente un relato tierno de nuestros ancestros humanos hacia los antepasados de los amigos de cuatro patas actuales. Sin embargo, como entusiasta de los animales, como apasionado del mundo canino, pero sobre todo como escritor, me veo en la obligación de hacer un ejercicio de justicia con este trabajo e intentar poner cada cosa y a cada uno en su sitio. Aclaro también que las siguientes líneas no son una especie de reprimenda hacia el pasado mitológico, folclórico ni religioso de ningún país ni de ningún personaje histórico, sino que pondré ante los ojos del lector la realidad del pasado con un espíritu crítico hacia mi propia especie, la humana, y hacia mi gran grupo, la humanidad.

El perro, al ser utilizado como animal mitológico, simbolizó por un lado una fiereza exagerada necesaria para proferir el consecuente miedo a los «feligreses», llegando en ocasiones a adoptar formas sobrenaturales y monstruosas por parte de un animal que, a lo largo de los siglos, ha aspirado a poco más que a ser el mejor amigo del hombre, que no es poco.

Debemos tener en cuenta que si hoy día es difícil determinar si el ser humano en general está más o menos civilizado, domesticado, humanizado, y si tiene un mínimo de sentido de la ética a través del que pudiéramos decir: sí, este ser humano es el correcto, el que protege a su propio planeta, el que respeta a las demás especies y cuida de sus semejantes y diferentes como de sí mismo, más complejo y doloroso es determinar esto si analizamos a la humanidad en los albores de las distintas civilizaciones que se han ido desarrollando en el mundo.

Con esto no pretendo justificar ningún comportamiento, pero sí ser honesto contigo y conmigo mismo. Mi obligación como amante de los animales en general y como apasionado del mundo canino en concreto, es mostrarme crítico con cualquier comportamiento adverso que los seres de dos patas hayan tenido hacia nuestros amigos peludos a lo largo de la historia, fuesen cuales fuesen los motivos y las circunstancias. Pero como escritor, y si se me permite como historiador, he de decir que al igual que otras especies, la nuestra vive en un continuo estado evolutivo y, por tanto, en los tiempos prehistóricos, protohistóricos y aún en la Antigüedad, a la práctica totalidad de las civilizaciones surgidas en nuestro planeta, la humanidad en términos generales pasó por periodos muy oscuros en cuanto a la relación con el perro, aunque ya por entonces este era en bastantes ámbitos un animal considerado doméstico. Pero esto no fue fácil, inmediato y ni mucho menos concluyente. La cuestión ha ido evolucionando lentamente, milenio a milenio, siglo a siglo, año tras año y aun así el camino que queda por recorrer es largo y pedregoso.

Hoy, que cualquier persona tiene acceso a las ideas humanistas, a las ciencias sociales, a la filosofía, al estudio y al aprendizaje de una conducta ética, ni tolero ni justifico la más mínima vejación hacia los animales, bien se haga de modo directo hacia ellos o a través de representaciones pseudomitológicas. Es decir, que si la humanidad actual no tiene mejor relación con otras especies —y en concreto con aquellas como la del perro que ha domesticado él mismo— es porque no quiere, pues dispone de todas las herramientas y conocimientos para hacerlo. Lejos, muy lejos debería quedar ya ese comportamiento aselvajado que el hombre pudiera tener hace miles de años con su amigo peludo. Dicho esto, conozcamos ahora el papel que con sus claroscuros el perro ha tenido en determinadas culturas folclóricas, mitológicas y religiosas en la Antigüedad.

MITOLOGÍA GRIEGA, GUARDIANES Y ESTRELLAS

El cancerbero, o perro guardián del inframundo de la mitología griega, era un animal representado con tres cabezas y una cola en forma de serpiente. Es decir, este tenía la morfología idónea para que a cualquier ser perteneciente al lugar se le quitaran las ganas de salir de allí. La otra misión de este ser mitológico era no dejar pasar a los humanos limpios de alma a lo que venía a ser el infierno griego.

No fueron estos los únicos que dentro del imaginario mitológico pusieron un perro guardián a vigilar el tránsito de entrada y salida del inframundo; el cancerbero tenía sus equivalentes en las culturas indoeuropeas y en la escandinava, como el denominado Garm, el cual era representado en el imaginario mitológico frente al dios Odín con el pecho ensangrentado, algo poco extraño teniendo en cuenta la pasión por la sangre que tenía el que más tarde sería denominado como pueblo vikingo.

En la mitología griega la imagen atribuida a los perros no fue siempre terrorífica y monstruosa con el fin de espantar a los mortales, de proteger lugares o de salvar a estos de la tentación de entrar donde no debían hacerlo. También hubo numerosos canes con facultades mágicas y extraordinarias, fieles y solícitos a todo aquello que su dueño, compañero o amigo de dos patas necesitaba. Un ejemplo claro fue Lélape, el perro de Zeus, quien al parecer tenía la facultad de atrapar, cobrar o cazar todo aquello que se le pedía.

Cuando el dios griego secuestró a la musa Europa, que se encontraba jugando con unas amigas en la playa, lo hizo presentándose ante ella en forma de toro —todo muy romántico— para llevársela a la isla de Creta y convertirla en su amante. Tras llegar, el dios, con el fin de que cuidase de la musa, le regaló a Europa un hombre de bronce, que pese al frío material del que estaba compuesto, quizá tenía más sensibilidad que el bruto de Zeus. El segundo regalo fue una jabalina que poseía el magnífico don de poder lanzarse y acertar en el blanco siempre —vamos, lo que vendría a ser una especie de proyectil mitológico con inteligencia artificial—; y el tercer regalo fue Lélape, de quien ya hemos dicho sus facultades.

El gigante mitológico Orión, cuya profesión era la de cazador, tenía un fiel amigo que le ayudaba en dicha tarea. Sirio, que era como se llamaba este can, fue immortalizado para siempre en el momento que la estrella más brillante del firmamento adoptó su nombre. Desde el planeta Tierra la podemos observar en el primer semestre del año desde el hemisferio sur y a partir del segundo semestre desde el hemisferio norte.

A esta estrella probablemente le debemos uno de los dichos más populares que han llegado a nuestros días: «Hace un día de perros», que con el tiempo y la evolución del lenguaje y su utilización tanto se usa en los días de mucho frío o también en los excesivamente calurosos. Lo que es cierto y está constatado es que los egipcios se guiaban por la aparición de Sirio en el cielo cuando el Nilo experimentaba su crecida anual, coincidiendo con el mes más caluroso del año. Por tanto, decir que hace un día de perros teniendo en cuenta esta teoría no es para nada algo peyorativo hacia nuestros amigos de cuatro patas, sino todo lo contrario, está directamente relacionado con la mitología griega, la historia egipcia, las estrellas y el Nilo, ya que a estos días se les llamaba caniculares —días canis— o días perro.

El conocido personaje mitológico Atlas, que portaba el mundo sobre los hombros, tuvo, además, un fiel amigo canino llamado Orto. Este tenía dos cabezas, era hermano del mencionado Cerbero, hijo del temido Tifón —un monstruo que poseía la fuerza de cien bueyes— y de Equidna, una mujer de rostro hermoso y cuerpo de serpiente, toda una joya de familia, vamos.

A estas alturas ya podemos deducir que los griegos antiguos otorgaban según les interesaba un aspecto horrendo a aquellos canes destinados a amedrentar al personal y por otro lado, si no un aspecto demasiado dulce, sí al menos una fama de pragmática funcionalidad.

El titán Atlas al parecer ya tenía bastante trabajo con tener que sujetar el mundo con sus hombros y en un momento concreto de su vida determinó que no le quedaban demasiadas energías para pasear, jugar y mucho menos atender como es debido a su amigo de cuatro patas, e hizo lo que desgraciadamente se hacía y se sigue haciendo más allá de la mitología: lo regaló. Su nuevo dueño, Gerión, no tardó en darle trabajo a Orto y lo mandó a custodiar junto al humano Euritión una serie de cabezas de ganado, sus bueyes rojos de la isla de Eritia.

El archiconocido Hércules tenía encargado como el décimo de sus trabajos mitológicos robar este ganado y, para poder llevarlo a cabo, acampó en un monte cercano. Orto, nada más ventear el aire, pudo oler al ladrón localizándole con más precisión que cualquier sistema de alarma contemporáneo. El perro persiguió a Hércules, pero este le mató con su clava. Su compañero de trabajo —el pastor humano Euritión— llegó para socorrerle, pero desgraciadamente este corrió igual suerte. Hércules le asesinó con la misma arma blanca.

La imagen de lealtad de los canes a sus amigos de dos patas fue llevada hasta el último extremo en la mitología griega de forma más que trágica a la par que hermosa en el caso de Erígone, quien había perdido a su padre Icaro. Esta se sirvió de Mera, su amiga perruna, para encontrar a su progenitor. Por desgracia las facultades olfativas de Mera sirvieron para ratificar lo que Erígone ya se temía: que Icaro había sido asesinado. Mera encontró la tumba del padre de su dueña. Después se supo que a este le habían matado unos pastores mientras rendía culto al dios Dionisos. Erígone se ahorcó al enterarse de la desgracia y la perrita Mera no pudo soportar el dolor de haber perdido a Icaro y a Erígone, y decidió finalmente terminar con su vida tirándose por un barranco.

El dios Dionisos, consternado por la concatenación de los acontecimientos sucedidos tras haber estado adorándole el bueno de Icaro, convirtió a los tres en estrellas con el fin de inmortalizarlos en el firmamento. Aquí tenemos un clarísimo ejemplo donde la figura del perro encarnado en Mera representa, además de la consabida fidelidad canina, la importancia que esta especie tenía ya en la antigua cultura griega, pues el alcance del drama toca a todos por igual, a los dos humanos y a la entrañable Mera. Además, una vez que el dios Dionisos decide inmortalizarlos, no hace diferencia alguna con los tres seres mortales.

Se ha hablado mucho del mito de Penélope y Ulises, sobre la espera insufrible de la mujer durante veinte años a que el hombre regresara de la guerra. El mito ha inspirado a lo largo de los siglos poemas —*Odisea*— e incluso canciones más contemporáneas que han utilizado este hecho haciendo historias paralelas sobre la original, como hizo Joan Manuel Serrat con su *Penélope*, que esperaba en la estación de tren de modo incondicional e indefinido la vuelta de su amado. Telémaco, hijo de Ulises, también estuvo los mismos años esperando a que su padre regresara de una guerra que tardó diez en finalizar, a los cuales se sumaron otros diez años de retorno.

El palacio estaba más que revolucionado. Todo el mundo acudía a hacerse dueño de las posesiones de la familia, algunos se erigían ya casi en reyes y querían desposar a la presentida viuda Penélope para reemplazar a Ulises, rey de Ítaca, haciendo honor al dicho popular de «rey

muerto, rey puesto». Aunque en aquellas no existían todavía las nuevas tecnologías, ni tan siquiera un simple teléfono por cable, el afán de extender rumores y cotilleos por parte de los humanos, era más que suficiente para que en poco tiempo una noticia atravesase medio mundo.

Ulises, antes de entrar en Ítaca, sabía de sobra todo lo que allí se estaba cocinando y de cómo los humanos-buitres se estaban arrojando ya con intención de devorar su cadáver, que por otro lado era una quimera. El rey héroe llegó a Ítaca disfrazado de mendigo harapiento para esconderse de sus enemigos internos, antiguos amigos y aliados, que en su ausencia se habían convertido en rivales. Nadie le pudo reconocer, ni la buena de Penélope ni su hijo Telémaco cuando lo vieron, pero quien sí que fue capaz de hacerlo no fue otro que su fiel amigo de cuatro patas, Argos. Este había penado durante los veinte años de ausencia tanto o más que cualquier miembro de la familia. Al reconocer a su amo, Argos, que era ya muy anciano, se acercó con mucho esfuerzo a Ulises moviendo la colita para solicitarle afecto como solo los perros saben hacerlo. Ulises, que temía ser descubierto, no correspondió a las muestras de amor de Argos, a las ganas de ver a su compañero de dos patas acumuladas durante veinte años de espera fiel y resignadamente. El humano se limitó a disimular y a mirar hacia otro lado, pero una lágrima de emoción y tristeza corrió por su rostro. Argos no tardaría en morir dada su vejez y tras sufrir la herida irreparable del desprecio pasivo, pero desprecio al fin y al cabo, de su esperado amigo Ulises.

Debemos hacer aquí un ejercicio de justicia histórica, ya que tanto Penélope como Telémaco y el mismo héroe Ulises saltaron a la fama universal desde hace ya más de diez siglos, mientras que Argos siempre ha quedado en un segundo plano. Pues bien, aun comprendiendo el drama humano-familiar en cuestión, yo me solidarizo ante todo y ante todos con el fiel, incondicional y maravilloso ser de cuatro patas que fue Argos. La esposa de Ulises y su hijo al menos pudieron expresar su desesperación, aunque tuvieran que pelear duro porque aquellos humanos avariciosos no esquilmaran el legado del no aparecido Ulises ni despojaran a su familia de sus posesiones materiales; sin duda, fue una espera triste, angustiosa y dura, pero Argos, que era un ser exento de las responsabilidades civiles que los humanos tenían, sufrió la ausencia de su amigo de otro modo, pero para nada, por el hecho de ser diferente el sufrimiento, significa que este fuera menor. Él cada día recordaba a su amo —aunque la memoria de los perros quizá no sea, desde el punto de vista funcional, lo suficientemente larga para alcanzar una etapa de veinte años—, día tras día a través de las emociones de su entorno humano, él absorbía la pena de la ausencia y esto para bien o para mal, le ayudaba a tener fresco su recuerdo.

Quizá Argos murió con la tranquilidad de que Ulises estaba bien o tal vez falleció porque ya biológicamente le tocaba, pero lo que es seguro es que pese a no poder haber sido correspondido, se fue de este mundo sin rencor. Los canes no tienen por suerte este tipo de sentimientos, y, a pesar de Argos no entendiera el motivo por el que su amigo de dos patas no mostrara la alegría del encuentro, él comprendió que esto debía ser así y punto, poco importaba la causa, para Argos esta no podía estar por encima de la fidelidad que él y todos los canes nos ofrecen de modo innato y desinteresado. Sabía a través de su inteligencia instintiva que esto tenía que ser así por el bien de Ulises y quizá por el de ambos.

La importancia que la cultura griega le dio al perro es indiscutible. Los canes no solo fueron immortalizados en la mitología como fieles amigos, ayudantes de caza o como seres terribles que le hacían perder a uno las ganas de pisar donde no debía, como, por ejemplo, en el infierno, sino que dejaron para siempre el recuerdo de Mera, Lélape o Sirio de forma eterna en las estrellas. Todos ellos tienen una constelación dedicada ex profeso a su vida y obras, la Canis Mayor.

Catasterizar significa más que darle el nombre de un ser mitológico a una estrella, convertirlo para siempre en ella. Así cada vez que miremos al cielo veremos a Sirio, la estrella más brillante junto al resto de cánidos que los dioses quisieron convertir en astros inmortales. A mí me gusta pensar, además, que todos los perros del mundo tienen su estrella propia, hayan querido los dioses griegos o no. Todas las almas inocentes de cuatro patas cuando dejen este mundo brillarán eternamente en el firmamento, y sin ataduras ni collares nos contemplarán libres desde lo más alto.

PERRO DE COLOR NEGRO, LEYENDA NEGRA

En múltiples culturas y en sus mitologías aparece el perro negro como símbolo de algo, ya sea para bien o para mal, aunque por desgracia abunda más lo segundo. En algunas de estas apariciones ni tan siquiera me atrevería a tildar a estos seres de mitológicos, pues más bien pertenecen a deformadas creencias populares fundamentadas en viejas supercherías.

En el siglo VIII existió un guerrero vikingo al que llamaban Olaf el Valiente que se acompañaba de un gigantesco y terrible —según cuentan— perro negro, el cual se perdió en una batalla, probablemente, contra los cristianos, y desde entonces vaga por el mundo apareciéndose a los humanos.

Su tamaño es gigantesco, casi como el de un caballo; su aspecto, terrible. Algunos decían que sus ojos eran llameantes, otros que cada ojo lo tenía de un color y algunos otros que estaban inyectados en sangre o incluso los había que decían que este tenía un solo ojo.

En algunas zonas de Inglaterra a este «espectro del mal» se le denomina Black Shuck. Esta leyenda se quedó para siempre en Inglaterra gracias a los diversos «intercambios culturales» de la época entre vikingos y cristianos a base de mandobles, rebanamientos de pescuezo por parte de las espadas de ambos bandos o diseccionamientos por hacha enemiga. Incluso la superchería, por absurda que nos parezca, tiene su explicación sociológica: los incursores del norte eran vistos en la cristiandad como verdaderos demonios y sus perros no iban a ser menos.

En Inglaterra no fue en el único lugar donde la leyenda del perro fantasma negro surgió. Como veremos unas líneas más abajo, este conformaba el cincuenta por ciento de una criatura dual denominada Cadejo, perteneciente a las culturas ancestrales de Centroamérica. La necesidad canina de escarbar el suelo buscando alimento, o para disfrutar de la tierra fresca e incluso para esconder objetos y comida se pudo interpretar en la Antigüedad como una búsqueda por parte del perro del inframundo, es decir, del infierno.

Black Shuck o cualquiera de los perros negros fantasmas pudieron ser la base inspiratoria para que Arthur Conan Doyle escribiera la tercera entrega de sus novelas del detective Sherlock Holmes, *El perro de los Baskerville*, pero esta vez la leyenda del fantasmagórico perro estaba sobrealimentada por un hecho que sucedió en Buckfastleigh a principios del siglo XVII.

Allí vivió Richard Cabell, un lugareño poco querido por sus vecinos, amante de la caza, de costumbres un tanto retorcidas, violento y cómo no, se hacía acompañar de un perro color negro. Tras la muerte de Cabell se decía en el pueblo que, en el aniversario del fallecimiento, un espectro en forma de gigantesco can de color negro se aparecía en la tumba, aullando y ladrando de forma violenta, con lo que asustaba a cualquiera que pasara por el cementerio ya bien entrada la noche, cuestión que por otro lado no es de extrañar.

No obstante, todo lo anterior y sabiendo de la brutalidad física e intelectual de nuestros ancestros, es injusto que se etiquete de esta manera a un ser por haber nacido miembro de una especie determinada y de un color concreto. Además, a nada que profundicemos en las historias, en la mitología y en la leyenda nos daremos cuenta de que todos los males, violencia, mal carácter, mala conducta, psicopatía, etc., que pudiera tener un humano acompañado de un perro negro, enseguida se los atribuían a este.

Precisamente en estos momentos en los que escribo estas líneas tengo a mis pies a un enorme perro negro, cruce de braco de Weimar con pastor mallorquín, noble como él solo, miedoso, cariñoso, juguetón, respetuoso y tranquilo; se llama Black y es el perro de mi hermana. Ya te hablé de él en mi libro *La vida con un perro es más feliz*. A buen seguro que nuestros amigos de cuatro patas no tienen fantasías fatales con humanos gigantes y terribles que vocean como demonios, que enseñan sus armas y sus dientes de modo amenazante. Te lo aseguro, querido lector, que una vez más... ¡lección canina al canto!

AMÉRICA. GUARDIANES DE LOS CAMINOS BENDITOS O MALDITOS

A lo largo de su historia el ser humano no ha cesado de buscar razones espirituales que le dieran sentido a su existencia y que estas pudieran servirle de guía en su caminar por la vida. Como hemos dicho, en la cultura centroamericana, sobre todo en sus zonas más rurales, todavía se habla de una criatura mitológica procedente de otro mundo denominada el Cadejo. En verdad son dos perros, uno de color blanco y el otro negro. La leyenda cuenta que ambos nos acompañan siempre que vayamos caminando por la noche, bien sea por caminos o ciudades. El blanco representaría el bien, la parte pura del universo; y el negro, el mal. Esto puede tener alguna similitud con el yin y el yang, formando cierto equilibrio y viniéndonos a decir que ambas cosas son necesarias para mantener un estado de lucha y de alerta continua que dé sentido a la vida, pero en el caso del Cadejo el espíritu de la moraleja quizá sea más introspectivo. Es decir, que el Cadejo todos lo llevamos dentro o que tal vez nos acompaña de cerca.

En la primera afirmación significaría que todos tenemos una parte noble, el perro blanco, que nos hace ser bondadosos, que nos ayuda a caminar por el lado correcto de la vida y que, en definitiva, nos hace mejores. Luego está el perro negro, que sacaría lo peor de nosotros, la rabia, la envidia, el odio, etc. Y que lo suyo es que ambos estén en una lucha constante para hacernos, en una palabra, humanos.

También existe la posibilidad de que, aunque la tradición del Cadejo proceda de culturas más ancestrales y autóctonas de la zona, como puede ser la maya, el mito haya ido modificándose y mezclándose con determinada superchería cristiana tras la conquista. De hecho, el término «cadejo» es una palabra española que da nombre a la parte más enredada del pelo. El cadejo etimológicamente vendría a significar pelusa, maraña o nudo. Lo que nos lleva a pensar que esta criatura dual no tiene una forma demasiado precisa y, como dice la leyenda, es capaz de provocar el miedo y el respeto de los caminantes sin que estos lo lleguen a ver. También el mito recuerda, y probablemente no sea casual —dada la asimilación de la cultura europea por parte de los indígenas de Mesoamérica—, a la tradición cristiana de creer en un ángel de la guarda que nos acompaña en nuestro transitar por la existencia.

No obstante, por todo lo anterior, a partir de ahora yo me dejaré acompañar por el Cadejo sin que necesariamente el perro blanco y el negro signifiquen el bien y el mal. Más bien confiaré en ambos, pues cada uno me dará un punto de vista distinto sobre las cosas y así podré caminar por la noche o por el día bien escoltado y este me ayudará a decidir cuál es el sendero correcto.

INDIA. LOS AMIGOS DE LOS DIOS

En las distintas mitologías orientales el perro también ocupa un lugar muy importante. En la védica, antes del hinduismo, en la India, Saramá tenía el privilegio de ser la amiga de cuatro patas del dios Indra, que no era otra cosa que el dios de todos los dioses según el *Rig Veda*, un texto que a mediados del siglo II a. C. le otorgaba a este unos cuantos cargos como son: dios de la guerra, de la atmosfera, del cielo, del rayo y de la tormenta. Posteriormente, en el hinduismo, se le siguió dando el lugar más privilegiado dentro de las deidades, el rey de dioses.

Saramá tenía a sus pequeños cachorros, los sarameias, también muy bien situados socialmente hablando, pues estos dos canes que tenían cuatro ojos cada uno eran los fieles compañeros de Iama que, aunque su cargo según el texto sagrado del *Rig Veda* no era demasiado glamuroso, dado que se trataba del dios de los muertos, no estaba mal.

Saramá significa «la rápida». El nombre es más que descriptivo respecto de sus habilidades, pero al parecer la rapidez y el buen ojo a la hora de colocar a sus hijos como acompañantes de otros dioses no eran sus únicas facultades. Otros textos hinduistas, el *Majabhárata* y el *Parascara-Grija-Sutra* afirman que Saramá llegó a componer uno de los versos del *Rig Veda*, concretamente el 10108. Esto nos da un dato muy importante en cuanto a la posición que el perro ya tenía en la mitología, pero, además, hemos de tener en cuenta que dicha preponderancia era equivalente en la religión y que al dotarles a los cánidos de todo tipo de habilidades imposibles se les estaba dando rango de divinidad.

El *Rig Veda* cuenta también que Saramá recuperó unas vacas que al parecer habían robado los panis, con lo cual era una especie de deidad mágica, una madre excelente y, además, una heroína.

Si en la India prehinduista y milenaria hubiesen existido las redes sociales, no quiero ni pensar hasta dónde hubiera podido llegar esta perra maravillosa de tener por entonces un canal de YouTube propio. Si hoy día vemos perros que saben cantar y bailar a través de vídeos que se hacen virales en todo el mundo, Saramá fue incluso capaz hasta de componer versos sagrados. Hubiera dejado en mantillas a su propio dueño y eso que este era el rey de todos los dioses; ella sí que fue y será toda una reina y una gran diosa. ¡Larga vida a Saramá!

TAILANDIA. LOS ABANDONADOS Y LOS TEMIDOS

Una historia curiosa al igual que significativa es la de los llamados ukopi o uko thepo.

Cuenta el folclore y la mitología tailandesa que los ukopi fueron criaturas metamórficas que antaño habían sido perros abandonados, con lo cual estaríamos introduciendo aquí un concepto, el del abandono animal, concretamente el canino, que al parecer es más antiguo de lo que en un principio se podría pensar.

La leyenda dice que si un humano se tropezaba con un ukopi, a la siguiente noche debía poner en el lugar del encuentro un recipiente con comida para esta criatura, de no hacerlo se estaría condenando a sufrir malos augurios. Lo curioso es que estamos hablando de seres mitológicos y que, por tanto, en teoría, no existen, con lo que se supone que dichos encuentros más bien estarían intrínsecamente relacionados con una profunda sugestión supersticiosa o quizá, quién sabe, todo viniera provocado por un estado de embriaguez del sujeto al cual se le podría haber aparecido perfectamente en tal situación un ukopi o la mismísima Blancanieves, en el caso de que en la antigua Tailandia hubieran sabido de su existencia.

Es curiosa también la forma de reaccionar ante una situación así del ser humano del lugar y de la época. Resulta que partimos de la base de que un perro, un ukopi, ha sido cruelmente abandonado y que, metamorfoseado, vaga por ahí cual alma perdida; y para colmo, cuando se cruza con un humano, el problema se centra en que a este —el ukopi— le puede dar mala suerte, cosa que podemos atribuir a una superchería lógica del momento, pero resulta injustificable que el único modo de resarcirse con ese sentimiento de culpa ajena sea dejar un recipiente con alimento a una criatura inexistente en vez de quitarse la espinita alimentando a los perros callejeros de carne, hueso y pelo que, a buen seguro, vagaban por los pueblos y ciudades de la Tailandia de ese tiempo.

Hoy día en Tailandia, al igual que en el resto del mundo, la conciencia contra el abandono animal va creciendo, aunque por desgracia, como también ocurre en todos los países, hay veces que aún el balance es negativo y según crece esta conciencia aumenta el número de personas que abandonan, pero quizá debamos agradecer a los ukopi que fueran ellos quienes comenzaran su característica lucha, a pesar de que fuese de este modo tan suigéneris.

CHINA. DEL ZODIACO A LOS HOGARES

La China ancestral y, para qué negarlo, en cierto modo también la China actual, tiene una relación con el perro bastante peculiar, pero como el cometido de este capítulo es hacer una aproximación a lo que el can ha supuesto en las creencias mitológicas y folclóricas en determinados países del mundo, diremos que el perro en China ocupa un lugar privilegiado en cuanto a la utilización de este como símbolo y como criatura mágica. Hasta aquí todo en orden, la cuestión se nos desbarata en el momento en que somos conscientes de que el perro formó parte — y aún lo hace en determinadas regiones— de la dieta humana.

La mitología china nos enseña que los perros por lo general eran criaturas mágicas que acompañaban a los héroes míticos, y que fue precisamente uno también el que trajo a China por primera vez el grano que sirviera para desarrollar la agricultura posterior. Esto es atribuirle mucho al perro, ya que en este país el arroz durante siglos se ha convertido en un verdadero milagro, en la salvación alimentaria de millones de personas en épocas de hambruna provocadas por la guerra, por las convulsiones políticas o por los desastres naturales.

Además, el perro es una de las doce criaturas que conforman el Zodíaco y precisamente el año del perro es uno de los más celebrados, tanto en Oriente como en Occidente por los simpatizantes y seguidores del horóscopo chino.

Tampoco en las creencias ancestrales chinas el perro se libra ni muchísimo menos de que el ser humano lo utilice de modo egoísta, inmoral e irresponsable para esconder sus propias miserias y justificar sus desgracias de toda índole. Así, en algunas regiones se culpaba a los perros guardianes del paraíso de comerse el sol y de este modo provocar los eclipses que perjudicaban la vida diaria de los hombres. Menos mal que los acusados —los perros del paraíso— eran canes imaginados y que los métodos que los humanos chinos utilizaban para ahuyentarlos y disuadirlos de las ganas de comerse el sol, que buena lengua de amianto tendrían los pobres canes, no eran al menos letales. Les espantaban haciendo sonar tambores y gongs.

A ojos de los occidentales la relación de los humanos en China con los perros supera todos los límites de la excentricidad en el momento en el que somos conscientes de que dicho ser, que en nuestras latitudes hace siglos que es considerado como uno más de la familia, en algunas regiones de China ha sido y sigue siendo un animal de consumo gastronómico. Sin embargo, visto desde la mirada de aquellas regiones, esto no es mucho más escandaloso que lo que hacemos en Occidente con otras especies que malviven hacinadas, sobrealimentadas o infraalimentadas, estresadas y maltratadas en atroces condiciones en granjas destinadas a la cría para su posterior sacrificio. Esto es algo que caracteriza a nuestra especie: ver la paja en el ojo ajeno antes que la viga en el propio. Casi todos los seres humanos tenemos nuestra buena dosis, yo el primero, de hipocresía a la hora de ordenar nuestros principios éticos y morales respecto del uso que hacemos de las demás especies animales que no son la nuestra.

Hoy se consumen en China unos diez millones de canes al año, pero dada la gigantesca demografía del país, esto no es una cifra demasiado alta, tan solo se comen perros como alimento en parte del sur y en zonas del noreste. En la mayoría del país son seres domésticos, queridos y cuidados por sus amigos humanos; de hecho, estos sufren en ocasiones la fatalidad de que sus amigos de cuatro patas sean robados, envenenados o sacrificados de cualquier manera para el

mercado negro que genera el conocido festival anual de Yulin, donde se consumen cantidades ingentes de canes fuera de todo control sanitario, moral y ético.

Son muchas las asociaciones y colectivos internacionales y locales que hoy luchan por el final de esta barbarie. No tardará en llegar el día en el que el perro sea en todos los hogares del gigante asiático un miembro más de la familia rodeado de sus seres queridos de dos patas, y este resurgirá dejando atrás todo lo negativo del pasado, ocupando el lugar que le corresponde con esa magia que siempre ha caracterizado a los canes en la China milenaria.

JAPÓN. DE LA CRUELDAD AL LUJO

El viejo Japón también encierra en sus creencias ancestrales una relación con los perros digna de ser catalogada como bárbara, cruel y salvaje; lo contrario a lo que ocurre en el Japón actual.

Como casi todo en la vida hay que analizarlo intentando ponerse en la perspectiva del lugar y del momento. Resulta incomprensible de otro modo entender que el país milenario adorase y admirase a los perros hasta el punto de considerarlos dioses y que, por otro lado, sus creencias a la vez pudieran llegar a ser tan crueles.

Existía una idea arraigada de que los hombres podían llegar a generar con un perro una especie de espíritu divino que les pudiera ayudar a vengarse de sus enemigos. Esta atrocidad se llevaba a cabo asesinando un perro, enterrándolo con la cabeza fuera, poniéndole alimento al alcance de su vista y olfato, pero no de su boca, con el fin de que este muriese con el mayor de los sufrimientos, agonizando y sin poder acceder a la comida cuya falta le mataría de hambre. Otro modo de llevar a cabo esto era encerrando a varios perros juntos sin alimento hasta que unos se comieran a los otros, y cuando solo quedase el último superviviente, este sería elegido para ser el espíritu cómplice en la venganza de la que te hablaba más arriba. Curiosamente, a estos seres surgidos de tales torturas se les denominaba inugamis, lo que significa en japonés, perro-dios.

Tras haber pasado un sufrimiento atroz, poco les importaría a estos seres inocentes si se les daba trato de dioses. Como decía al principio del capítulo sin ánimo de justificar nada ni a nadie, pero sí con la intención de buscar por otro lado una explicación que nos resulte balsámica para digerir tanto dolor, pienso que estas acciones se debían a la ignorancia del ser humano más que a una mala fe intrínseca. En la Antigüedad las creencias mitológicas estaban tan arraigadas en la psicología colectiva de la gente que por muy disparatadas que estas fuesen, nuestros ancestros las llevaban a cabo muchas veces en nombre del bien supremo o de la justicia divina, aunque el acto en sí fuese una verdadera barbaridad.

En ambos métodos de generar inugamis a los perros se les cortaba la cabeza y esta les servía a los humanos de amuleto para liberarse de los malos augurios. Quizá por justificarse de tanta maldad sin motivo se decía que, aunque el sufrimiento era mucho, el perro después lo agradecería, pues era convertido en un espíritu inmortal para siempre.

Tanto en la mitología japonesa como en la literatura clásica, pese a lo que sucedía con los inugamis, al perro se le tenía por un animal querido, de buen trato con el hombre y, además, con cualidades mágicas. Incluso se decía que en la Antigüedad sabía hablar y que si dejó de hacerlo fue por humildad, para no igualarse con los humanos.

Por fortuna, los asesinatos mediante las torturas descritas antes fueron prohibidas en el periodo Heian, último tramo del Japón clásico a finales del siglo VIII, pero todavía hoy, en el sudeste del país, se cree en los remotos inugamis y se les teme por ser estos, según la leyenda, ya no solo la voz vengativa de su amo, sino por ser seres con autonomía propia.

En Shikoku, cuando se celebra una boda, se investiga la genealogía del cónyuge por si este hubiera sido un creador de inugamis y, por tanto, pudiesen acompañarle todavía estos seres perrunos con cualidades mágicas que pudieran complicar y mucho el matrimonio.

Hoy probablemente Japón sea el país del mundo donde el perro esté para bien o para mal más domesticado, llegando incluso a existir hoteles de lujo para ellos, spas, pasarelas de moda de

grandes marcas que hacen prendas exclusivas para que sean lucidas por canes cuyos dueños quieren que vayan a la última. Además, existen infinidad de servicios y productos que pueden parecer en ocasiones excesivos o excéntricos. No obstante, también nos podemos encontrar a numerosos colectivos que luchan por los derechos de los perros para que estos vivan como lo que son, animales instintivos domesticados no humanos, ni más ni menos.

EL BUDISMO, UNA RELIGIÓN A CUATRO PATAS

Como habrás podido observar y a buen seguro sufrir, los canes, aunque siempre adorados, en las distintas mitologías también han sido a veces temidos y en otras ocasiones maltratados. Hasta aquí todo bien, dado que perro imaginario, perro que no sufre; lo peor ha sido el sufrimiento — cuyo dolor a mí particularmente me llega a lo más profundo del alma pese a los miles de años que han pasado— cuando este se ha infligido a canes de verdad, pero como no quisiera que terminara este capítulo con un mal sabor de boca, finalizaremos hablando sobre unos perros cuyo trato mitológico fue y es en la actualidad privilegiado: hablo de los perros de Fu.

Estos también son conocidos como leones de Fu, ya que son animales mitológicos que cada uno los interpreta libremente, bien perteneciendo a una especie u a otra. Leones de Buda, leones coreanos, leones chinos o shishi, son otras denominaciones usadas para estos animales.

A estos canes híbridos tan magníficos se les atribuye en el budismo una serie de papeles que denotan el respeto, la admiración, la confianza y el cariño que esta religión les tiene. Son considerados guardianes de la ley, protegen los templos sagrados y los hogares. En la cultura *feng shui* simbolizan la defensa del débil, por eso las estatuas en las que se les representa suelen estar ubicadas a la entrada de las casas o de los lugares sagrados. Se les atribuye los dones de la energía, el valor y la justicia, de este modo protegen también el saber, complementando así los principios fundamentales del budismo.

A los perros de Fu o de Buda se les conoce también como perros celestiales o de la felicidad. Lo cual nos indica que no solo la religión budista tiene a estos seres mitológicos como guardianes valerosos de lo divino y lo humano, sino que, además, se les concede una connotación espiritual estupenda que a buen seguro servirá de apoyo moral para caminar por la vida a los humanos que procesen esta fe.

2

A TRAVÉS DE LOS SIGLOS

La historia, ese relato vivo y apasionante del pasado que entre otras muchas cosas está compuesto por desgracias, guerras, descubrimientos científicos, etapas sociales, culturas que aparecen y desaparecen, pueblos resplandecientes que con el pasar de los siglos pierden su esplendor, etc. Que está escrita con tinta, sudor y sangre de los hombres y mujeres que han pasado por ella, gente que ha dejado su impronta en los libros y en obras de arte para que los ciudadanos actuales podamos conocer e incluso disfrutar en el momento presente. Pero, ojo, que la historia no solo la escriben los seres humanos.

Desde que el perro entró en nuestras casas y en nuestras vidas, ha influido y mucho en personajes relevantes de la política y del poder, en general. Quién sabe lo que hubiese ocurrido si estos seres humanos no hubieran tenido el apoyo moral de sus canes. En la batalla, en las cortes, en las casas presidenciales, en los salones reales hubo y sigue habiendo seres peludos sin cuya compañía la historia quizá hubiera sido otra. Aquí la contaremos escrita con sus pezuñas.

ALEJANDRO, EL LADO SENSIBLE DEL GUERRERO INSACIABLE

Alejandro Magno, el hombre más poderoso del mundo en su época, que tenía bajo sus pies el mayor imperio del planeta, al que pertenecían los reinos más importantes del momento, los cuales dirigía con gran pericia y dureza, estaba cómo no, rodeado de colaboradores humanos de los que no podía fiarse demasiado, dada la ambición de estos y las envidias que el conquistador despertaba entre sus amigos y enemigos, que desde uno y otro lado quisieron ocupar su sitio. Sin embargo, hubo un gran amigo, un colaborador y un compañero de batallas que le acompañó hasta la muerte; este camarada era un peludo de cuatro patas llamado Peritas.

El tío de Alejandro Magno, Alejandro I de Epiro, fue quien le regaló a Peritas, un mastín auténtico que poseía todos los rasgos de carácter de esta raza. La cualidad quizá más reseñable que poseía —que por otro lado es inherente a casi todos los mastines— era la de la necesidad innata de proteger a su dueño, a su amigo humano con todo el vigor y la fiereza posible hasta las últimas consecuencias, como así ocurrió.

Alejandro, que era un gran estratega y también un guerrero excelente que batallaba sobre el terreno con ímpetu, capaz de enfrentarse a varios enemigos al mismo tiempo y alimentar con esto numerosas leyendas que relataban escenas de lucha más dignas de un superhéroe de cómic que de un emperador macedonio, un buen día la suerte se le torció. Y estando rodeado de varios soldados enemigos en una batalla, cuando ya estaba a punto de caer bajo las armas de sus contrincantes, el fiero de Peritas le defendió y le salvó la vida. Lo más triste de todo esto fue que para que Alejandro pudiera salir vivo de allí, Peritas tuvo que entregar su propia vida.

Alejandro Magno, quien murió con tan solo treinta y dos años, víctima probablemente de algún envenenamiento provocado por una traición humana, antes de morir fundó innumerables ciudades a las que a muchas de ellas les puso su propio nombre, a otras pocas el de algún buen amigo — como fue el caso de Hefestión o Bucéfalo, la cual le dedicó a su caballo—, tuvo, cómo no, el detalle de dedicar una el ser que dio la vida por él en la batalla y así fundó Peritas, en la India.

El rey, emperador y gran conquistador que fue Alejandro no era precisamente un hombre sensible en lo general, pero tampoco en lo concreto en cuanto a lo que se refiere al amor por los animales, pero sí que demostró al menos este afecto con dos de sus amigos de cuatro patas, con Bucéfalo y Peritas, su caballo y perro favoritos respectivamente.

El mastín de Alejandro, que ha pasado a la historia y que fue mencionado en las obras de Plinio el Viejo y de Plutarco, no fue el único perro de Alejandro; los demás no obtuvieron precisamente ni el mismo trato que Peritas ni pasaron a formar parte de la historia y la leyenda del rey magno. Con esto último es con lo que me quedo, tampoco se le podía pedir más al ser humano de la época, a un hombre que hace más de dos mil trescientos años que vivió y que fue educado con la rudeza característica de aquellos tiempos. Pese a todo, pedirle a Alejandro —un hombre que pasaba el pescuezo de todo aquel ser vivo sin importarle la especie animal a la que pertenecía por el filo de su espada por tan solo llevarle la contraria— que tuviera por amigo a un formidable mastín como fue Peritas, ya es pedirle demasiado.

SIMÓN BOLÍVAR. UN NIÑO, UN PERRO Y UNA AMISTAD SIN LÍMITES EN EL TIEMPO

Hasta la fecha me ha resultado inevitable hacer mención en libros anteriores, bien fuera novela o no ficción, a la relación que surge cuando se cruzan en la vida dos almas tan puras e inocentes como son las de un niño y la de un perro.

Simón Bolívar ha sido el hombre con mayor protagonismo en los tres últimos siglos en la historia del continente americano. Se han escrito ríos de tinta sobre él en infinidad de libros, tanto por su obra política, militar y teórica siempre ligada al panamericanismo y a la libertad de los pueblos de la denominada América Latina.

Cómo no, se ha hablado y mucho de la relación que hubo entre él y su querido amigo de cuatro patas, pero a mí me gustaría profundizar aquí más sobre la unión existente entre quien verdaderamente fue el cuidador de este perro y que no pasó, sin embargo, como su protector a formar parte de la primera línea de los personajes de la historia de América.

Es de justicia saber, y por su puesto reconocer, que Nevado, el perro de Bolívar, iba siempre acompañado de un niño indígena llamado Tinjacá y que siguió a Bolívar y a sus militares en buena parte de sus luchas.

Los oficiales le llamaban a Tinjacá como apodo edecán de Nevado, término de uso militar no exento de ironía por referirse a que este era el cuidador de un perro. Pero quizá los oficiales del ejército de Bolívar no iban mal encaminados, dado que tanto Nevado como Tinjacá eran dos miembros muy queridos y, por tanto, importantes entre las filas del libertador.

Evidentemente, que un niño y un perro, dos seres sin la óptima capacidad de decisión, se vieran arrojados a pertenecer a un ejército es un hecho condenable, aunque se tratara de 1813, pero dentro de la desgracia que siempre ha sido y será la guerra y cualquier conflicto violento, y quizá por eso aún más todavía, entre Nevado y Tinjacá se generó un vínculo mágico que les hizo olvidarse a ambos de la dureza de los días, al menos en determinados momentos. Fueron inseparables, se querían y se necesitaban. Tuvieron una amistad de igual a igual que consistía en una relación que ninguno de los dos habría podido tener con el resto de miembros del ejército, pues perro y niño siempre son como almas gemelas.

La jerarquía militar y la injusticia de la historia oficial provocaron que Nevado fuese más recordado como el perro de Simón Bolívar —hasta el punto de que fue renombrado por sus oficiales como Simoncito— que como el perro incondicional del niño Tinjacá. El final de estos dos amigos terminó de un modo tan épico como trágico y doloroso. Nevado pereció en la batalla de Carabobo y Tinjacá también cuando intentaba rescatar a su fiel compañero.

Nevado había sido entregado a Simón Bolívar en Mucuchíes, un pueblo de los Andes venezolanos por un campesino tras una batalla. La raza a la que perteneció llevaba el mismo nombre que el pueblo, mucuchíes, se trata de un cruce entre diferentes variedades de mastín y perro ovejero.

Como en otros muchos lugares de América Latina, en Mucuchíes existe una plaza en honor a Simón Bolívar con la particularidad de que en esta se erigió un más que merecido monumento a Nevado y a Tinjacá. Este simboliza la profunda amistad que existió entre ambos en sus desgraciadamente cortas vidas.

A mí me gustaría que, además, este monumento fuera un recuerdo cálido y sin final en el tiempo a ambos seres, y que su presencia nos obligara a los hombres a reflexionar sobre la lacra que supone cualquier guerra, pero más aún sobre la barbarie que significa la participación en ellas de niñas y niños soldados.

Nevado, Tinjacá, perdón por no haber sido ambos comprendidos por quienes somos humanos adultos, ya no podemos devolveros la vida ni tan siquiera el tiempo robado, todo lo que podemos hacer es recordaros con cariño y que esto nos sirva para luchar contra cualquier abuso hacia los niños y hacia quienes no tienen voz.

ADOLF HITLER. BLONDI, EL AMOR SIN CONDICIONES

Otro personaje histórico que quiso tener al mundo entero bajo sus pies ya en el siglo XX, el *führer*, el líder absoluto del nazismo, Adolf Hitler, fue acompañado durante su vida y sus guerras por distintos perros, siendo la más conocida y la más querida por el gran dictador Blondi, a la cual el *führer* bautizó con este nombre que viene a significar más o menos Rubita.

Hitler cumplía el perfil de todos los dictadores: hombre atormentado, acomplejado, obsesionado con su virilidad y víctima de sí mismo y verdugo de sus semejantes y de los diferentes. No sé con qué intención se extendió a lo largo de los años el rumor de que era vegetariano, pero te aseguro por la falsedad del dato que el bulo no fue difundido por casualidad. No existe ni una sola fuente fidedigna que lo demuestre, mientras que por otro lado sí es demostrable que sus platos preferidos llevaban abundante carne.

El término especista en el *führer* adopta su significado más peyorativo, pues se salía de lo general del humano común que adora los perros, le dan miedo los leones y le repugnan las cucarachas. Hitler tenía sentimientos tan irracionales hacia determinadas especies como irracional, cruel y psicopática era toda su ideología. Odiaba a los perros de raza bulldog y a los bóxer, decía que los caballos eran inútiles, las tortugas le repugnaban o quizá incluso les tenía miedo —cuestión que evidentemente jamás hubiera reconocido—, tenía manía a los pollos —vivos—, a los gamos, pero sobre todo el animal al que más odio tenía era al gato.

Blondi era una pastora alemana que le regaló el director del Partido Nacional Socialista, Martin Bormann, a Hitler en 1941.

Tras la caída del nazismo —pues antes nadie se hubiera atrevido a afirmar esto ni ninguna otra cosa— algunas personas próximas a Hitler aseguraban que este quería tanto a su perra que se había planteado en alguna ocasión dejar su relación sentimental con Eva Braun, ya que esta le tenía celos a la inocente perra.

Cuando el *führer* decidió quitarse la vida junto a sus colaboradores más cercanos antes de ser capturados por las tropas soviéticas tras la entrada de estas en Berlín hasta llegar al mismísimo búnker, ordenó asesinar a Blondi y a los cachorros que esta había parido no hacía demasiado tiempo.

Qué cruel, qué absurdo y sobre todo qué estúpido fue Hitler consigo mismo y con los demás. No solo exterminó a millones de personas, arruinó la vida a otras tantas y sembró un odio que aún resuena en nuestras conciencias, sino que por su estupidez patológica él mismo se perdió una vida de disfrute y de amor de quienes le rodeaban y de todas las especies animales del planeta. O quizá en esto último fue en lo único que se pudo hacer justicia con semejante sujeto, pues probablemente ni tan siquiera se merecía esa vida.

Blondi y sus cachorros fueron los únicos seres inocentes y puros de aquel maldito búnker habitado por lo más bajo y fanático del ser humano. Paradójica y triste lección que nos da una vez más el devenir de los acontecimientos.

El perro, un animal que el ser humano sacó de su hábitat natural hace miles de años para introducirlo en su civilización, al final resulta más humano y más civilizado que él mismo.

A fe mía que Blondi no fue ni será jamás la perra de Hitler ni mucho menos la perra de la alta camarilla del nazismo. Blondi era un ser universal, libre, asesinada por alguien a quien ella le

hubiera salvado la vida sin pensárselo. Jamás juzgó a nadie, ni tan siquiera a uno de los hombres más crueles y más dignos de ser juzgado por cualquiera. Blondi hubiera sido fiel, feliz y amable de haber continuado viviendo con los nazis, de haber caído en las manos de los soviéticos, de los aliados o de cualquier ser humano, pues el amor de los perros es tan grande y tan fuerte que es íntegramente incondicional. Gracias, Blondi, por tu ejemplo.

REINO UNIDO Y GRAN BRETAÑA. LOS REYES DE PALACIO SON PELUDOS Y TIENEN CUATRO PATAS

En Buckingham Palace hay una tradición perruna que ya desde el siglo XIX con la reina Victoria parece haberse arraigado en la familia real británica para siempre.

Es cierto que la historia la escriben los pueblos, pero queramos o no, nos guste más o nos guste menos, hay ciertas mujeres y hombres que dada su posición han influido de tal manera en los renglones de la historia social, política e incluso artística que, como en el caso que nos ocupa, además esta época ha sido bautizada con su nombre.

La reina Victoria de Reino Unido y emperatriz de la India dio nombre a la época victoriana, cuyo legado histórico y cultural es de sobra conocido.

La infancia marca siempre la vida de la gente, y cuando en su juventud o en su madurez se convierten en personas influyentes, se puede generar una especie de efecto mariposa cuyas consecuencias quedarán gravadas para siempre en los acontecimientos históricos.

La reina Victoria pasó una niñez solitaria, lo cual provocaría, me atrevería a decir sin duda, dos hechos que marcarían su vida y el desarrollo de su dinastía. El primero y al que daremos menos importancia —pues se encuentra fuera de las pretensiones de este libro— es el de que la reina tuviera nueve hijos y más de cuarenta nietos. El segundo es que desde su más tierna infancia Victoria estuvo acompañada por uno o más perros y por otro tipo de animales no humanos.

Fueron innumerables los amigos de cuatro patas que acompañaron a la reina durante sus ochenta y un años de vida, algunos de ellos podemos conocerlos porque fueron retratados, bien en solitario, bien con su amiga humana por pintores de mucho prestigio. De otros incluso podemos saber cosas y anécdotas gracias a que fueron mencionados en los diarios de Victoria. Así la reina contaba que tras ser coronada como tal, su primer acto no fue hacer una fiesta con los embajadores de otros países, ni un consejo de ministros ni tan siquiera revisar las cuentas del reino o las de palacio; lo siguiente que hizo Victoria tras ser nombrada reina fue marcharse a su residencia a darle un merecido baño a su cavalier king Charles spaniel, un magnífico amigo peludo llamado Dash. Este ser de cuatro patas fue el más retratado de los canes que Victoria tuvo, pero a buen seguro que a él esto le importaría un bledo. Sin embargo, que su amiga la reina dejara todas sus obligaciones políticas y diplomáticas para darle un buen remojón, le gustó muchísimo más que ser immortalizado por pintores de la categoría de Landseer, el cual era un prestigioso artista especializado en pintar todo tipo de animales.

La importancia que Dash tuvo, tanto para Victoria como para su dinastía, excede los límites de lo personal. Cuando algunas líneas más arriba te hablaba de cómo las circunstancias de cada individuo pueden cambiar la vida de este, su entorno inmediato e incluso la historia, aquí encontramos un claro ejemplo. ¿Ves posible que un único perro sea capaz de condicionar el devenir de uno de los países más importantes de la época y, por tanto, la historia del planeta? Sí, lo es. El extraordinario cavalier acompañó a Victoria desde su infancia y, además, durante sus nueve años de vida este pudo conocer al príncipe Alberto de Sajonia, quien más tarde se convertiría en el único esposo que la reina tuvo.

Alberto adoraba a Dash y esto sin duda ayudó a que Victoria se enamorase de él, cosa a todas luces imposible si el monarca hubiera mostrado la más mínima aversión hacia el perro.

Probablemente, si Alberto no hubiese sido tan cariñoso con él, otro hubiera ocupado su lugar, a buen seguro por motivos muy distintos a los desencadenados gracias a estos hechos de amor, prevaleciendo como no era de extrañar en la época y en las casas reales los intereses geopolíticos. No obstante, todo lo anterior, el matrimonio —en cuanto a lo que concierne extramaritalmente hablando, incluyendo los intereses de poder— no estaba que se diga descompensado. Quizá aquí tengamos al primer casamentero de cuatro patas el cual, por cierto, no tuvo mal ojo a la hora de escoger dos cónyuges que al parecer tuvieron éxito en amplias facetas de su vida matrimonial y monárquica.

Victoria dejó una profunda impronta en la historia de Reino Unido, pero también en su familia. Tanto su cónyuge —lo fue— como sus descendientes lo siguen siendo hasta nuestros días amantes de los seres peludos de cuatro patas. Así su esposo Alberto tuvo un gran cariño por el galgo Eos. Y su hijo Eduardo se hizo acompañar siempre de César, un fox terrier de pelo duro que le siguió incluso tras su muerte, yendo tras su féretro en el cortejo fúnebre por las calles de Londres. También su nieto y su biznieto que la sucedieron en el trono, Jorge V y Jorge VI respectivamente, tuvieron una vida marcada por los canes, hasta el punto de que este último fue quien introdujo en la corte los famosos welsh corgis que ahora también cría Isabel II, la actual reina de Inglaterra y tataranieta de aquella Victoria que inició la costumbre canina en Buckingham Palace.

Sin ánimo de quitarle ningún mérito a Victoria en cuanto a amante de los animales en general y de los perros en concreto se refiere, he de decir en mi opinión —y esto quizá se debía a su educación palaciega— que este amor no estaba exento de cierta visión elitista. Imagino que a la reina los perros cruzados o mestizos no le disgustaban, pero es cierto que tenía una gran predilección por determinadas razas como los teckels, los border collies o los pomeranias. De esta última raza, además, Victoria fue criadora, asegurando algunos biógrafos —quizá demasiado afines a la monarca— que esta contribuyó al perfeccionamiento de la raza llegando hasta nuestros días el estándar de características y tamaño actual de los pomeranias gracias al trabajo de la monarca en este campo.

La reina Victoria mostró necesitar un apoyo moral y sentimental de sus amigos de cuatro patas no solo desde su más tierna infancia. Es conocido el amor que sentía hacia su marido y muchos otros miembros de su familia, pero los perros no estaban precisamente debajo de algunos humanos en su escalafón afectivo. Esto no solo lo demostró en vida de sus mascotas, sino que, además, lo hizo después de que estas terminaran su ciclo vital. A algunos de sus perros se les dio sepultura casi con honores reales y se les construyó morada eterna como si se tratase de humanos pertenecientes a la dinastía. Tumbas con monumentos erigidos en su honor, diseños sofisticados y epitafios cargados de emotivos mensajes se pueden apreciar en los lugares donde estos seres magníficos fueron enterrados.

Me gustaría destacar aquí dos epitafios que resumen a mi juicio perfectamente todo lo anterior. El primero sería el de Noble, un border collie y que reza lo siguiente: «Noble. Durante más de quince años, el collie favorito y querido, fiel compañero de la reina Victoria. Murió en Balmoral, 18 de septiembre de 1887. Noble su nombre, noble su naturaleza, noble también, compañero fiel, comprensivo, verdadero».

El segundo epitafio que me gustaría que conocieras es el dedicado a Dash, a quien ya te he mencionado y que muy probablemente fuese el favorito de Victoria: «Aquí yace Dash, el perro de aguas favorito de su majestad la reina Victoria, por cuyo deseo este monumento fue erigido. Murió el 20 de diciembre de 1840 en su décimo año. Su cariño fue sin egoísmo, su alegría sin malicia, su

fidelidad sin engaño. Lector, si quieres vivir bien amado y morir arrepentido, gana por el ejemplo».

La última frase del epitafio dedicado a Dash ha sido un pensamiento reflejado constantemente en mis libros, tanto en los divulgativos como en las novelas, en los cuales los perros han tenido protagonismo. Me refiero al ejemplo que estos nos dan cada día que pasan a nuestro lado. Nos empeñamos en adiestrarles, educarles y domesticarles, cosa que está genial, pero no por eso deberíamos dejar a un lado lo que nosotros, desde el punto de vista filosófico y existencial, podríamos aprender de ellos, incluyendo los valores innatos que poseen y que jamás aprendieron en ninguna escuela ni credo: la fidelidad, el amor sin pedir nada o casi nada a cambio, la capacidad de pasar de un estado de ánimo a otro en décimas de segundos o la falta absoluta de rencor.

Yo, que pese a no ser precisamente partidario de las monarquías, me reconozco admirador como ciudadano del legado artístico e histórico de la época victoriana y reconozco que la reina ganó muchos puntos a su favor desde que conocí su amor hacia los animales por mucho que este fuera algo elitista. Tampoco se le puede pedir más a alguien que ha sido educada en un palacio en el siglo XIX. Por quienes sí que me quito el sombrero incondicionalmente, sin peros que valgan, sin matices algunos es por cada uno de los amigos peludos de su majestad. Que Dios guarde al rey y a la reina, que yo guardaré a sus perros en lo más profundo de mi corazón.

ESTADOS UNIDOS Y EUROPA. PERROS DE PORTADA

En el despacho oval de la Casa Blanca, centro del poder político mundial, como sabemos ha pasado toda clase de fauna en el mejor y en el peor de los casos y de los sentidos. Me refiero hasta aquí a la fauna de dos patas y de todo tipo de pelaje. Malos y peores, torpes e intelectuales, empresarios, políticos de raza pura con pedigrí de partido incluido, presidentes muy laboriosos, holgazanes, mujeriegos y mojigatos, absolutamente de todo ha habido en una de las democracias más peculiares y duraderas de la historia política contemporánea. Sin embargo, si hablamos de fauna peluda, o concretando aún más, de la de cuatro patas, también tenemos que mencionar su variedad, aunque esta vez, para variar, la especie canina nos aventaja a la humana en cuanto a su calidad conductual, filosófica y, si me lo permites, incluso política se refiere.

Desde los tiempos del presidente George Washington (1789-1797), los perros han sido fieles aliados de la alta política estadounidense. En aquella época, finales del siglo XVIII, ya se sacaba partido a la imagen que un perro proporcionaba a un presidente o a un aspirante a presidir una de las uniones de estados más importantes del mundo.

Los perros y otras tantas especies no humanas han participado de la vida pública de estos políticos, acompañándolos a entrevistas, debates y todo tipo de reportajes. Nada mejor que un perro noble y fiel para ensalzar aquellos valores que el presidente o el candidato tengan o para ocultar en su caso sus miserias.

Desde entonces se hicieron famosos en la Casa Blanca perros como Fido, de Abraham Lincoln; Heidi, de Dwight Eisenhower; Blanco, de Lyndon B. Johnson; Liberty, de Gerald Ford; Rex, de Ronald Reagan; Spot, de George Bush padre; Barney, de Bush junior; Buddy, de Bill Clinton; y Bo, del matrimonio Obama. Este último ya fue protagonista no solo en los medios de comunicación convencionales, sino que, además, se hizo viral su presencia en redes sociales.

Los Obama quisieron dar tanta importancia mediática al hecho de tener una compañía peluda de cuatro patas en su residencia presidencial que hicieron pública la inquietud que la familia tenía a la hora de buscar el animal idóneo. Los medios se hicieron eco de esto y surgieron varias encuestas por internet, el tema fue debate en todas las redes sociales y algunos perros hicieron campaña en YouTube autoproclamándose futura mascota presidencial.

Abraham Lincoln, decimosexto presidente de los Estados Unidos, fue uno de los mandatarios norteamericanos que más y mejor impronta han dejado en el desarrollo de su democracia y de los derechos civiles de la Unión. Fue todo lo humanista que los tiempos y el lugar le permitieron, se preocupó por la situación de los esclavos y durante su mandato se otorgó a tres millones y medio de personas la categoría de liberto mediante la Proclamación de Emancipación el día de Año Nuevo de 1863. Aunque esta decisión fue motivada por una necesidad estratégica-militar y política en el contexto de la guerra civil, fue un gran paso para la abolición total de la esclavitud. Lincoln no fue precisamente un revolucionario, ni tan siquiera procedía del activismo pro derechos humanos, pero como hemos dicho ya, era un hombre con la suficiente sensibilidad como para hacerle diferente entre los semejantes de la época. Además, siguiendo esta línea de mínimos, de avanzar en derechos sin prisa pero sin pausa, el presidente también se preocupó en cierta medida por los derechos de los animales.

Sería una injusticia suprema —sobre todo con aquellas personas que ya en el siglo XIX trabajaban abiertamente y sin descanso por defender a los que no tienen voz— darle el más mínimo protagonismo a Abraham Lincoln en la historia de la lucha de la defensa de estos derechos, pero sí que tenemos que reconocer que el mandatario fue un buen amigo de los peludos de cuatro patas. Tuvo varias mascotas en su vida, de entre estas se destacan los perros.

El amigo canino que más marcó la vida de Lincoln fue sin duda alguna Fido, un perro mestizo de color dorado, orejas caídas y aspecto entrañable. Fido fue un apoyo moral muy importante para Lincoln en su vida personal, se llevaba de maravilla con su mujer y con los dos hijos del matrimonio. También supuso una ayuda en su carrera política y profesional. Fido acompañaba a Abraham a todas partes: en las salidas familiares, en algunos viajes, a pasear e incluso iba con él hasta la barbería donde le esperaba pacientemente en la puerta.

Por desgracia, cuando Lincoln accedió a la presidencia de los Estados Unidos, la familia decidió que la vida en la Casa Blanca no era del todo apropiada para Fido. No obstante, pese a que el maravilloso can no llegara a ser perro presidencial por mucho tiempo, su fama trascendió las fronteras de su país, se le mencionó en varias ocasiones en la prensa de la época, se le retrató junto a Lincoln y *a posteriori*, su popularidad creció hasta el punto de escribirse un libro sobre su vida junto a su egregio primer dueño.

Aunque este fue separado de la familia, dentro de lo malo pudo llevar una vida muy feliz junto a un amigo del presidente, Johnny Roll. Su nueva familia era similar a la anterior. Johnny y su mujer tenían igualmente dos hijos de edad similar a los de Mery y Abraham y, además, Lincoln le exigió a su amigo que jamás dejara a Fido atado y solo en el patio.

Abraham Lincoln fue asesinado en abril de 1865 y Fido corrió idéntica suerte en las mismas fechas cuando paseaba con Johnny. Aquel fatídico día saludó inocentemente posando sus patitas delanteras sobre un hombre ebrio, quien probablemente fuese un delincuente común. El asesino sacó un arma blanca con la que puso fin a la vida del entrañable Fido.

También en Europa han querido los altos mandatarios sacar rédito político de su amor a los perros. Hemos podido ver al primer ministro francés acompañado por el suyo, Nemo, incluso en actos oficiales, ocupando espacios de máxima audiencia en los informativos de todo el viejo continente y solapando —quizá era lo que él buscaba como objetivo— al mismísimo Macron.

En nuestro país todos los presidentes de la etapa democrática —Adolfo Suárez, Felipe González, José María Aznar, José Luis Rodríguez Zapatero y Mariano Rajoy— han tenido perro en Moncloa, aunque estos no hayan sido demasiado mediatizados, al menos si los comparamos con todos los anteriormente mencionados. Sin embargo, algo está cambiando y me vas a permitir que haga una predicción política-perruna. Estoy seguro de que en un futuro las próximas presidentas o presidentes del Gobierno en España darán un lugar más que privilegiado a sus amigos peludos. De hecho, el presidente Pedro Sánchez ya dio un paso más que sus antecesores fotografiándose con su perra Turca en las redes sociales.

Queridos humanos, vais a perdonarme, pero tal y como se está poniendo la cosa, si los políticos van a hacer del postureo perruno una herramienta de márketing político, yo, de los dos de la foto, me quedo con el de cuatro patas.

CIENTÍFICOS. AMOR E INVESTIGACIÓN

A los grandes genios de la ciencia también les ha gustado a lo largo de los siglos estar acompañados con un fiel amigo canino. Así fue el caso de Alfred Einstein, que tuvo a su lado a Chico, al que puso nombre en homenaje a uno de sus admirados hermanos Marx.

Otro científico gran apasionado de los perros y que supo entender sus mentes y su conducta ante la vida fue Sigmund Freud, el padre del psicoanálisis. Sus favoritos fueron los perros de raza chow chow. De todos sus canes, quizá el preferido fuera Jofi, un regalo de sus hijos para compensar la pérdida de otro que tuvo anteriormente y que fue atropellado por un tren. Este no solo estuvo a su lado hasta su muerte —falleció por culpa de un cáncer de mandíbula—, sino que también asistía de manera constante a su gabinete durante las terapias aplicadas a sus pacientes. Y más especialmente en las de los niños, a los que ayudaba a calmarse como si fuera una especie de ayudante. A buen seguro que Jofi fue un gran profesional de la psicología, no precisamente por poseer un profundo conocimiento del psicoanálisis, sino porque entendía algo más importante que la metodología de su querido Sigmund, la vida como esencia, la naturaleza y la existencia como un todo indisoluble que hay que vivir sin juzgar y sin buscarle razón alguna, la tenga o no. Y todo esto sería contagiado en el mejor de los sentidos a aquellos pacientes niños y adultos amén del amor, la calidez o la serenidad que Jofi irradiaba.

Freud, gran analista de la mente humana, llegó a escribir en su alabanza que «los perros no tienen la personalidad dividida, la maldad del hombre civilizado, la venganza contra la sociedad por las restricciones que esta impone».

Quien también tuvo mucho trato con perros fue el fisiólogo ruso Iván Pavlov, que gracias a ellos experimentó su teoría del reflejo condicionado. Porque el famoso perro de Pavlov, que salivaba al oír la campanilla que relacionaba con comida, no fue uno solo, sino más de cuarenta: Mancha, Gitano, Halcón, Comadreja...

Al considerarlos como parte indispensable de su equipo de trabajo, Pavlov fue el primer científico que a través de estos perros comenzó a dar un trato ético a los animales de experimentación.

En ese sentido, y en una época como la de primeros del siglo XX en que cualquier maltrato estaba aún permitido, el científico ruso fue un pionero en anestésarlos antes de someterlos a cualquier proceso doloroso y en evitar vivisecciones innecesarias.

Es cierto que a los defensores de los animales escuchar que Pavlov se preocupaba por los seres con los que experimentaba como mínimo nos rechina bastante, pero tenemos que analizar esta cuestión al igual que hemos hecho antes con otras similares en su contexto histórico. El hecho de que un científico de principios del siglo anterior se interesase por eliminar o al menos reducir el sufrimiento animal, mientras que otros colegas no ponían el más mínimo veto ni límite a esto, fue un pequeño gran paso. No obstante, aún hoy, no se ha alcanzado el estado de «experimentación cero» pese a las importantes luchas del movimiento animalista que con su labor y esfuerzo van consiguiendo que la comunidad científica y la industria se vea obligada a adoptar medidas encaminadas a la erradicación del sufrimiento animal.

Ya siendo anciano, los alumnos de Pavlov le regalaron un álbum con las fotos de todos sus perros, lo que recibió con gran entusiasmo. Y en 1935, en su centro de investigación, se erigió un

monumento al perro, con ocho bustos de canes de cuya boca, como si fuera saliva, brotaban chorros de agua. El propio investigador ruso dejó dicho: «Permítase que el perro, el ayudante y amigo del hombre desde tiempos prehistóricos, se ofrezca a sí mismo como sacrificio a la ciencia. Pero nuestra dignidad humana nos obliga a garantizar que esto se produzca siempre sin dolor innecesario».

Desde mi más absoluto respeto a la comunidad científica y al legado de las investigaciones de Pavlov, me gustaría decir aquí que esta frase, aparte de errar, es injusta e incierta, ya que el perro no se ofrece a sí mismo para nada, en todo caso somos los seres humanos quienes le obligamos. Por tanto, digamos, ya en pleno siglo XXI, un no rotundo a la experimentación y al sacrificio de animales con fines industriales y o científicos.

ARTE. AMISTAD E INSPIRACIÓN

En cuanto a las relaciones de perros y artistas, también son numerosos los ejemplos en que los animales les sirvieron tanto de confiada compañía como de reconocible inspiración.

A Andy Warhol, que llegó a tener hasta veinticinco gatos a la vez —y a todos llamados Sam—, en su estudio neoyorquino le cambió la vida Archie, un teckel que compró por recomendación de su amigo Jed Johnson y que acabó siendo su más fiel compañero incluso hasta en las famosas noches de discoteca. Decían que el gran representante del *pop-art* llegó a cancelar algún viaje por no dejar a su perro solo en casa.

Antes que los de Warhol también fueron famosos los perros de la pintora Frida Khalo, todos xoluitzcuintles, una singular raza mexicana que no tiene pelo en la mayoría de su cuerpo. Ellos fueron sus preferidos y la fuente de inspiración de varias de las obras que pintó en su Casa Azul de Coyoacán, como *Naturaleza muerta*, *Danza al sol*, *Xibalbla-Alado-Xólotl-7 ríos*, entre otras. Aunque la mejor muestra de ese cariño canino son las cientos de fotos en la que Frida sale acompañada por todos ellos.

Muy amante de otros animales no humanos fue también el pintor Pablo Ruiz Picasso, que llegó a tener a su lado hasta una cabra, pero su favorito, además de un bóxer, fue un formidable teckel llamado Lump que le regaló su amigo el fotoperiodista de guerra Douglas Duncan.

Fue tanto el apego que le llegó a tener a este perro el genial malagueño que hasta le permitía dormir a su lado. Y más aún, era al único al que dejaba permanecer en el estudio de su villa de Cannes mientras pintaba. Del mismo modo era también frecuente que Picasso diera de comer a Lump en sus brazos sobre un plato donde pintó el retrato del perro con una dedicatoria: «Pour Lump. Cannes, 19-4-57».

Su amigo Douglas llegó a escribir un libro —*Lump, el perro que se comió un Picasso*— en el que aseguraba que el perro era para el pintor casi como una persona, y que por ello este lo immortalizó en algunos cuadros de su serie «Las Meninas».

Lump murió solo diez días antes que su amo, el 29 de marzo de 1973. No voy a olvidar ni omitir aquí, mi querido lector, que Pablo Picasso fue un fervoroso defensor de la tauromaquia, cuestión que a mí por lo menos me resulta incomprensible si lo analizo a través de mi propia perspectiva, pero de entre las virtudes y defectos que el pintor, al igual que cualquier individuo tenemos, me quedo con las primeras, con la defensa de la igualdad y libertad de los seres humanos, su amor a los perros, y las críticas hacia el ilustre malagueño se las dejo a otros que lo sabrán hacer mejor que yo.

3

PERROS Y TINTA, ESCRITO DE SU PEZUÑA Y LETRA

Escribir siempre es la necesidad de contar algo. Sacar de dentro los fantasmas para poder controlarlos mejor o, por qué no reconocerlo, para domesticarlos o aniquilarlos. Escribir es a veces el deseo de contagiar al mundo de una idea, el ser generoso y compartir tu alegría, ser inteligente y hacer salir tus miedos, tu dolor, tus miserias internas. Escribir es todo para mí.

Los escritores que tenemos la enorme suerte de ejercer nuestra profesión teniendo un perro a nuestro lado, no solamente nos podemos sentir afortunados por la compañía que nos hacen, por el amor y la comprensión que recibimos de ellos o por tener alguien con quien pasear cuando nuestra cabeza echa chispas después de una intensa jornada de trabajo frente al escritorio. Somos dichosos en otros muchos aspectos, incluso en el más técnico. Tenerlos al lado es poseer una fuente inagotable de inspiración, diría que hasta una fuente de filosofía.

Platón, Aristóteles, Tomás de Aquino y todos los escolásticos, Descartes, Espinoza y todos los filósofos y pensadores de la historia, pueden ofrecernos innumerables respuestas de las cosas sencillas y de las más complejas de la existencia. Además, nos asegurarán otras cuantas preguntas e incógnitas más, pero la profundidad sencilla que tiene la sabiduría canina, mezcla de inteligencia, instinto primitivo y la capacidad de haber podido aprender del ser humano todo lo bueno y prácticamente nada de lo malo en estos miles de años que lleva junto a él, no la cambio por ningún tratado filosófico, todo esto dicho desde mi más profundo respeto a la filosofía y a los filósofos, a los cuales adoro.

Tras una mirada canina se esconden miles de crónicas. Cuando corretean por el monte persiguiendo el aire, ladrando a la vida, moviendo el mundo con su cola, aspirando el aroma de la naturaleza con su hocico, nos están entregando millones de páginas por rellenar. En su comportamiento se encierra la historia entera, el lobo primitivo, el perro urbanita, la dama, el vagabundo, el aventurero, el pirata que sale corriendo con su motín. A veces pienso que todo lo que escribo, esté relacionado directamente con los perros o no, gira en torno a la misma pregunta: ¿por qué no somos en determinadas ocasiones como ellos?

En ocasiones entro a trabajar a mi despacho y cierro la puerta. Spock se queda fuera, pues en ese momento está corriendo por la casa, tumbado en otro lugar o jugando con otro perro. Cuando se cansa de hacer una de estas cosas, escucho un pequeño golpecito en la puerta, es su hocico intentando abrirla. Si le dejo que entre en ese instante, lo hace meneando la colita desenfrenadamente; si por el contrario espero más de un minuto, pues estoy terminando un párrafo o no puedo interrumpir mi tarea en ese preciso momento, escucho un ruido más seco y pesado que el anterior. Se trata de su corpachón cayendo en el suelo y de su lomo apoyándose en la puerta, esperando a que tenga tiempo para abrirle. Él necesita a su papá humano, es un cachorro eterno,

aunque tenga once años de edad en el momento que escribo esto. Además de todo lo anterior, estos hechos tienen un sentido literario. El llamar a la puerta que le he cerrado, la espera paciente, la alegría del encuentro. Y más tarde, cuando se tumba a mis pies, el sentir y percibir lo que yo escribo. Jamás tolero que haya nadie presente mientras trabajo, escribo con un *software* de voz especial para ciegos y todo lo que tecleo se escucha. Soy muy pudoroso con mis creaciones hasta que las termino; este veto se lo impongo sin condiciones a gente tan importante para mí tanto en lo literario como en lo personal. Mi familia, mis amigos y mi editorial jamás pueden leer nada mío que no esté terminado. A Spock le dejo que esté presente no porque piense que es un ser de inteligencia inferior que no va a comprender lo que escribo, pues esto no es así. Si escribo algo susceptible de despertar tristeza, gimotea; si es algo romántico o tierno, suspira; e incluso si son unas líneas cargadas de humor, puede llegar a menear la cola. A él le dejo leer mis escritos porque no juzga, simplemente siente.

Spock, te deberían contratar como crítico literario.

No es de extrañar que los perros estén tan presentes en la literatura, pues esta nos enseña infinidad de universos y que mejor universo que aquel en el que los perros juegan un papel primordial.

DE FÁBULA

Hay una respuesta muy castiza que considero potente e incuestionable, y que me encanta. Me refiero a cuando se formula la pregunta «¿cómo estás?» y se responde «de fábula» para indicar que se está genial. Quien responde de tal manera lo tiene claro, muy claro. Una fábula es mucho más que un cuento con moraleja. Es plasmar en el papel una porción de comportamiento humano en dos o más animales de los llamados irracionales. Esto, entre otras muchas cosas, debería servirnos para aprender que no somos tan distintos.

Evidentemente el ser humano ha perdido mucho con esto que llaman civilización de sus instintos primitivos, pero lo que no sabe es que aún le queda bastante de zorro, de cuervo, de hormiga, de cigarra, de avispa o de serpiente. Todo ello, claro está, según cada individuo. De hecho, utilizamos más allá de las fábulas en el lenguaje cotidiano a los animales para adjetivar a nuestros semejantes —«Jacinto es una serpiente, no te fies», «Pedro es un zorro, deberíamos contratarlo», «Marina es una cerda, otra vez me ha dejado tirada»—, también como sustantivos —«Ya está aquí la serpiente, cuidado», «Despierta, perro, que son las doce del mediodía»—. Según nos convenga, usamos supuestas facultades o supuestos defectos e incluso peligros de nuestros amigos de otras especies para compararlos con nuestras habilidades o miserias. Maldad, astucia, holgazanería, etc. Casi todas las comparaciones son odiosas.

Ya en el siglo VI antes de nuestra era Esopo creó las fábulas que más tarde serían internacionalmente archiconocidas. La estructura de estas piezas literarias consta de dos personajes que suelen ser animales de los que denominamos irracionales —y que a mí me gusta llamar instintivos—, una situación de conflicto a la cual se enfrentan ambos, la elección que cada uno hace a su libre albedrío únicamente condicionada por su carácter y circunstancias y un desenlace que viene a ser donde está la moraleja final y que viene a significar el fracaso y el triunfo de uno de los personajes sobre el otro, ganando siempre el más virtuoso, laborioso o justo al otro que, por culpa de la holgazanería, maldad o falta de previsión por poner alguno de los múltiples ejemplos, pierde.

Es el triunfo de la virtud contra el vicio, del esfuerzo contra la desidia, del bien contra el mal. Y cómo no, en estas fábulas un animal recurrente por sus virtudes y algunos supuestos defectillos es nuestro amigo el perro. Algunos de estos títulos son *El perro envidioso*; *El lobo y el perro flaco*; *La zorra, el gallo y los perros*; *El cazador y el perro*; *El ladrón y el perro*, y *El asno y la perrilla*.

En el siglo XVIII, bastantes años más tarde que en la época de Esopo, un español, Samaniego, rescató de modo magistral cierto espíritu básico de las fábulas del escritor griego. Las de este, como hemos dicho, estaban cargadas de lecciones sencillas aunque profundas, analizaban a través de otras especies temas complejos del carácter humano, pero en esencia lo que Esopo probablemente buscaba con sus fábulas era un cambio a través de la didáctica en el ser humano y, por tanto, hacer un mundo mejor. La fórmula era sencilla, tanto que todavía hoy estas piezas literarias siguen siendo adaptadas para niños, pero el fin era y es profundo y deliciosamente ambicioso.

Samaniego fue más a lo concreto. En sus personajes retrataba más que al hombre a los hombres de su tiempo. La finalidad era más política. Félix María de Samaniego, pese a pertenecer a la

clase privilegiada, era una persona irreverente y crítico con los suyos. Aquí un ejemplo de fábula samaniega:

Bebiendo un perro en el Nilo
al mismo tiempo corría.
«Bebe quieto», le decía
un taimado cocodrilo.
Díjole el perro, prudente:
«Dañoso es beber y andar»,
pero ¿es sano el aguardar
a que me claves el diente?»
¡Oh, qué docto perro viejo!
Yo venero tu sentir
en esto de no seguir
del enemigo el consejo.

El cocodrilo representa nítidamente al hombre que, con buenas palabras, mejores modales y con un trato exquisito hacia otros semejantes, quiere hacer pasar por el aro a estos para luego aniquilarlos y devorarlos.

Más de doscientos años después la fábula no ha perdido sentido y podría haber sido perfectamente escrita por un autor actual. El perro podría representar a un ciudadano cualquiera y el cocodrilo a la banca, a la clase política o a determinados ejecutivos de empresa. Por eso es mejor beber agua mientras uno nada con peligro de atragantarse que hacer caso a los cocodrilos que nos dan consejo en pro de nuestra salud y bienestar para luego devorarnos. Mejor seguimos su ejemplo, ¿verdad?

EL COLOQUIO DE LOS PERROS, TIENEN TANTO QUE DECIR

Miguel de Cervantes publicó en 1613 una de sus mejores novelas ejemplares, *El coloquio de los perros*. Cervantes era un autor al que le gustaba hacer juegos literarios que escondía para que el lector los descubriese como si de un preciado objeto se tratara en el interior de sus libros, como ya hiciera en el *Quijote*, incluyendo entre otras cosas supuestas erratas y gazapos que más tarde, con el desarrollo de la narración, se descubrían que no eran tales.

En *El coloquio de los perros* urdió un plan magistral que bien podría tener razones de interés editorial o simplemente buscaba con ello realizar un juego atractivo y divertido. En verdad la novela citada hacía un «cameo» en otra anterior titulada *El casamiento engañoso*, en la cual uno de los personajes da a leer un texto a otro que resulta ser la novela que nos ocupa.

Berganza y Cipión son dos canes que durante la noche cobran la facultad de poder hablar. El primero le relata al segundo sus vivencias a lo largo de su vida y las experiencias que ha tenido con distintos dueños humanos. Todo ello lo expresa de tal manera que hace que la novela entre en el género de la picaresca. Cipión escucha las andanzas de Berganza y le da su opinión en un tono de sabio y de filósofo. Estuvo muy acertado Cervantes a la hora de aliarse con estos dos personajes para analizar introspectivamente al género humano, ya que ambos pudieron dar un punto de vista distinto y libre a la vez.

Cuántas veces hemos escuchado la frase refiriéndose a nuestros perros de «es tan listo que solo le falta hablar». En mi opinión esto es erróneo, pues debemos partir de la base de que para ser listo no es necesario tener la facultad del habla, pero por otro lado también es falso que los perros no hablen. Ellos no conocen nuestros idiomas, nuestras lenguas, pero sí entienden nuestro lenguaje. Por el tono que nos dirigimos a ellos deben saber si estamos enfadados, contentos, agradecidos, tristes, etc.

De igual manera nosotros deberíamos hacer el esfuerzo —cuesta bien poco y es más sencillo de lo que parece— de intentar comprender su lenguaje corporal y sonoro. Saber interpretar sus gestos, los gemidos, lloriqueos, los distintos tipos de ladrido, de advertencia, amenaza, felicidad, de solicitud de alimento o atención nos puede ayudar bastante a entendernos con ellos, y con esto hacer que la convivencia sea mucho mejor. No hace falta llegar al nivel de Berganza y Cipión para poder comprenderles. No obstante, hemos de ser conscientes de que, aunque quizá el perro no tenga la capacidad de discernimiento ni de análisis que tienen los personajes de *El coloquio de los perros*, sí que tiene la capacidad de percibirnos como seres distintos a ellos que conviven con normas diferentes a las suyas. Lo cual no quiere decir que nos juzguen, pues este defecto es patente exclusiva de nuestra especie. Larga vida a todos los perros habladores de la literatura.

LORD BYRON. CUANTO MÁS CONOZCO AL PERRO, MÁS CREO EN LA MEJORA DEL SER HUMANO

«Cerca de este lugar reposan los restos de un ser que poseyó la belleza sin la vanidad, la fuerza sin la insolencia, el valor sin la ferocidad y todas las virtudes del hombre sin sus vicios». Se ha dicho y se ha escrito mucho sobre que el gran icono del romanticismo inglés, lord Byron, fue un gran amante de los perros pese a que no escribió ninguna obra sobre ellos. No estoy de acuerdo. Byron no publicó ningún libro que tuviera como protagonista central un can, pero no hay más que leer el epitafio dedicado a su perro que he reproducido más arriba para deducir que el poeta romántico sí hizo literatura, y de la buena, en torno a la cuestión perruna.

Byron tuvo muchos perros a lo largo de su corta pero intensa vida de humano —murió con treinta y seis años— a los que quiso como si de su propia familia se tratara. Quizá en esto influyera que su padre murió cuando él tenía tres años y que su madre tuviera una personalidad bastante perturbada, cuya convivencia con ella el mismo Byron describía como una relación de palos y besos.

De entre sus perros los biógrafos del escritor suelen destacar tres: una terrier llamada Fanny, el mastín Thunder y a Boatswain, que pertenecía a la raza terranova.

Boatswain —que en castellano viene a significar Contra maestre— protagonizó un episodio en la vida de Byron que resume en esencia la personalidad del poeta londinense y su amor incondicional por los perros. Cuando ambos amigos, humano y perruno, junto a otros perros de Byron viajaban en un barco, en plena travesía Boatswain se cayó al mar. Byron suplicó y exigió al capitán que parase las máquinas; este, escudándose supuestamente en no sé qué ley o norma de navegación internacional, le contestó al escritor que no podía hacer eso al tratarse de un perro, que el barco solo lo podía detener en caso de que fuese una persona quien se cayera al mar. El ingenioso, gallardo y aventurero Byron —el cual por cierto tenía una discapacidad motriz, una enorme dificultad al caminar que a base de esfuerzo y tiempo fue rectificando— se tiró al agua, ¿sin pensárselo? No, Byron en cuestión de segundos gracias a su ingenio romántico tuvo el suficiente tiempo para pensar que debía tirarse por dos razones y un único fin. Primera razón: se lanzó para sacar del mar él mismo a Boatswain. Segunda razón: al ser un hombre el que cayera por la borda, el capitán no tendría más remedio que parar el barco. Y el único y glorioso fin era que Contra maestre no pereciera en aquellas aguas.

Esta no fue la única vez que lord Byron arriesgó la vida por el bien de su querido terranova. El perro contrajo la rabia y el escritor cuidó de él hasta el fin de sus días, exponiéndose diariamente a contraer la enfermedad.

La frase «cuanto más conozco al ser humano más quiero a mi perro», en ocasiones se le atribuye a Diógenes, en otras a Byron. En cualquier caso opino que si no fue él el primero en pronunciarla se mereció la autoría gracias a sus nobles actos de humano para con los perros.

Yo, cuanto más conozco a Byron, más quiero a todos los perros del mundo y a todos los poetas que hacen la vida más hermosa como hizo él con su obra y su corto caminar por la existencia.

MARK TWAIN, CUENTO DE UN PERRO

El autor de *Las aventuras de Tom Sawyer* y de *Las aventuras de Huckleberry Finn*, para la buena verdad se podría decir que fue más amante de los gatos que de los perros. Sin embargo, este sentía una especie de atracción fatal hacia los primeros, ya que a casi todos los que tuvo les puso nombres de demonios.

Admiraba a los felinos por su inteligencia instintiva, por esa astucia que solamente ellos tienen y por su capacidad de poder mirar al ser humano por encima de los hombros, cosa que el perro no puede hacer. No obstante, yo pienso que Twain no consideraba a los perros como inferiores como se ha dicho en ocasiones pese a que los describía como seres planos. En mi opinión se refería a que ambas especies tienen tipos de inteligencia totalmente diferentes.

El gato posee esa capacidad analítica y observadora, una rapidez de actuación perfecta una vez tomada la decisión y, aunque es un ser al que le gusta dar y recibir cariño de los humanos, cuando le conviene es capaz de mostrar una frialdad ante nosotros y ante la vida en general digna de asombro.

El perro nos sorprende con sus dotes para la vida en grupo, la obediencia, la solidaridad, una capacidad de distinguir el bien del mal casi parecida a algunos humanos. De hecho, Mark Twain dejó plasmado su cariño hacia los canes en una entrañable y emotiva obra, *Cuento de un perro*, que narra la historia de una perrita que con sus actos quiere honrar la memoria de su madre. Y esto lo logra con creces cuando un fatídico día la casa familiar se incendia y la perra salva la vida del miembro humano más joven, pero ironías y fatalidades del destino, el padre es un hombre sin alma y esta no recibe más que malos tratos de su parte pese a haberlo dado todo por los humanos, arriesgando lo más preciado que tiene: su vida.

El autor estadounidense retrata aquí perfectamente hasta dónde es capaz de llegar el ser humano si se propone convertirse en un animal maligno, y por el contrario, hasta dónde es capaz de entregarse un perro a pesar de cómo se porta con él un hombre.

JACK LONDON, COMODIDAD, DOMESTICACIÓN, LIBERTAD, LUCHA SALVAJE

Jack London fue y sigue siendo un autor estadounidense archiconocido en todo el mundo principalmente por dos de sus obras: *La llamada de lo salvaje* y *Colmillo Blanco*. En ambas, al igual que en otras como *El lobo de mar* o *Encender una hoguera*, el autor ha tenido una constante: la elección que el hombre y otras especies como la canina deben hacer desde hace muchos siglos entre lo natural y lo civilizado. London nos pone ante los ojos la cruda realidad con un estilo literario directo y realista, pero no exento de cierto emocionalismo desde mi punto de vista certero, pese a las críticas que por esto último tuvo en su día y que explicaré más adelante.

En *La llamada de lo salvaje* —o como también fue titulada en España, *La llamada de la selva*— el autor nos cuenta la historia de un perro doméstico que, por circunstancias de la vida, se ve abocado a llevar una dura existencia cuando deja el hogar de su amo humano, un juez de clase media alta, para llevar una vida salvaje. En este tránsito pasa por una serie de vicisitudes que le enseñan —y, por tanto, también al lector— las más profundas miserias de aquello que nuestra especie llama civilización. El perro es explotado como animal de tiro y dadas sus enormes dimensiones es víctima de la fanfarronería humano-masculina, siendo obligado a tirar de grandes cargas para satisfacer los complejos de inferioridad y la «virilidad» de alguno de sus amos y su entorno. Conoce el orgullo de los hombres, la ambición insaciable, el odio irracional, los vicios y las miserias humanas, pero pese a todo consigue amar a alguno de estos humanos. Finalmente, cuando su último dueño muere, Buck, que es como se llama el enorme perro cruce de san bernardo y scotch collie, decide —en parte por no tener otra opción— unirse a una manada de lobos.

Por otro lado, *Colmillo Blanco* se podría decir simplificando mucho que en cuestiones argumentales es una historia inversa a la de *La llamada de lo salvaje*. La historia nos cuenta la vida de un lobo que cambia radicalmente desde el momento en que un humano, siendo él aún un lobezno, lo captura junto con su madre para domesticarlos.

Jack London nos cuenta en esta obra cómo el paso de la vida salvaje y natural para un animal instintivo que aterriza de repente en un grupo humano no tiene por qué ser precisamente amable. En la naturaleza rigen unas normas, una selección natural, una cadena alimenticia, la lucha contra los elementos, contra las condiciones climatológicas y la pelea constante por sobrevivir. En la civilización humana las normas son bastante más difusas y arbitrarias, imposibles de comprender por parte de un ser que no tiene conocimiento de las acciones de las cuales puede ser capaz un hombre. Es usado como perro de pelea, maltratado y se ve obligado él también a matar por mera supervivencia y por puro capricho y diversión de los humanos «civilizados».

Tras el éxito de *Colmillo Blanco*, el cual fue grande y rápido en todo el mundo, no tardaron en surgir críticas a London y a su obra. Fue acusado de traicionar su estilo realista dada la inverosimilitud de algunas escenas. El mismo presidente Roosevelt le acusó de falsificador de la naturaleza y de realista improvisado. En este particular, yo quisiera romper una lanza a favor de London, pues soy partidario de que incluso los autores realistas tengan derecho e incluso la necesidad de tomarse cuantas licencias literarias quieran sin tener que ser acusados de desvirtuar el naturalismo ni el realismo, ya que en muchas ocasiones es necesario hacerlo para despertar

sentimientos en el lector que provoquen emociones y que le ayuden a este a conocer la naturaleza del ser humano y de la sociedad con todas las especies animales en su conjunto.

Ya sabemos que los perros no tienen la capacidad de escribir libros o que algunos de los pasajes de *Colmillo Blanco* serían imposibles desde un punto de vista científico, pero es que la literatura es eso por mucho que se haga desde un estilo realista: el intentar cambiar el mundo real, creando otros mundos entre las páginas de un libro mezclándolos con el que, por suerte o por desgracia, ya tenemos.

Colmillo Blanco parece ser en verdad una historia paralela a la vida que llevó el mismo autor. Jack London fue un aventurero que deseaba hacer fortuna para poder ir a la universidad; de joven vagabundó en busca de aventuras y fue marinero y buscador de oro entre otras cosas. Llevó una vida salvaje, callejera en el mejor de los casos; vivió pese a su condición de ser humano en plena naturaleza, sufriendo esta con toda su crudeza más que disfrutándola. Después, cuando sus escritos tuvieron un éxito rotundo y repentino, conoció una vida más acomodada, pero a buen seguro que más de una vez, estando tranquilamente en su salón de Rancho Hermoso, tuvo el anhelo de despertarse entre los árboles, sobre la tierra, escuchando lejanos aullidos de lobo. Seguro que más de una vez, sentado en su sillón, sintió la necesidad de encender una hoguera, que escuchó la llamada de lo salvaje y que hubiera cambiado todo lo que tenía por volver a ser un lobo de mar.

VIRGINIA WOOLF, EL MUNDO ANTE LA MIRADA ATÓNITA DE FLUSH

La ilustre escritora feminista Virginia Woolf destacó en muchos campos, pero sobre todo en los movimientos a favor de los derechos de las mujeres a través de sus libros. No se conoce que fuera una amante de los perros demasiado entusiasta, sin embargo, gracias a su enorme talento, escribió una de sus obras más desconocidas, si es que este apelativo es posible usarlo en sus creaciones. Estoy hablando de *Flush*, un texto basado en la vida de un perro que perteneció a Elizabeth Barrett.

Virginia fue una gran admiradora de la poeta inglesa Elizabeth Barrett, la cual murió veintiún años antes de que ella naciera.

Elizabeth nació con una enfermedad cuyo diagnóstico era desconocido en la época en la que vivió y que le impedía llevar una vida normal desde el punto de vista funcional. Hoy día se la considera una de las mejores poetas de Reino Unido. El también escritor Robert Browning se enamoró en primer lugar de su obra y más tarde de la poeta. Ambos tuvieron una hermosa relación en principio epistolar y más tarde matrimonial, y de dicha unión nació una única hija.

Flush era un cocker spaniel que acompañó a Elizabeth desde que se lo entregaron como regalo hasta que el peludo de cuatro patas dejó este mundo de seres mortales.

Virginia Woolf, a través de *Flush*, construyó una biografía novelada de Barrett magistral, como magistral fueron todas sus obras. Es cierto que *Flush*, dada la altura literaria de *La señora Dalloway*, de *Las olas*, de *Al faro*, de *Una habitación propia* o de *Una mujer ante el espejo*, quedó en segundo plano, pero en ella se puede ver sin tener que ser un experto en crítica literaria a la mejor Woolf posible, ya que mantiene sus señas identitarias más fuertes, un estilo lírico sin rimbombancias, un sentido del humor único y personal y, sobre todo, un espíritu crítico que en este caso recae sobre la sociedad de aquel momento, la época victoriana. Todo ello narrado a través de los ojos de Flush, los cuales muchos han descrito como atónitos.

Mi más sentido homenaje a tres seres magníficos que con su sensibilidad, talento y lucha intentaron hacer una sociedad mejor y más justa. Gracias, Elizabeth; gracias, Virginia; gracias, Flush.

HELEN KELLER. MÁS ALLÁ DEL SILENCIO, AL OTRO LADO DE LA OSCURIDAD

Me vas a permitir, querido lector, que pierda en las siguientes líneas todo sesgo de imparcialidad cuando te hable sobre una mujer por la que siento bastante más que admiración y con la que nada más escuchar su nombre se me hace un nudo en la garganta y se me eriza el pelo de todo el cuerpo, pues estoy refiriéndome a una de esas personas que la humanidad no debería permitirse olvidar jamás.

Helen nació con sus cinco sentidos perfectamente desarrollados, y en los primeros meses de vida ya pudo mostrar sus enormes capacidades cognitivas; con tan solo seis meses era capaz de pronunciar algunas palabras. Todo cambió cuando cumplió año y medio.

Por culpa de una enfermedad por entonces no diagnosticada y que probablemente fuera meningitis aguda, la niña perdió totalmente la vista y el oído. Esto supuso un *shock* para toda la familia, pero sobre todo para la pequeña Helen, quien tornó su hasta entonces carácter alegre y juguetón en arisco y agresivo hasta el punto de tener un comportamiento casi salvaje y violento con los demás.

Se crio en una granja de Tuscumbia (Alabama), con lo que tuvo un contacto muy directo con los animales desde muy pequeña. Su familia, pese a los altibajos financieros que sufrió, se podría decir que disfrutó de una vida material más que acomodada. El destino de Helen cambió de nuevo cuando sus padres contrataron a una instructora que también tenía una discapacidad: pérdida severa, pero no total, de la visión. Se llamaba Anne Sullivan.

Helen y Anne se conocieron cuando la primera tenía siete años y la segunda, veinte; primero fueron alumna y maestra, y más tarde amigas, hermanas no sanguíneas, pero inseparables, diría yo.

Desde que perdió dos de sus sentidos hasta que conoció a su instructora Helen no pudo encontrar respuesta a lo que le ocurría en sus semejantes humanos. Estos no sabían cómo tratarla, la excesiva protección o la desmesurada severidad eran el pan de cada día en su educación. Solo halló consuelo en aquellos seres que no necesitan comprender para saber, que no piden explicaciones a nadie, que no juzgan a través de rígidos clichés sociales y que se limitan a actuar pragmáticamente según se desarrollan los acontecimientos en ese preciso instante; me refiero a los mal llamados animales irracionales, animales instintivos. Por eso desde pequeña Helen amó a los perros.

Keller fue la primera persona sordociega del mundo en obtener una licenciatura universitaria. A los veintitrés años se convirtió en una autora de éxito con su biografía *La historia de mi vida*, escribió también sobre otras muchas cuestiones no relacionadas con su infatigable afán de superación, pero con estas no obtuvo el éxito que se hubiera merecido. Al parecer al público le interesaba más saber cómo había logrado superar todas sus dificultades que disfrutar de cómo era capaz de crear buenas historias, buenos textos, pese a tener aquellas dificultades. Esto a Helen le marcó y tampoco se sintió del todo comprendida por sus lectores. Además, fue víctima de los ataques de un sector de la prensa amarilla cuando comenzó su extensa y profunda lucha por los derechos humanos y su actividad política en pro del feminismo y el socialismo. Llegaron a decir de ella que cómo iba a tener criterio propio una persona incapaz de ver y oír, hasta el punto que se hizo famosa la broma de que «jamás tendría un punto de vista apropiado». Por suerte, buena parte

de su esfuerzo sí que se vio reconocido por amplios sectores sociales de todo el mundo, sus conferencias eran solicitadas en muchos puntos del planeta.

En Japón, donde se encontraba en 1937 dando una serie de charlas, se interesó por la historia de Hachiko, le mostraron para que pudiera tocarlo y sentirlo a un perro de la misma raza, un akita. Helen emocionada le dijo a los presentes que era un perro encantador, que le gustaría tener uno igual. Sin dudarlo ni un momento el gobierno japonés le regaló un perro de esta raza al cual llamó Kensan-go (Kamikaze). A través de sus manos Helen intuía la nobleza de su nuevo amigo peludo, la sensibilidad que el formidable akita tenía. Él percibía que su amiga no podía ver y oír, y protegía de un modo muy especial a Helen, acercaba su cuerpo al de esta para que lo notara sin que nadie le hubiera tenido que explicar qué es una persona sordociega. Por desgracia, Kamikaze murió muy pronto, con tan solo ocho meses por culpa del moquillo; para Helen fue un duro golpe. La tristeza que sintió con la pérdida y el amor sin medida que de él recibió en su breve existencia se ve perfectamente reflejado en estas palabras que más tarde escribiría: «Si alguna vez hubo un ángel con pelo, fue Kensan-go».

Los mandatarios del gobierno japonés quedaron consternados con la pérdida de Kamikaze y le regalaron a Helen otro perro akita que, además, era hermano del amigo fallecido.

La escritora no ha sido aún, a mi juicio, suficientemente reconocida. Estamos hablando de una persona a la que le faltaban dos de los cinco sentidos que la mayoría de los seres humanos tienen y que, además, estos son los más importantes para poder socializar. A pesar de eso Helen, con toda su fuerza y energía, derribó, no sin esfuerzo, las barreras que se le ponían en su camino a finales del siglo XIX y a principios del XX.

Luchó por los derechos de las minorías raciales pese a tener un padre que consideraba a los negros como animales, fundó instituciones aún vivas que por la integración de las personas discapacitadas, consiguió que políticos muy alejados de su marco ideológico reconocieran su labor, peleó por los derechos de la clase trabajadora cuando ella procedía de una familia acomodada de ideas ultraconservadoras, fue una feminista en los tiempos en que una persona con discapacidad era un ser nulo para la mayoría de la sociedad y sí, se hicieron documentales, obras de teatro, artículos, libros y películas sobre su vida —incluso se declaró el 27 de junio como el día de Helen Keller y el Día internacional de la Sordoceguera—, pero pese a todo esto fue una persona incomprendida y ahora no es lo suficientemente recordada. Sin embargo, quienes jamás la discriminaron por su condición de sordociega ni por sus ideas fueron los perros, que vieron en ella lo que era en esencia: un ser extraordinario e irrepetible.

AGATHA CHRISTIE, PERROS CON AMOR Y MISTERIO

La escritora inglesa, la reina del misterio que no solamente lo fue, sino que lo sigue siendo, ha adquirido tal fama internacional que su nombre no es ajeno ni tan siquiera a quienes no son lectores suyos ni de su género gracias a que sus obras están publicadas en casi todos los idiomas y en infinidad de países amen de las adaptaciones a la pequeña y gran pantalla de muchas de estas. Además, en cuanto a ventas se refiere, también es una digna competidora de Shakespeare —y permítemelo—, incluso de Dios, ya que sus libros siguen siendo los más vendidos tras la Biblia y las obras del autor de *Hamlet*.

Christie llevó una vida en términos generales feliz, entre otras cosas gracias a sus perros. Agatha nos cuenta en su autobiografía que fue una niña muy querida por su familia y reniega de la teoría que afirma que los buenos autores han debido sufrir sobre todo en los primeros años de su vida para tener historias que poder contar posteriormente en sus obras. Ella sí que tuvo que sufrir episodios dramáticos de más adulta e incluso traiciones que le marcaron profundamente, pero que siempre fueron resarcidas por sus amigos perrunos de los cuales vamos a comenzar a hablar ya mismo.

Tras una prolongada ausencia de su casa, la pequeña Agatha regresó junto a su madre al hogar habitual donde se reencontró con Tony, un pequeño gran amigo de cuatro patas, un terrier. La Agatha adulta nos relató en su autobiografía, ya en una época de madurez plena y con la perspectiva que sobre las cosas dan el paso del tiempo, la experiencia y las vivencias, cómo descubrió años más tarde que verdaderamente ella se identificaba ya desde niña con la especie canina. Nos decía que si la teoría de la reencarnación era cierta, ella habría sido un perro en otra vida.

Volvemos a comprobar aquí lo que ya sabemos, pero que recibimos con la misma alegría y ternura que siempre. Me refiero a la constatación científica y a la vez mística y enigmática de que los perros tienen alma de niños y viceversa. La reina del misterio como buena escritora gozó, sin duda, de la suficiente sensibilidad al igual que la totalidad de los lectores que tienen entre sus manos este libro como para seguir percibiendo esto en su etapa adulta.

Christie, en las mismas memorias nos cuenta que en su ausencia y en la de su madre Tony había sido cuidado, muy cuidado, demasiado cuidado diría yo, por una amiga de la familia. Cuando se marcharon del hogar habían dejado a un terrier con sus cuatro patitas, su hocico, su cola y con todas las cualidades morfológicas y conductuales típicas de un perro, pero al regresar se encontraron con una especie de marqués de las cuatro patas. Se le había estado proporcionando los mejores alimentos y estos no se le ponían en su recipiente habitual, sino que se le daban directamente en la boca. Cuando madre e hija regresaron e intentaron volver a la rutina también con Tony, comprobaron una realidad que su cuidadora temporal ya les había advertido: el señorito peludo, el duque de los hocicos, el marqués de las cuatro patas, el rey de la casa, solo quería comer si se le daba el alimento directamente en la boca. La misma Agatha le dejaba la comida delante y este la observaba con indiferencia y mostraba una sublime dignidad pasiva durante horas sin querer comérsela hasta que la niña, aceptando el chantaje emocional de Tony, se lo daba. La madre de Agatha intervino y le prohibió esta práctica. Pudieron observar que tras dejarle la comida y pasar varias horas, al final el terrier acuciado por el hambre se comía el alimento, pero

en la ausencia de las humanas, que el señorito tenía clase y orgullo, que para eso era el amigo perruno de la futura reina del misterio. Afortunadamente, con el tiempo todo volvió a su sitio y Tony volvió a ser un perro. Tuvo que dejar a un lado todos esos títulos nobiliarios que un servidor se ha atrevido a otorgarle.

Agatha no solo en su infancia le dio a los perros categoría de dignidad y de ejemplo a seguir por aquellos humanos considerados de bien. Tras el divorcio de su primer marido pudo comprobar —como suele ocurrir en las situaciones más difíciles de la vida— quiénes eran los verdaderos y quiénes los falsos amigos. En una conversación con su secretaria, su amiga e institutriz de su hija Rosalind, ambas concertaron crear dos órdenes en las cuales inscribirían a los amigos con la clasificación anteriormente mencionada. La primera orden sería la OFD —Order of the Faithful Dogs—, la orden de los perros fieles en la que incluiría a aquellas personas que jamás le habían fallado, a las nobles de espíritu, a las que daban todo sin pedir nada a cambio, a quienes ayudaban en los peores momentos, a quienes en definitiva se comportaban como lo hacen nuestros maravillosos amigos peludos de cuatro patas. La otra orden era la de las ratas, en la cual se encontraban aquellos amigos que ni tan siquiera merecían tal apelativo.

Christie dedicó una de sus obras más notorias, *El testigo mudo*, a Peter, el perro familiar que tuvo durante su matrimonio con Archie, a este terrier lo consideró un miembro honorífico del OFD.

Uno de los episodios más duros en la acomodada y feliz vida que según sus palabras llevó en términos generales la autora inglesa, fue cuando, casi asemejándose a un caso típico de sus novelas de misterio, estuvo desaparecida durante diez días en los que centenares de policías, ciudadanos y miembros de la familia se movilaron en su búsqueda. Estos hechos aún no del todo aclarados se produjeron después de que su marido le solicitara el divorcio tras confesarle a ella una infidelidad. Fue un tropiezo efímero en la existencia de Agatha entre otras cosas por seguir teniendo la suerte de poder contar con el apoyo de buenos amigos, algunos de ellos de cuatro patas.

Ya en su madurez tuvo a Bingo, que pertenecía a la raza pinscher, una especie de dóberman en miniatura al cual ella consideraba adorable y con el que se fotografió en numerosas ocasiones, rara excepción, pues la reina del misterio no era muy dada a realizar apariciones en público y fue siempre muy reservada con su privacidad.

Sin embargo, no todo el mundo consideró a Bingo como un ser entrañable, según cuenta su bisnieto, el editor James Prichard, que relató ya de adulto tener miedo del perro cuando siendo un niño se lo cruzaba por los pasillos de la casa de la bisabuela Agatha. Quién sabe, quizá Bingo encerraba algún misterio oscuro como los que se narraban en las obras de su amiga humana.

Y para terminar estas líneas dedicadas a los amigos de cuatro patas de la autora inglesa, te desvelaré dos curiosidades que considero tan intrigantes como fue la obra de Christie. La primera es que Agatha mantuvo dos de sus novelas inéditas hasta 2010. ¿Sabes quiénes eran los protagonistas de estos títulos? *El incidente de la pelota del perro* y *La captura de Cerbero*. Creo que queda bastante claro. ¿Verdad que sin llegar a abrir los libros ya huele a perro?

La segunda curiosidad sinceramente no te la puedo desvelar del todo, pues con ello incurriría a desposeerte del placer que otorga la intriga de saber cuál será el desenlace de cualquier obra de misterio. Y hemos de tener en cuenta de que estamos hablando de doña Agatha Christie, y que si hago un *spoiler* de una de sus novelas podría tener en pocas horas a millones de lectores de su majestad la reina del misterio manifestándose y con razón a las puertas de mi casa. Pero por otro lado dejaré de morderme la lengua y te contaré que en una de las más de ochenta novelas de

misterio que escribió, la mente que maquinó el crimen era un... ¿cómo lo diría yo? Pues que tenía más de dos patas.

LAS COLUMNAS

Mi querido lector, cuando leas el título de este epígrafe quizá estés pensando —ya que este libro trata sobre la relación que ha tenido el perro y el humano a lo largo de la historia y de muchas de sus peculiaridades y, por qué no negarlo, de infinidad de curiosidades— que al hablarte de columnas lo esté haciendo refiriéndome a esas de piedra, hormigón o madera en las cuales nuestros queridos peludos suelen verter su «agüita amarilla» tras levantar la pata. No, los perros no solo es pis lo que vierten. Ni son únicamente ese tipo de columnas las que les gustan. Además, gracias a determinadas escritoras y escritores, los perros vierten también talento en las columnas de opinión de nuestros periódicos.

Un referente internacional sobre el columnismo periodístico perruno en lengua castellana lo tenemos en la serie de artículos publicados —a finales de los años setenta hasta principios de los ochenta en *El País Semanal* cada domingo— por el gran escritor Antonio Gala.

Gala y Troylo, que era como se llamaba el fiel amigo perruno del autor, llevaron juntos una vida de compañerismo y profunda amistad que, entre otras muchas cosas, se ven reflejadas en esta serie de artículos denominados «Charlas con Troylo».

El escritor ciudadrealeño afincado en Andalucía —tierra que ha sentido de siempre como propia por el profundo respeto y admiración que por ella tiene— analizaba en estas charlas la situación social y política de España con unos magistrales diálogos con Troylo. Las cartas tenían una calidad literaria impecable, un sentido del humor refinado, una ironía elegante y sutil, una carga intelectual difícil de superar y todo lo bueno y positivo que se le podría atribuir a una persona de la calidad humanista de Antonio Gala, pero sobre todo las misivas estaban cargadas de sentimiento y admiración hacia esos seres extraordinarios que son los perros «perronificados» en la figura de su querido Troylo.

Gala analizaba la actualidad con una perspectiva histórica que su profunda cultura le facilitaba y, además, este análisis lo redirigía magistralmente hacia el pensamiento instintivo y natural de los perros, de Troylo. Gala Siempre ha sido un autor comprometido, con la paz, con el humanismo y con la interculturalidad, sus textos jamás nos dejan indiferentes, pero nunca he encontrado tanta finura y elegancia a la hora de hacer una radiografía histórica de nuestro país como lo hizo en las «Charlas con Troylo».

En el momento que escribo estas líneas mi admirado Antonio tiene ochenta y nueve años. Lamentablemente esta serie de artículos fue efímera como tristemente efímera son las vidas de nuestros peludos y en 1980, tras el fallecimiento de Troylo, Gala decidió dejar de escribir su columna semanal.

Gracias, Troylo, por incitar a crear tanta belleza a tu buen amigo don Antonio Gala.

AQUÍ NO CABEN TODOS, PERO ME HUBIERA ENCANTADO

Son muchas, muchísimas las escritoras y escritores que han estado acompañados por sus amigos peludos y que estos han sido fuente inagotable de inspiración para ellos. Casi necesitaríamos dedicarles un libro entero y, aun así, no les haríamos justicia.

Un hombre con una sensibilidad muy especial fue el autor portugués Saramago, persona imperturbable y de profundas convicciones éticas y políticas. Ni tan siquiera el hecho de que ganara el Premio Nobel de Literatura en 1998 le cambió un ápice su modo de ser y de sentir. En su residencia de Lanzarote tuvo varios perros adoptados y acogidos.

En 1995, al poco tiempo de enterarse de que le entregarían el Premio Camoens, el autor luso abrió un buen día la puerta de su casa y allí se encontró con un perro de aguas portugués sin hogar, uno de esos desheredados de la tierra por los cuales el nobel tanto hizo a lo largo de su vida. Allí estaba, como si este supiera de antemano que en aquel hogar iba a ser bien acogido. El sexto sentido que sin duda los perros tienen no le traicionó a quien Saramago nombraría tras abrirle la puerta para que pasara y se quedase a vivir con él para siempre, Camoens. Así fue «encontrado» y así fue como llamó Saramago a uno de los protagonistas de su novela *La caverna*. Encontrado, un can que rendía homenaje literario al perro Camoens y que pertenecía a otro personaje de dos patas, un alfarero. Camoens fue el único perro de José Saramago que sobrevivió al escritor y según cuenta su viuda, Pilar del Río, este estuvo varios días llorando su muerte y llamando desesperadamente a su fiel amigo.

Era conocida la relación amistosa que existía entre Pío Baroja y su perro Thor. Cuando este se contagió de la rabia, por entonces incurable, en un acto de valor y de amor incondicional se autoobligó a sacrificarlo él mismo para que Thor dejara de sufrir y que de este modo pudiera cruzar tranquilamente el arcoíris.

Miguel de Unamuno le dedicó un poema a su perro Remo, al igual que hizo Pablo Neruda en la *Un perro ha muerto*, que como Juan Carlos Onetti siempre tuvo perros y gatos a su lado.

Me doy cuenta de que no solamente debemos estar agradecidos por todo lo que nuestros perros nos dan a cada uno de nosotros, sino que también es digno de considerar lo que los canes de los demás, como en el caso de los escritores, han aportado al desarrollo de la humanidad, a la belleza y a hacer que sus amigos de dos patas fueran mucho mejores.

PACO, UN CAMINO DE IDA Y VUELTA CON SEIS PATAS

En el Madrid de finales del siglo XIX, donde los cafés, los teatros, las tabernas y las plazas de toros eran testigos de la vida social de lo más granado y variopinto de la ciudad, un ser excepcional aparecía en muchos de estos lugares estrictamente reservados para humanos y ni tan siquiera para todos los miembros de esta especie. Hablo de un ciudadano de cuatro patas al que el pueblo madrileño llamaba el perro Paco.

Fue un mestizo callejero que no pertenecía a nadie y que era querido por casi todos. No sabemos si jamás tuvo hogar porque no lo quiso y prefería ser libre con todas las consecuencias que esto conlleva o que no lo tuvo porque nadie se lo dio. Se decía que dormía en las cocheras de Fuencarral y en el café Fornos.

Múltiples cronistas narraban la vida de Madrid a través de los acontecimientos sociales y culturales a los que asistía Paco, este era un vehículo magnífico para conducir las crónicas costumbristas de la ciudad.

José Fernández Bremón, columnista de la revista *La ilustración española y americana*, y José Ortega Munilla, director de *El imparcial*, fueron los dos periodistas que más escribieron sobre la vida social de Paco y, subsidiariamente, sobre la de los humanos que le rodeaban. El mayor apogeo perruno-periodístico del cronismo madrileño de Paco se llevó a cabo entre 1881 y 1882.

El nombre de Paco se lo puso el marqués de Bogaraya, un asiduo parroquiano del café Fornos cuando un día estaba celebrando la onomástica de san Francisco de Asís y un perro callejero, ya algo conocido por el lugar, se le acercó y este le obsequió con un hueso por el que el can quedó más que agradecido. El marqués, que en ese preciso momento de ternura no estaba infectado por ningún prejuicio de clase, especie ni condición social decidió ponerle por nombre Paco en honor a la festividad católica que estaba celebrando.

Aristócratas, artistas, intelectuales, escritores, periodistas, políticos, obreros, empresarios y gentes de todo tipo fueron los amigos de dos patas de Paco.

En alguna de las crónicas periodísticas se narraba que al perro le gustaba asistir a las corridas de toros, que también tuvo algún amigo torero y que a veces, entre toro y toro lidiado, este saltaba al ruedo para hacer alguna cabriola que fuera digna de aplausos por parte de los asistentes, pero, querido lector, ¿qué quieres que te diga al respecto? Reconozco que no puedo ser objetivo con esto, ya que me declaro radicalmente antitaurino. Mi opinión es que Paco asistía a dichos eventos pues le gustaban las aglomeraciones, estar rodeado de personas y que allí, en las plazas de toros, al igual que en los teatros, en los restaurantes de moda y en los cafés se encontraba con muchos de sus amigos humanos. ¿Y qué decir de las cabriolas? Que sin dudar un ápice de los cronistas de la época, estoy seguro de que eran ciertas, pero que no las hacía con el fin de amenizar la corrida, sino más bien para disuadir al público de tan macabra diversión. Supongo que los periodistas se dejaban llevar por la efusividad del momento y narraban que Paco gozaba como un aficionado más del para mi mal llamado espectáculo. No me creo que un ser tan social como el perro Paco disfrutara viendo como torturaban en público y como después terminaban con la vida de un semejante de cuatro patas de quinientos kilos de peso.

Fue precisamente en una plaza de toros cuando comenzó el principio del fin de la vida de Paco. Una tarde de 1882, un novillero que, según las crónicas posteriores, estaba haciendo mal la faena,

fue interrumpido por Paco, quien se le puso por medio y comenzó a realizar alguna de sus famosas cabriolas. Los cronistas narraron más tarde que a Paco «gran aficionado», le enfadó que el novillero fuera tan pésimo. En su mentalidad de taurinos no les cabía otra cosa. Yo abogo más porque quería interrumpir la «faena», pues esta le estaba provocando al pobre toro más sufrimiento de lo habitual y quería que aquella tortura cesara de inmediato.

El novillero cobarde, acomplexado y miserable, al verse acosado por el perro, le asestó una estocada que le dejó malherido. A duras penas el novillero pudo escapar de la ira del pueblo de Madrid. Quien tampoco pudo zafarse, pero en este caso de la muerte, fue Paco, quien falleció días más tarde.

4

PERROS DE CINE

Si ya lo hizo en el arte rupestre, en el protohistórico, en el antiguo, en el arte moderno y en el contemporáneo en varias disciplinas como en la pintura, la escultura, la literatura, etc., es obvio que el perro aparezca también en las artes escénicas actuales. Los canes no participan en las películas porque estos sean un recurso propicio para rentabilizar económicamente las producciones o porque los creadores quieran diferenciarse utilizando en sus obras actores de cuatro patas, lo hacen porque el perro forma parte de nuestras vidas, de nuestra sociedad y de nuestro presente emocional como no lo ha hecho jamás ninguna otra especie.

Si el cine es como la vida, por mucha ficción que exista en él necesitará al perro, pues este es un ciudadano más que los creadores escénicos llevarán a sus obras ya no solamente por necesidad artística, para darle más fuerza al argumento o al tema que trate el filme en cuestión, además lo harán para mostrarnos un mundo en el cual existe un ser que ya es uno más de los nuestros.

Querido lector, en las siguientes líneas te vas a encontrar un relato tierno de cómo los perros nos han endulzado la existencia gracias a sus apariciones cinematográficas con su pericia, sus gracejos y habilidades.

Quiero ser fiel a la verdad y a la sensibilidad militante del lector de este libro que seguramente en su práctica totalidad es una persona que trabaja a favor de los derechos de los animales. En el cine no es oro todo lo que reluce, y tras el brillo de las estrellas muchas veces hemos descubierto más tarde una negrura espesa y dolorosa. Son conocidos determinados directores de cine de quienes se decían que trataban a los actores humanos como a perros y a buen seguro que los ha habido también que trataban a los actores perros como objetos, pero generalizar es caer en un fanatismo que nos cegará y que no nos podrá permitir distinguir lo que está bien de lo que está mal. Por tanto, en este capítulo conoceremos la vida de los actores de cuatro patas bajo los focos de rodaje con sus luces y sus sombras.

UGGIE, SALVADO POR LOS PELOS

Precisamente fue esa, su condición de peludo, la que le empujó en un principio a un camino de desdicha y abandono a este carismático jack russell y la misma que, «por los pelos», le salvó de aquel destino dándole un trabajo y lanzándole al estrellato.

Uggie fue abandonado en dos ocasiones por dos humanos irresponsables por considerarlo estos hiperactivo. Te aseguro que aquel comportamiento era más culpa de quienes debían haberse comportado como educadores —o simplemente abstenerse de cuidar a ningún perro— que del mismo can. Cuestión que poco más tarde se demostraría cuando la futura estrella canina cayó en las manos del adiestrador Omar von Muller.

Con su nuevo amigo humano Uggie comenzó una vida muy distinta a la anterior. No tardó en cambiar su comportamiento inadaptado en dócil, sociable y generoso a la hora de dar y recibir cariño de los demás. La fama le llegaría con su participación en 2011 en el filme *Agua para elefantes* cuando tenía nueve años de edad —intervino en algunos más e hizo campañas publicitarias, giras y apariciones en televisión—. Sin embargo, lo que le catapultó definitivamente a lo más alto de su carrera fue el papel que realizó en la película francesa de cine mudo *The Artist*, el filme fue todo un éxito internacional en cuanto a taquilla y premios se refiere.

Uggie obtuvo por su papel el Golden Collar a mejor interpretación canina en cine y el Palm Dog de Cannes. El actor de cuatro patas acudió junto con el resto de compañeros de dos patas a la *premier* paseando con la cabeza bien alta por la alfombra roja del Instituto de Cine Americano. Además, colaboró junto a ellos en una gira por varios países en la que se promocionó el exitoso filme.

El entrañable jack russell, aunque trabajó mucho y bien para el mundo de las artes escénicas, no fue precisamente un perro explotado gracias a su rescatador y adiestrador, quien decidió que ya no haría más papeles largos en películas al cumplir once años. Por otro lado esta jubilación parcial, aunque disminuyó su actividad profesional, no lo hizo al menos de un modo proporcional en cuanto al crecimiento de su fama se refiere.

En esta etapa protagonizó un sencillo anuncio para televisión en el que se expresaba con ladridos «recomendando» la nueva Nintendo. Además, Uggie, gracias a PETA —una de las organizaciones más reconocidas mundialmente en la lucha por los derechos de los animales— se convirtió en el rostro visible de una campaña a favor de la adopción y contra el abandono animal.

Tras el enorme éxito con la película *The Artist* se inició una campaña en las redes sociales que recorrió de modo viral todo el planeta. Fue una idea del editor S. T. Van Airsdale, en la cual se pedía que Uggie tuviera derecho a poder ser nominado en los Óscar. La campaña no logró su objetivo pese al enorme apoyo de medios de comunicación, particulares y gente del mundo del cine. Los académicos más puristas argumentaban que un perro no podía tener derecho a la estatuilla dorada porque trabajaba motivado por galletas y salchichas, no por una verdadera vocación artística. En fin, habría que ver también la vocación artística de algunos académicos de dos patas.

Desgraciadamente Uggie nos dejó en 2015 a los trece años de edad. Tres antes se había publicado en Francia, Reino Unido y Estados Unidos un libro sobre su vida en cuyas páginas quedará immortalizado para siempre al igual que en sus apariciones en la pequeña y gran pantalla.

Tiene, además, su propio perfil en el portal IMDb, en el que se cuenta la vida y obra de las grandes estrellas del cine.

MILO, UN PELUDO TRAS LA MÁSCARA

En la comedia de superhéroes estrenada en 1994 y protagonizada por Jim Carrey, participó con un papel muy importante otro perro igual que Uggie perteneciente a la raza jack russell.

Este actor de pelo corto y cuatro patitas se llamaba originalmente Max McCarter y adoptó en la película el nombre de Milo. Este sería el compañero de Stanley Ipkiss, un apocado trabajador de banca que es humillado día sí, día también por su jefe. El personaje interpretado por Jim Carrey se encuentra una buena noche en el puerto de la ciudad una enigmática máscara que al ponérsela le otorga superpoderes. Así logra conseguir todo lo que desea: conquistar a la mujer de la que está enamorado, vengarse de su jefe e incluso se atreve a robar el banco donde está empleado. Todo le sale a pedir de boca desde que se apodera de la máscara prodigiosa, aunque al final es descubierto y da con sus huesos en la cárcel. Pero no está todo perdido, pues fuera le espera su perro Milo, quien se pone la máscara y adopta dichos superpoderes, consiguiendo sacar a su amigo de dos patas de la prisión.

Era la primera vez que el can Max McCarter (Milo) se enfrentaba a interpretar un personaje de cine y su carácter indomable y juguetón podría haber dificultado mucho la tarea del rodaje de no haber sido porque el equipo supo sacar partido a estas cualidades. Alguna de las escenas que estaban ya prefijadas por el guion hubo que cambiarlas a capricho de Milo, pero esto supuso que dichas escenas quedaran así más divertidas que de la manera que habían sido concebidas. Hubo una en concreto en la que Milo debía haber cogido un *frisbee* para soltarlo a los pocos segundos mientras su amigo humano cogía el dinero del banco, pero este dijo que de eso nada de nada, que el juguete era suyo y punto. La escena quedó como el perro quiso y la película salió ganando en frescura y espontaneidad.

Durante algunas escenas Max McCarter hizo el papel de un superhéroe, pero ni a él ni a ningún perro del mundo les haría falta pertrecharse con una máscara mágica para obtener superpoderes. Ellos ya los tienen.

El cerebro de un perro es diez veces más pequeño que el nuestro, sin embargo, la zona que se ocupa de descifrar las sensaciones olfativas es cuarenta veces más grande que la nuestra. Pueden oler cualquier cosa enterrada a varios metros de profundidad, intuir una tormenta antes de que se produzca, anticiparse a una crisis glucémica de un diabético, guiar a personas ciegas, paliar los síntomas del autismo y muchas otras cosas más. Son superhéroes de carne, pelo y hueso, con o sin máscara.

PANCHO, LA LOTERÍA LE TOCÓ A LOS DUEÑOS

En el año 2000 nacería otro jack russell llamado Lucke cuyos dueños definitivos terminarían poniéndole el nombre de Cook, pero hasta que no digamos que se trata de Pancho, el perro que popularizó los anuncios de la lotería primitiva, no sabremos de qué amigo de cuatro patas estamos hablando.

La verdad es que Cook llegó al cine gracias al impulso que a su fama le dio su participación en los anuncios en los que aparecía como un perro que mostraba sus excentricidades tras haberle tocado la primitiva. Por eso en 2014 protagonizó la película *Pancho, el perro millonario*. Realizó, además, papeles en las series de televisión *La que se avecina*, *Los Serrano*, *Aquí no hay quien viva*, *Stamos okupa2*, *Física o química* o en *Familia*. Tuvo una vida muy ajetreada e intensa en los rodajes, cobraba más de quinientos euros al día por su trabajo —perdón, quería decir que los dueños cobraban esa cantidad por el esfuerzo de Cook—.

Aunque nuestro querido Cook-Pancho no se lució demasiado en la gran pantalla, dado que en 2010 Loterías y Apuestas del Estado se convirtió en el patrocinador de los Premios Goya, Cook acudió a la gala como una estrella de cine más.

BUDDY, DE LAS CALLES A ESTRELLA DEL CINE Y DEL *BASKET*

En Estados Unidos son conocidas algunas historias de muchachos que salen de la marginalidad de sus barrios deprimidos y conflictivos gracias al deporte y muy especialmente al baloncesto, ya que este es el juego callejero por excelencia en muchas urbes del país.

Los chavales que admiran a las grandes estrellas de la NBA y sueñan con convertirse en un futuro en una de ellas se olvidan mientras botan el balón de la droga, la delincuencia y la violencia que asola las calles de su entorno, pero no solo el deporte ha salvado la vida de jóvenes de dos patas, también al menos una —que yo sepa—, de un ser de cuatro.

Un golden retriever plagado de parásitos y desnutrido que había sido abandonado y que vivía a su suerte fue rescatado por Kevin DeCicco cuando vagaba por la montaña en la cordillera de Sierra Nevada (California). Pronto la química surgió entre ambos seres vivos y Kevin decidió llevárselo a su casa de San Diego, donde ambos compartieron su vida hasta el final.

El nuevo amigo humano de Buddy —que fue como el maravilloso golden sería conocido desde entonces— le proporcionaría a este adiestramiento básico y poco más tarde le enseñaría a jugar al baloncesto, al *hockey*, al fútbol y al béisbol. Kevin DeCicco jamás desveló cómo logró enseñar estas tareas tan difíciles incluso para la privilegiada mente de un golden. Yo, que tengo un precioso ejemplar de esta raza entre mis perros, puedo asegurar que es un can al cual se le puede entrenar en positivo perfectamente para realizar muchas tareas sin que haga falta emplear el más mínimo castigo que, por otra parte, jamás debe estar justificado.

Si el adiestrador fue capaz de lograr que Buddy se tomara todo esto como un juego y con ello hacerle disfrutar y, además, como refuerzo premiarle con mucho amor y muchas galletas —ambas cosas son puro maná para los Golden—, me atrevería a afirmar que Buddy fue un perro muy feliz, bastante más feliz que lo que hubiera sido vagando por las montañas, las ciudades y las praderas de un mundo que, por culpa de nuestra especie, ya no está hecho para que ellos puedan sobrevivir dignamente.

Buddy hizo muchas apariciones en televisión, pero sobre todo destacó por la película en la que interpretaba a un perro que jugaba al *basket*, ayudando con esto a su amigo niño humano. El filme se tituló *Air Bud* y fue todo un éxito en taquilla. No quiero entretenerme demasiado con el argumento de la película y sus posteriores secuelas, pues, aunque dicho desde el respeto a sus creadores y a los seguidores de este tipo de cine de consumo, veo que es bastante más interesante para los fines de este libro conocer algo más al perro y al actor que fue Buddy que hablar sobre el contenido de estas obras.

En mi humilde opinión considero que nuestro querido amigo de cuatro patas como ya he dicho fue salvado por su entrenador de una dura vida de indigencia, pero eso no le hubiera dado derecho a nadie a cobrarse nada a cambio.

Cuando alguien hace algún bien, debe llevarlo a cabo por principios sin que se genere la más mínima deuda. No tengo nada en contra de que los perros trabajen, bien sea en cine, en apoyo terapéutico, salvamento, seguridad, etc. Es más, la canina es una especie tan integrada en nuestro mundo que otro tipo de vida diferente a la que lleva junto al ser humano les condenaría a la inanición y al sufrimiento, pero todo debe tener un límite. He visto perros trabajadores muy, pero

que muy felices y realizados «personalmente». Esto solo es posible siempre y cuando se halla respetado su tiempo de descanso, asueto, su derecho al juego, a estar libres, a la convivencia con otros perros y humanos y a no sobrecargarles en absoluto con la menor carga física ni emocional. No respetar esto marca el límite entre la autorrealización perruna y el maltrato de esta especie por parte de la humana, así de claro.

Creo que Buddy llevó una vida muy intensa en los rodajes, vivió tan solo nueve años, ya que padecía un sarcoma y sí, por supuesto que fue un perro feliz gracias a Kevin DeCicco, pero lo podría haber sido aún más si se hubiese respetado inexcusablemente el equilibrio entre trabajo y descanso.

Gracias, Buddy, por enseñar con tu arte y sacrificio los valores que trasmites a los niños con tus películas. Quiero pedirte, además, disculpas en nombre de mi especie si alguna vez te has sentido incómodo en este mundo creado por nosotros; todos tenemos parte de responsabilidad en ello.

FANTASMA Y SUS HERMANOS, PERROS LOBOS Y MEGABYTES LOBUNOS

En los últimos años, prácticamente a nadie ha dejado indiferente las cinco novelas de George R. R. Martin *Canción de hielo y fuego*, y mucho menos la serie de HBO basada en estas, *Juego de Tronos*. Una superproducción con paisajes espectaculares, un gran reparto de actores, unos escenarios de una belleza sobrenatural y un maquillaje y unas caracterizaciones que junto con sus efectos especiales revolucionó en cada temporada el mundo de las series por demanda.

Sería extraño encontrar entre los lectores de este libro alguno que no sea seguidor de la serie, lector de las novelas o al menos que haya oído hablar de ellas. Los más puestos en la materia ya deben ir adivinando qué es lo que pintan aquí Fantasma y sus hermanos, aunque estos no sean en cuanto a los personajes se refiere precisamente perros, ya que son lobos. Sin embargo, los actores caninos que hicieron el papel de lobos, al menos cuando estos eran cachorros, son perros pertenecientes a una raza aún no reconocida oficialmente denominada northern inuit.

Los lobos huango —que son como se denominan en la serie a los acompañantes cánidos de los hermanos humanos pertenecientes a la Casa Stark— ni existen en la actualidad ni han existido en el pasado, son fruto de la ficción fantástica —dicho esto último en el sentido más amplio del término— que impregna toda la serie. No obstante sí que podrían estar inspirados en una raza de lobos de gran tamaño que existieron en realidad en el Pleistoceno denominados *Canis dirus*.

La aventura y la amistad de los lobos huango con sus correspondientes amigos humanos comienza ya en el primer capítulo de la serie, cuando el máximo dirigente de la Casa Stark, Ned Stark, junto con sus hijos encuentran una camada de lobeznos abandonados a su suerte tras la muerte de la madre loba. Jon Nieve, hijo bastardo de Ned, ruega a su padre que no les haga nada malo y este regala un cachorrito a cada uno de los niños. La gran sorpresa viene cuando aparece en escena otro lobezno blanco que destaca por ser estéticamente diferente a los demás. De este se enamora rápidamente Jon, quien será su fiel compañero humano desde ese momento.

Nymeria, Dama, Peludo, Verano, Fantasma y Viento Gris en compañía de sus amigos de dos patas hacen honor al archiconocido refrán popular que reza que el perro se parece al amo, y yo añadido: y viceversa.

Cada lobo tiene un perfil psicológico similar y complementario al de su compañero humano, generando así una unidad inquebrantable hasta el punto de que uno sería capaz de arriesgar la vida por salvar la del otro.

Como he dicho ya, los actores de cuatro patas que dieron vida a los personajes de la serie no eran lobos, sino perros pertenecientes a la raza northern inuit. Esta raza — generada por capricho exclusivo del hombre en criaderos cruzando huskies, alaskan malamutes y pastores alemanes— probablemente se intentó crear para que el hombre tuviera a su lado un ser lo más parecido al menos estéticamente al lobo, pero con las actitudes y ventajas domésticas que ofrecen los perros actuales; es decir, un lobo con todas las prestaciones de un *Canis lupus familiaris*.

Al hombre no siempre le sale bien del todo los resultados cuando decide jugar a ser Dios, y, aunque los northern inuits son perros encantadores, fieles y cariñosos con sus dueños, no son precisamente recomendables para convivir con personas carentes de una formación adecuada en cuanto a adiestramiento específico de esta raza se refiere. No son en especial peligrosos, pero por

caprichos de la naturaleza —que por otro lado se rebela de manera legítima contra la intromisión del hombre en su tarea—, resulta que no solo se parecen estéticamente al lobo, sino que, además, nacen con algunas de sus condiciones conductuales como, por ejemplo, su constante búsqueda de independencia.

Los actores northern inuits en *Juego de Tronos* solo desarrollaron el papel de los lobos huargo cuando eran cachorros, pues el guion y la trama exigía que estos crecieran. Además, era otra la imagen en escena la que se buscaba más similar a los lobos mencionados pertenecientes a la época del Pleistoceno que a los contemporáneos northern. Fue entonces cuando el equipo técnico de la serie también jugó a ser Dios, pero esta vez de una forma maravillosa y sin efectos secundarios, creando por ordenador a los gigantescos lobos huargo, cuya interpretación tecnológica no precisó de más intervención ni adiestramiento que la de unos formidables diseñadores gráficos, evidentemente, pertenecientes a la especie humana. Todo esto con la excepción de Fantasma, el lobo huargo de Jon Nieve, el cual fue interpretado a partir de la quinta temporada por un actor lobo albino real llamado Quigley.

La relación con los perros northern inuits que interpretaron a los lobos huargo de cachorros fue mucho más allá de la ficción con alguno de los actores y actrices de dos patas. Sophie Turner, que interpreta a Sansa Stark en la serie, por ejemplo, se enamoró de su compañera de reparto de cuatro patas y consiguió llevarse a esta para que viviera con ella y su familia.

No era difícil que entre este conjunto de seres vivos, perros, lobos holográficos y actores humanos surgiera una fuerte química gracias a la increíble capacidad de seducción que tienen los cánidos con nuestra especie.

TERRY Y TOTO, POR EL CAMINO DE BALDOSAS AMARILLAS HASTA LLEGAR A LA ALFOMBRA ROJA

A finales de los años treinta se rodó la versión cinematográfica de la novela de L. Frank Baum, *El maravilloso mago de Oz*, que fue titulada *El mago de Oz*. La película, que con el tiempo ha pasado a ser un referente del cine infantil y juvenil internacional, en un principio no fue acogida por el público con demasiado entusiasmo. Hoy día, sin embargo, es todo un clásico que se repone constantemente en las pantallas grandes y pequeñas de todo el mundo.

Esta novela —que al igual que otros clásicos infantiles se ubica dentro de esta categoría por cómo se desarrolla la trama, por lo fantástico de sus personajes y escenarios— tiene un profundo trasfondo crítico si lo enmarcamos en su contexto histórico, pues es una alegoría total del estilo de vida americano desde un punto de vista escéptico y crítico.

Hubo un perro que se hizo tan famoso o más que el personaje principal, una joven llamada Dorothy interpretada por una adolescente Judy Garland. Este perro fue Toto. Desde entonces me atrevería a decir que fueron millones de cánidos los que se bautizaron con este nombre en todo el mundo, pero los perros son tan magníficos que son capaces de hacernos pasar por desapercibidos detalles tan grandes como que Toto no era un perrito, sino una perrita cuyo nombre original era Terry.

Judy Garland y Terry convivieron juntas unos meses antes del rodaje como aconsejó su entrenador, Carl Spitz. Al igual que otras estrellas de cine que ya he mencionado, Garland también le pidió a Spitz que Terry se quedara para siempre a su lado, pues se había creado entre las dos un vínculo que, evidentemente, iba mucho más allá de lo profesional. El entrenador se negó.

La llegada de Terry a la vida de Carl Spitz fue un tanto lamentable, aunque con final feliz. Sus dueños anteriores se la habían llevado para que este trabajara en su adiestramiento y jamás volvieron por ella. Terry comenzó sus estudios de entrenamiento en 1934 con un año de edad; cuando rodó *El mago de Oz* tenía seis.

La actriz de cuatro patas Terry participó en más de quince filmes y sus honorarios, los que evidentemente cobraba Spitz, ascendían a más de cien dólares por sesión. Lo cual, en los años cuarenta, era más de lo que recibían no solo algunos figurantes de dos patas, sino que superaba la cifra de ciertos actores secundarios humanos.

Su debut cinematográfico lo llevó a cabo en *Ready for Love*. Meses más tarde trabajaría junto a Shirley Temple interpretando el papel de un perro llamado Rags en *Bright eyes*. Por tanto, Terry, antes de ser escogida en el *casting* de *El mago de Oz* y de realizar su posterior rodaje, ya estaba acostumbrada a las cámaras y a codearse con grandes estrellas de Hollywood.

La pobre Terry sufrió en carne propia una de esas casualidades que nos resultan sorprendentes cuando ficción y realidad se mezclan y pasan a ser la misma cosa.

Interpretando el papel del perro Toto, fiel amigo de Dorothy, Judy Garland, junto con el resto de amigos de aquella pintoresca pandilla —el espantapájaros, el hombre de hojalata y el león cobarde—, luchó contra las brujas malvadas viéndose con todos sus compañeros en multitud de vicisitudes para salvar la vida. Pues bien, resulta que rodando una de esas escenas uno de los guardianes de la bruja malvada —el actor—, le pisó accidentalmente una patita provocándole un esguince con lo que tuvo que dejar el rodaje por unos días.

El mago de Oz se recuerda aún hoy por muchas cosas, pero sobre todo por una estupenda interpretación de Judy Garland cuando apenas era una adolescente. Sin embargo, aunque parezca mentira, Terry aparecía en más escenas que Garland, incluso acompañó a esta cuando interpretó la oscarizada balada *Over the rainbow*.

El personaje de Toto absorbió tanto a Terry, a su entorno, al propio Spitz y a sus admiradores de todo el mundo que, finalmente, tres años después de haber terminado el rodaje de *El mago de Oz* se le cambió el nombre a la perrita y se llamó Toto hasta el final de sus días. Es normal que esto ocurriera, conozco a más de un actor de dos patas, sobre todo de series más que de películas, que en ocasiones, cuando un fan se cruza con ellos, le llaman a este por el nombre del personaje en vez de por el suyo propio, y no suele sentarles demasiado bien, por eso que omita aquí a quienes me refiero, cosa que no hago con Toto-Terry, no solo porque haga décadas ya que no está en nuestro mundo, sino más bien por tener la seguridad de que a ella no le hubiera importado, pues qué más da Toto o Terry, ella era ella con toda su esencia y su ser.

BUTKUS, ENTRE LAS CUERDAS DEL *RING* Y DE LA VIDA

En 1975 merodeaban por Hollywood dos seres, uno de cuatro patas y otro de dos. Estos eran prácticamente unos vagabundos que pretendían abrirse camino en el mundo del cine con los corazones llenos de sueños y los bolsillos y los estómagos vacíos.

El perro se llamaba Butkus y era un bullmastiff; el humano —a buen seguro que te sonará—, respondía al nombre de Sylvester Stallone.

Stallone había robado las joyas de su mujer para poder permitirse una estancia mínimamente de supervivencia en la ciudad del cine, pero la suerte no le acompañaba y el dinero se iba acabando. Apenas tenía para darle de comer a su amigo de cuatro patas y decidió que no podía seguir a su lado. Esto, evidentemente, si lo tomamos como un abandono es reprochable, pero si lo hizo para que Butkus pudiera llevar una vida mejor en otro lugar que no fuese a su lado, se podría tomar incluso como un acto de generosidad hacia su amigo. No sabemos en verdad qué es lo que pasaba en aquel momento por la cabeza del futuro actor de éxito, el caso es que vendió a su bullmastiff en una tienda de licores a un cliente por veinticinco dólares.

Según contó más tarde el mismo Stallone, fueron los peores momentos de su vida. Esto le costó noches de insomnio y días de lágrimas.

La suerte le cambió cuando una productora le compró el guion que el mismo Stallone había escrito de *Rocky* y le ofreció trescientos cincuenta mil dólares, todo un dineral para la época, 1976, pero con la condición de que el filme lo interpretara algún actor consolidado. Sin embargo, Stallone quería hacer *Rocky* por varios motivos, le tenía mucho cariño a aquel guion que en verdad era una metáfora de su propia vida, un estadounidense de ascendencia italiana que consigue salir de la marginalidad gracias al boxeo y a su afán de superación. Otra cuestión por la cual quería protagonizar la película que había escrito era porque esto le podría abrir el camino en Hollywood, no solamente como guionista, sino como actor que era su sueño. Además, Sylvester ya había renunciado a demasiadas cosas en aquel año.

La productora accedió a que la película la protagonizara él mismo, pero con la condición de rebajar y no poco la oferta inicial de trescientos cincuenta mil dólares a treinta y cinco mil, diez veces menos; el guionista y futuro actor afamado aceptó.

Lo primero que hizo tras firmar el contrato fue buscar al cliente de la licorería al cual le había vendido a Butkus para recuperarlo. Consiguió encontrarle, pero el nuevo dueño se negó a devolvérselo y a revendérselo, hasta que Stallone le ofreció quince mil dólares por él, casi la mitad de lo que había cobrado por el guion.

En las dos primeras entregas de la saga de *Rocky* aparece junto al personaje humano un perro de la raza bullmastiff. Pues bien, ese era Butkus, con lo cual, pese a todo el sufrimiento y penurias que ambos habían sufrido, finalmente los dos vieron cumplidos su sueño: triunfar en la gran pantalla. Cinco años más tarde el gran amigo de cuatro patas fallecía.

Gracias, Butkus, por tu ejemplo. Fuiste capaz de seguir siendo fiel a tu amigo de dos patas, aquel que, a pesar de la dureza de las circunstancias del momento, te vendió dejándote a tu suerte con un desconocido. Eso solamente sois capaces de hacerlo vosotros los perros.

RIN TIN TIN, GUERRA Y MISERIA O ESTRELLA DEL CINE

En 1918, en plena Primera Guerra Mundial en Francia, un soldado estadounidense llamado Lee Duncan encontró bajo los escombros de un refugio bombardeado una perra muerta que hacía escasos días que había parido; por suerte los cachorros estaban vivos. Duncan pudo llevarse de allí a dos de los cinco pequeños peludos, una hembra a la que llamó Nanette y un macho, Rintin.

En los primeros meses transcurridos tras el encuentro de Duncan con sus nuevos amigos este comenzó a adiestrar a los dos pastores alemanes. Pronto se dio cuenta de que Rintin tenía unas cualidades cognitivas excepcionales, y una vez hubieron regresado a la residencia del soldado en California, comenzó su carrera cinematográfica rodando el primer filme de quien más tarde sería uno de los perros más conocidos de la gran pantalla, Rin Tin Tin. Después de la primera película, realizada en 1922, vendrían veintiuna más.

Tras dejarnos para siempre Rintin en 1932 a la edad de catorce años, las obras en las que participó se habían convertido ya en grandes éxitos del cine mudo. Años más tarde, concretamente en 1954, se rodó una serie televisiva conocida como *Las aventuras de Rin Tin Tin*, cuyo argumento se desarrollaba en el Oeste en la época de los pioneros y que fue, sin duda, una exaltación del nacionalismo estadounidense por la vía de la ternura, ya que los coprotagonistas uno era un adorable perro y el otro un encantador niño huérfano que se las tenían que ver con los indios nativos y con algún pistolero desalmado.

La serie tuvo cuatro temporadas y un total de ciento sesenta y seis capítulos, y no tardó en convertirse en otro éxito mundial. Era sonora y fue creada por el mismo Duncan, el soldado humano que había salvado a Rintin y a su hermana Nanette de la guerra hacía treinta y seis años.

Los actores perrunos que interpretaron el papel de Rin Tin Tin fueron varios, según necesidad del guion, las habilidades de los perros o por la propia disponibilidad de los mismos. Alguno de estos actores de cuatro patas eran familiares directos de Rintin, concretamente llegó a trabajar en la serie un tataranieta suyo.

No sabemos cuál hubiera sido la suerte de Rintin y Nanette de haber seguido en aquel edificio destruido en un bombardeo. Con su madre muerta difícilmente hubieran sobrevivido a no ser por la intervención de alguna mano amiga humana.

No cabe duda de que Duncan quería mucho a Rintin y en parte la creación de una serie veintidós años después de su muerte no solo obedeció a criterios económicos y de trabajo, a buen seguro que el antiguo soldado quiso rendir en cierto modo un homenaje a su manera al archiconocido pastor alemán, pero a nadie se le habrá escapado que Rintin realizó una media de casi dos películas por año, con lo que sospecho que su vida en el cine no fue precisamente fácil ni cómoda. Me queda el consuelo, quizá algo romántico, de que mejor esto que no haber perecido ante la peor de las miserias humanas, la guerra.

Dos supervivientes Nanette y Rintin, salvados por un ser perteneciente a la misma especie y más concretamente al mismo gremio, el militar, que había participado en el conflicto del que ambos habían sido víctimas. Conflicto y acto miserable del cual los perros no tienen la más mínima responsabilidad.

BAJO CERO, ANTÁRTIDA, DURA REALIDAD E INTENTO DE REPARACIÓN

En mi anterior libro de divulgación perruna, *La vida con un perro es más feliz*, ya traté el tema de cómo evolucionó a lo largo de los siglos la relación entre el ser humano y el perro. Todo surgió por un claro intercambio de intereses. Resumiendo, diré aquí que el perro se aprovechaba de aquel alimento que le sobraba al hombre al poder hacer este cacerías masivas gracias a su pericia. El hombre a cambio obtuvo de los cánidos protección —sobre todo nocturna—, ayuda en la caza y compañía. Sin embargo, la balanza con el paso de los siglos se fue desequilibrando a favor del ser humano y este sacó un provecho del perro en ocasiones sobrepasando con creces los límites de la moralidad, experimentos, trabajo físico, sometimiento desmesurado, etc.

La historia que vamos a tratar ahora tiene mucho que ver con el tema, pero al menos nos podría quedar el consuelo gracias al cine de que esto sirvió para que el perro demostrara al hombre que él jamás hubiera hecho lo que nosotros hemos sido capaces de hacerle. Además, este caso por suerte no quedó en el anonimato como ocurre con los miles y miles que suceden a diario en el mundo, pues fue un acto que conmocionó a todo un país como Japón y con el tiempo al resto del planeta.

Japón es una nación admirable que siempre ha tenido una autoestima colectiva importante. En ocasiones dicha autoestima no ha sido precisamente comedida y se ha convertido en un ultranacionalismo exacerbado y fanático que le ha traído a lo largo de la historia muchos inconvenientes, hasta el punto de no querer aceptar ayuda extranjera cuando ha sufrido alguna catástrofe natural, pero como el tiempo casi todo lo cura, ahora es un país digno de ser admirado no solo en su región, en Oriente, incluso en todo Occidente.

Al haber participado en el bando del eje junto a los nazis alemanes y los fascistas italianos tras finalizar la Segunda Guerra Mundial, tuvo que aguantar lo insoportable viéndose abocado a una irremediable ocupación por una potencia occidental, los Estados Unidos de América. Japón dio toda una lección de templanza al resto del mundo máxime cuando estamos hablando de uno de los Estados como he dicho antes de mayor arraigo nacional y poseedor de una cultura milenaria muy interiorizada entre sus ciudadanos. Japón fue capaz de reinventarse sin perder un ápice de su esencia, pero esto no fue gratuito. Amén de tener que soportar al invasor, realizó enormes esfuerzos colectivos enfocados a resurgir como pueblo, que en poco tiempo darían resultados. Hoy día su cultura es admirada en todo el planeta, sobre todo por nuestros jóvenes.

En 1957 el país nipón quiso demostrarse a sí mismo que era capaz de hacer cosas en pro de la ciencia y del progreso de la humanidad, llevando a cabo una expedición a la Antártida. Desde el principio tuvieron claro que dicha acción debería ser meramente japonesa. Desde quienes diseñaran el plan, la aportación económica, los medios materiales y, por supuesto, los técnicos y los científicos que montarían la base y que llevarían a cabo las posteriores investigaciones.

Dentro de toda esta euforia nacional uno de los problemas planteados era qué tipo de transporte utilizarían los expedicionarios para trasladarse hasta el lugar donde implantarían la base y también para recorrer los alrededores de la misma. Se llegó a la conclusión de que, dado que tendrían que desplazarse continuamente por una superficie de hielo y nieve, la mejor manera de hacerlo sería mediante trineos tirados por perros. Aquí surgió un dilema, pues Japón no contaba

con perros autóctonos que fueran del todo óptimos para llevar a cabo esta tarea, hasta que se pensó en una raza puramente japonesa que sí que podría reunir mínimamente esas condiciones, loskarafuto-ken. Se trata de una especie de husky capaz de soportar bajas temperaturas. Se buscaron ejemplares fuertes y óptimos para esta misión por todas las regiones del país hasta encontrar a los quince idóneos.

Todo fue bien desde el comienzo de la partida en 1957, todo lo bien que pueden ir las cosas en un viaje a una zona del planeta donde se pueden llegar a alcanzar casi los cien grados bajo cero.

Cuando el grupo de científicos y los perros llevaban allí un año, se decidió que el equipo debía ser relevado por otro que continuara con las investigaciones para que este regresara a descansar a Japón. El tiempo empeoró y el relevo no pudo realizarse; es más, el primer equipo fue rescatado bajo unas condiciones durísimas en las que se vieron obligados a dejar allí a los quince compañeros perrunos. Los científicos decidieron que estos quedaran atados por su seguridad para que no se escaparan y que no corrieran el riesgo de sufrir algún accidente provocado por el temporal. Allí permanecieron amarrados en la base a la espera de que el segundo equipo les pudiera rescatar. Desgraciadamente esto no fue posible; el temporal no cesaba y el acceso a la base se imposibilitó. El hecho de haberlos dejado atados por su bien se convertiría en una terrible trampa, pues con el tiempo se les terminaría el alimento y al verse en estas circunstancias se les haría imposible salir a buscarlo. Aunque también esto hubiera sido extremadamente difícil dado el lugar y las circunstancias.

El país entero se conmocionó, quince compatriotas perrunos estaban abocados a una muerte segura por inanición. En todas las regiones de donde procedían loskarafuto-ken, se les hicieron homenajes.

Japón, que como ya hemos descrito en un capítulo anterior tuvo un pasado cruel con los animales por culpa de zafias creencias supersticiosas —al igual que otras muchas culturas, incluyendo la nuestra—, en la época contemporánea ha demostrado ser una nación cuyos ciudadanos sienten un profundo amor por la naturaleza y el resto de especies animales. El país no se rindió y cuando fue posible organizó casi un año después otra expedición a su base antártica que había quedado abandonada a su suerte y habitada por aquellos ángeles de cuatro patas que sufrieron en carne propia la inconsciencia del ser humano y hasta dónde puede llegar esta.

La ciudadanía esperaba mientras tanto tener noticias al menos de en qué situación se encontraban sus quince mártires que, tras llevar un año atados, sin duda habrían corrido la peor de las suertes bajo el más duro de los sufrimientos: morir de hambre mientras eran víctimas de una desmesurada impotencia al no poder escapar.

El drama era grande, sin embargo, cuando la nueva expedición llegó a la base en 1959, se encontró con la desoladora imagen de siete compatriotas fallecidos en las circunstancias que hemos mencionado, pero, además, también vieron que las ocho correas restantes habían sido arrancadas sin duda por la desesperación y el gran instinto de supervivencia que tienen nuestros amigos peludos. Esto, dentro de la dureza del momento, otorgaba un mínimo de esperanza que llevó a los expedicionarios a pensar por unos instantes en lo imposible, que pudiera haber algún superviviente.

Por desgracia, de estos ocho perros que consiguieron escaparse de su atadura, de seis de ellos jamás se supo nada. Sin embargo, dentro de todo este dolor, de esta conmoción, aparecieron vivos en las inmediaciones de la base dos karafuto-ken, Jiro y Taro, que, además, eran hermanos.

Tuvieron que pasar veinticuatro años desde que se conoció la terrible tragedia para que el director de cine japonés Koreyoshi Kurahara se atreviese a afrontar el tema en una verdadera obra

de arte cinematográfica. Con un ritmo lento, con unos paisajes fríos en el sentido más amplio del término, con una banda sonora interpretada por Vangelis, con un realismo que para nada cae en el error del sensacionalismo —no hizo falta—, la cinta japonesa se convirtió pronto en un éxito en Asia y poco más tarde en todo el mundo llegando a recaudar cincuenta millones de dólares. Su título original en Japón fue *Nankyoku Monogatari* —*Cuento de la Antártida*—, mientras que en Occidente se tituló simplemente *Antártida*. Durante todo el filme, pese a su ritmo lento, el espectador a nada que tenga un mínimo de empatía hacia los perros y también sea capaz de ponerse en el lugar de los humanos por mucho que estos tuvieran el cien por cien de la responsabilidad de lo sucedido, estará en una tensión emocional constante desde el principio hasta el final de la película.

Ochi y Shiota son los dos personajes humanos que ejercen en la película el papel de cuidadores de los perros.

Como ya hemos visto en la historia real, con un empeoramiento de las condiciones climatológicas el primer equipo se ve obligado a abandonar la base y el segundo a regresar a Japón sin poder realizar el relevo de sus compañeros. Tras haber sido rescatados *in extremis* en avioneta el primer equipo y posteriormente trasladados en barco, suplican al capitán volver para recoger a sus compañeros caninos o en última instancia eutanasiarlos para que estos no sufran. El capitán se niega, pues las condiciones meteorológicas que iban empeorando por momentos pondrían en peligro la vida de todos. Al llegar a Japón Ochi y Shiota no pueden con sus remordimientos de conciencia. Shiota deja su trabajo en la universidad para realizar una gira por todas las regiones de procedencia de los perros pidiendo disculpas por lo sucedido. Un año más tarde de la trágica partida de la base japonesa en la Antártida, Japón organiza otra expedición, pero esta vez no con fines científicos, sino para rescatar al menos los cuerpos de sus héroes nacionales. Todo el país quiere saber qué ha ocurrido con sus compatriotas caninos. En dicha misión participan Ochi y Shiota, el resto ya lo conoces, pues la película refleja el drama sucedido en la realidad.

En 2006, el director estadounidense Frank Marshall dirigió un filme al cual titularía *Eight below* —en España, *Bajo cero*—. Marshall, tras quedar conmocionado con la película japonesa *Cuento de la Antártida*, decidió dar a conocer aún más la historia, pero desde otro ángulo muy distinto a la obra en la que se inspiró.

Me consta que con mi opinión respecto del filme de Marshall puedo provocar en algunos fans de la película un sentimiento de desmitificación o incluso de cierto malestar, pero el tema me parece lo suficientemente serio como para tener que ser aquí muy honesto y ponerlo en su sitio según mis consideraciones.

En primer lugar diré que la película no es para nada fiel a lo que sucedió en la realidad, cuestión que me parece respetable, pues comprendo como autor y apoyo a todo aquel artista que desee hacer una adaptación libre sobre una historia anterior.

En segundo lugar diría que la historia real ha sido pasada en *Bajo Cero* claramente por el tamiz de la factoría Disney para que esta fuese asumible por lo que se viene denominando cine familiar. También me parece respetable al igual que lo anterior, con la diferencia de que con esta cuestión no estoy para nada de acuerdo. Opino que no se le hace un favor a la realidad edulcorándola de tal manera que se llega al punto de que la película nos cuenta que todos los perros sobreviven menos uno. Entiendo que para unos niños de siete u ocho años sería durísimo digerir la crudeza de la realidad de que solo y a duras penas fueron dos los peludos supervivientes, pero es aquí donde me planteo precisamente eso, que hay historias que no deben estar destinadas para todos los públicos,

pues así estamos minimizando una tragedia de la cual tenemos mucho que aprender y que estos niños ya tendrán tiempo de conocerla cuando crezcan.

En tercer lugar, en el filme japonés, *Cuento de la Antártida*, a los perros, pese a la dureza injustificable con la que fueron tratados y abandonados, se les respeta su condición de especie, mientras que en la cinta estadounidense *Bajo cero* se les humaniza en exceso, cuestión que llevada al extremo podría ser catalogada de maltrato animal al robárseles a estos su esencia, por mucho —y yo soy el primero que defiende esta idea— que los canes deban ser tratados de manera diferente a otras especies dado el grado de domesticación al que han llegado. Pero en el caso concreto de la película americana puede confundir, y muy especialmente al público infantil, mezclar esta humanización con el otro hecho —que no debemos olvidar— que estos personajes perrunos son animales de tiro, lo que quiere decir que se les somete a un trabajo excesivo, lo cual es un abuso incuestionable por parte nuestra.

No obstante, todo lo anterior y siendo consciente de que me contradigo, es posible que no fuera del todo malo que la historia de estos quince mártires, incluyendo a los dos supervivientes Taro y Jiro, sea conocida por los niños, aunque de una forma suavizada.

Sin embargo, me veo en la obligación de hacer un acto de justicia y reparación recomendando sobre todo el filme japonés de 1983, pues ellos se merecen que se sepa la verdad. Y ya no solo por los quince karafuto-ken, que ya nada podemos hacer por ellos, sino por salvar del abuso y maltrato a todos los perros futuros.

Vosotros quince fuisteis un claro ejemplo de lo que puede llegar a hacer el ser humano, aunque esto fuera de forma para nada intencionada. Vuestro sufrimiento es inimaginable, pero no queremos que haya sido inútil y deseamos que con vuestra historia la humanidad entera se concencie de que los perros no deben ser jamás sometidos a trabajos de sobrecarga física ni emocional, que nunca se les debe llevar a lugares donde puedan correr peligro y que, si esto se llegara a hacer, se les garantice el mismo derecho de evacuación y supervivencia que puedan tener sus compañeros de dos patas.

Los supervivientes Taro y Jiro tienen un monumento en Tokio dedicado a su memoria. Taro regresó a su ciudad donde estuvo hasta el final de sus días viviendo en la universidad de Hokkaido. Jiro se quedó en la Antártida acompañando a sus compañeros científicos en la base japonesa.

5 DE CORAZÓN

Hemos llegado a un punto en el que me veo en la necesidad, tras haber estado hablándote sobre multitud de vivencias humano-caninas, de abordar por fin una de las cuestiones más grandes y plenas de generosidad mutua entre ambas especies. No me refiero a otra cosa que a cómo el perro ha colaborado a la hora de demostrarnos su fidelidad en las más extremas de las situaciones, hasta el punto de arriesgar su vida por la nuestra y todo ello no siempre inducido por un entrenamiento ex profeso para ello.

Podría haber titulado este capítulo de mil maneras, pero todas las que se me ocurrían, menos la que finalmente he utilizado, me sonaban demasiado técnicas. El perro no salva la vida de su amo o de un desconocido porque sea su obligación laboral, afectiva o porque alguien se lo haya ordenado, lo hace de corazón, no tenemos que rompernos más la cabeza a quienes nos apasiona investigar desde un punto de vista científico e histórico el tema del proceso de domesticación, de la unidad funcional y emocional que supone el cánido y el humano. Por más teorías que yo mismo desarrolle o que lea de otros investigadores, todas caen ante la evidencia de que el perro es capaz de salvarnos la vida por mera y pura bondad.

He tenido y tengo varios perros en mi vida, pero solo dos de ellos han sido adiestrados para ser perros guía para ciegos. Sus educadores, su adiestrador y su instructor no les han enseñado —que no es poco— nada que no esté directamente relacionado con su trabajo. Pues bien, estos dos perros, Spock y Omer, han desarrollado su instinto de protección hacia mí y también hacia quienes nos rodean de un modo superlativo. Esto tiene una clara, pero extensa explicación que te resumiré.

El perro ya lleva consigo —incluso lo llevaba antes de que el ser humano interfiriera en su comportamiento— un estilo de vida basado en una convivencia grupal. La manada canina trabajaba en equipo, las tareas no se repartían, más bien era un «todos para uno y uno para todos». Eso lo trasladaron a su posterior etapa de domesticación, primero ejerciendo la tarea de guardián avisando si alguna otra tribu humana se acercaba peligrosamente a la cueva; después procurando alimento para sus cachorros y los de sus amigos humanos; más tarde llegó a colaborar por desgracia en batallas humanas contra el enemigo, y ahora es un miembro más de la familia que aporta su parte al grupo con toda generosidad, aunque nosotros le aportemos a él ciertas comodidades como alimento, sanidad o un techo donde vivir.

Precisamente en estos momentos desde el punto de vista histórico pese a los innumerables casos de maltrato y de abandono que ocurren a diario, estamos viviendo una transición etológica del perro mascota al perro familiar. Lo cual no quiere decir —y lo menciono aquí mínimamente, pues no es el propósito de este capítulo— que con ello debemos humanizar al perro, solo considerarlo como tal respetando la esencia de su especie, él lo necesita. Por todo esto es

comprensible que se hayan dado incontables casos de perros que han salvado la vida a humanos bien fueran estos sus «dueños» o simples desconocidos. Para ser justos también con nuestra especie, aunque esto no sea un libro sobre humanos, hemos de decir que miles de personas salvan a diario la vida a infinidad de perros y a individuos de otras especies no pertenecientes a la nuestra.

Una buena mañana de sábado salí con mi perro guía Spock a dar un paseo por la ciudad y cuando llegué de vuelta a casa entré al portal. Tras pulsar el botón del ascensor para que este bajara, mientras esperaba escuché a mi derecha algo que era como un suave chasquido; pensé que el sonido procedía de alguien que ojeaba quizá un periódico y que al mover las hojas producía ese ruido, pero le toqué la cabeza a Spock y estaba mirando hacia allí atentamente. Le di los buenos días al posible vecino, no me contestó y supuse que tan solo se trataba de una persona antipática. Subimos hasta la casa y le quité el arnés, la correa y el collar. A los pocos segundos escuché gritos de humanos, puertas que se abrían y gente que bajaba apresuradamente por la escalera. Salí al rellano y me vino un más que evidente olor a humo. Lo que había escuchado no era un vecino antipático que leía el periódico, aquellos chasquidos se trataban del sonido que hacían unas incipientes llamas que habían provocado el viejo cuadro de luces del edificio. Cuando estábamos abajo esperando el ascensor el humo apenas había hecho presencia y el escaso que se produjo al subir hacia arriba mi nariz no lo detectó, pero el tiempo que le dimos al fuego en aquella breve espera sumado a los segundos que tardé en dejar suelto a Spock por el piso fueron suficientes para que se provocara un pequeño incendio en el portal.

Dicen los expertos en comportamiento humano que en estas situaciones existen dos tipos de personas: las que se paralizan y se bloquean y a las que les da por tomar una decisión en muchos casos precipitada y arriesgada. Imagino que habrá un tercer grupo que quizá decida sosegadamente analizar, aunque sea en segundos, la situación para pensar qué es lo mejor o incluso informarse a través de internet sobre cómo actuar en caso de incendio.

La mayoría de mis vecinos y yo debemos pertenecer al segundo grupo, pues tras poner de nuevo a Spock el collar, su correa y arnés nos unimos al resto de vecinos que decidieron abandonar el edificio por la escalera.

Según bajábamos recordé que en algún lugar había oído o leído que, puesto que el fuego y el humo siempre suben hacia arriba, no era recomendable bajar por la escalera en caso de incendio, pues esta se convertiría en una verdadera chimenea. Contuve la respiración, pero enseguida me di cuenta de que esto no se lo podría comunicar a Spock para que él hiciera lo mismo. Íbamos por la mitad del camino y tras nosotros bajaban familias con niños cuyos adultos les pedían a estos que no respiraran. Era tarde ya para regresar y por otro lado nos quedaba poco para alcanzar la salida. Pensé que si el fuego nos impedía el paso tendría que convencer a los vecinos que venían tras nosotros para que volvieran hacia atrás y que yo, además, haría este recorrido con Spock en brazos, pues posiblemente él se pondría nervioso y no querría retroceder.

La mente en estas situaciones es capaz de recuperar el instinto de supervivencia más instintivo y a la vez tener infinidad de ideas racionales en pocos segundos, pero nada de esto fue al final necesario. Noté un calor soportable a mi izquierda mientras afrontábamos el último tramo de escalones que nos conducía hasta el portal y después a la salida del edificio. Cuando quedaban dos metros para salir, entraron los bomberos que amablemente me avisaron de su presencia.

Spock, mi antiguo perro guía pertenecía a la raza golden retriever. En el momento que comencé a escribir este libro llevaba un año jubilado y de sus tareas de perro guía ya se estaba ocupando Omer, un magnífico labrador negro.

En un capítulo anterior menciono a Spock como si estuviera aún vivo. No se trata de ningún error, sino que falleció por culpa de una peritonitis aguda a los once años de edad mientras convivía junto con su amigo y sustituto Omer. Por desgracia solo se han podido conocer durante nueve días. Ha sido muy duro para mí retomar la escritura de este libro dedicado a tan magníficos seres al mismo tiempo que caminaba a paso lento y melancólico por la senda del duelo de mi querido peluche de cuarenta y dos kilos, pero pienso que el esfuerzo que he tenido que hacer para continuar con este trabajo que ahora tienes en tus manos, él y todos ellos se lo merecen.

Spock ha sido un magnífico perro, travieso —como puedes comprobar en los videos de mis redes sociales—, juguetón, pícaro, cariñoso, protector y, además, un gran perro guía. Tenía mucho temperamento a la vez que se asustaba con facilidad con los petardos, los ruidos y cualquier tipo de estridencia humana que jamás llegó a comprender. Lo más natural hubiera sido que el día del incendio estuviera tan alterado que se hubiese negado a salir de casa, como ya pasó en otras ocasiones en las que había tormenta o cualquier otra cosa que no le agradase. Sin embargo, nunca le había visto guiar con tanta serenidad, seguridad y aplomo. Intuyó que nuestra vida corría peligro y confió en mí al igual que yo hice lo propio con él.

Me comentó más tarde un bombero que las llamas no habían sido demasiado altas, pero muy tóxicas dado el material del que estaba compuesto el cuadro de luces. Que no deberíamos haber bajado de casa, de haberlo hecho así ni nos hubiéramos enterado del incendio, pero pese a todo esto, salimos sanos y salvos de aquella.

Spock estuvo oliendo a humo durante dos días hasta que lo pude llevar el lunes a bañarlo a la peluquería, pero esto no me importó lo más mínimo, pues lo abracé todo el fin de semana agradeciéndole lo que hizo por los dos. Quiero dedicar este capítulo a todos los seres vivos que exponen diariamente su vida para salvar la de los demás, su trabajo jamás estará bien pagado. Se merecen todo nuestro reconocimiento y respeto.

BARRY, BUSCANDO VIDAS BAJO LA NIEVE

San Bernardo fundó un hospicio en los Alpes suizos en el siglo XI en el cantón de Valais a dos mil quinientos metros de altitud.

Es fácil suponer que la zona, a pesar de su belleza natural, era un lugar inhóspito y complejo de transitar por aquellos viajeros que se atrevían a intentarlo. Máxime cuando quedaban nueve siglos para que se inventara un medio de transporte que dispusiera de un motor de combustión, pero como el ser humano ha amado la aventura desde tiempos inmemorables, no fueron pocos y por diversos motivos los que por allí pasaron. Desde soldados napoleónicos en el siglo XIX, pasando por simples viajeros de cualquier época o los sufridos peregrinos que se dirigían hacia Roma. Lo que estaba más que claro es que quien osara pasar por allí, bien a pie, bien a lomos de algún animal o bien usando algún transporte de tiro, arriesgaba su vida y la de los animales utilizados para tal fin. Simplemente con las bajas temperaturas que se alcanzan en el lugar el peligro de perecer ya está garantizado y esto sin tener en cuenta otros muchos más riesgos como ser víctima de una avalancha de nieve, caer en alguna gruta helada o morir de hambre.

Aunque el paisaje se fue conservando con el pasar de los siglos, la seguridad a la hora de cruzar aquella zona de los Alpes suizos mejoró desde el momento en el que un grupo de hombres —sacerdotes del hospicio— y un conjunto de perros se pusieron de acuerdo para hacer algo que facilitase la travesía a aquellos humanos que deseaban pasar de uno a otro lado, cruzando de Suiza a Italia o viceversa.

Fue así como los monjes del lugar empezaron a adiestrar perros de las montañas que, en su mayoría, procedían de campesinos de la zona, que ya por entonces criaban un tipo de pastor montaños del que se podría decir que fue el predecesor de lo que más tarde serían los san bernardos actuales. Estos aún no tenían el tamaño ni la corpulencia que con la evolución de la raza fueron adquiriendo.

Los primeros casos documentados de estos cánidos salvadores de vidas datan del siglo XVII, en los cuales se mencionan a algunas personas que fueron rescatadas por los perros de los monjes en viejos escritos del hospicio.

Un caso particularmente llamativo fue el de un amigo peludo al que llamaron Barry, y que gracias a su pericia y a la cantidad de vidas que salvó se convertiría con el paso de los años en un icono universal de su raza.

Barry salvó cuarenta vidas en los doce años que estuvo en el hospicio, de los que hemos de descontar como mínimo su primer año de vida de cachorro, con lo que nos daría casi una media de cuatro vidas salvadas por año.

Barry vivió catorce años, los dos últimos fuera del hospicio, pues un monje con bastante buen criterio decidió que el gran salvador tenía derecho a una jubilación tranquila y digna, la cual se había ganado con creces. Sin embargo, alguien quizá no con malas intenciones extendió la leyenda de que Barry, cuando fue a rescatar a su amigo de dos patas número cuarenta y uno, este, que era supuestamente un soldado, al confundirlo con un lobo lo mató con su bayoneta. Supongo que esto se explica por un intento de aumentar innecesariamente la grandeza de la leyenda de Barry, pero esta versión no está documentada mientras que la de su jubilación sí, pues vivió los dos últimos

años de su vida en un convento de Berna. Además, su cuerpo fue disecado tras su muerte y está expuesto en el Museo de Historia Natural de esa ciudad sin que muestre la más mínima herida.

Por narrarte una de las hazañas más características protagonizadas por Barry, te podría contar la historia de un niño que se perdió en la nieve y cuyos padres pidieron ayuda a los monjes del hospicio, los cuales no tardaron en mandar a la montaña a su estrella canina del momento. Barry, con aquellas cualidades casi sobrenaturales que poseía, localizó al pequeño relativamente pronto, pero por desgracia este había caído en una gruta de hielo en la que quedó, además, aislado por una masa de nieve. Lo sacó de allí y, lamiendo su cuerpo para transmitirle calor con su lengua y quitarle del cuerpecito los restos de hielo, el joven sobrevivió de lo que hubiera sido una muerte segura. Por esa energía especial que siempre se ha generado entre los perros y los niños, el muchacho, pese a encontrarse probablemente en estado de *shock* y aturdido por los primeros síntomas del proceso de congelamiento, confió en Barry y, agarrado a su noble lomo, iniciaron juntos como dos buenos amigos que se conocían de toda la vida la marcha hacia el hospicio en donde les esperaban sus padres.

Aún en nuestro siglo el hospicio existe. Generaciones y generaciones de monjes se dedicaron, y continúan haciéndolo, a entrenar perros de la raza san bernardo, aunque ahora se haga más por tradición que por otra cosa. Por suerte tenemos en el presente una tecnología y una maquinaria que hace posible salvar vidas en lugares tan inhóspitos sin que los perros tengan que verse sometidos a un esfuerzo desmesurado, pero es cierto que no pocas veces hay que recurrir a estos gigantes peludos porque siguen siendo insustituibles, gracias a su pericia y gran corazón, por cualquier artilugio creado por el ser humano.

Desde el año 2004 existe la fundación ubicada en el hospicio alpino llamada Barry du Grand Saint Bernard, cuyo nombre es un claro homenaje a esta raza de perros y especialmente al gran Barry. Este murió en 1814, pero no fue hasta 1967 cuando se estandarizó como raza a estos pastores montañeses bajo el nombre de san bernardo.

Barry tiene un monumento en el cementerio de perros de París. Los actuales monjes del hospicio de San Bernardo, bautizan con el nombre de Barry al menos a un perro por cada nueva camada que nace.

Se ha explotado mucho en películas, en imágenes y en cine de animación la figura de un san bernardo que lleva colgado al cuello un barril de coñac. Pues bien, los salvadores perrunos del hospicio jamás llevaron tal objeto en sus hazañas, pero la leyenda tiene una explicación muy clara. Como Barry se había convertido en todo un héroe nacional, fue disecado en el Museo de Historia Natural de Berna como ya he mencionado, pero abundando todavía más en las excentricidades de la época a alguien se le ocurrió la idea de colgarle al cuerpo de nuestro querido amigo un barril de coñac como adorno en el collar. En 1978 el director del museo decidió la retirada de este objeto que no tardarían en volverle a colgar los más puristas alegando que si aquello llevaba así casi dos siglos, no debería ser modificado.

Querido Barry, el fundador del hospicio donde te criaste y salvaste decenas de vidas pertenecientes a mi especie fue santificado mediante un proceso de méritos a través de un tribunal de una organización llamada Iglesia, pero tú, sin hacerte falta ningún proceso, para mí y para todos eres el más noble y santo de los santos.

BALTO Y SUS COMPAÑEROS, MISERICORDIA, INJUSTICIA Y SOBREEXPLOTACIÓN

Ya me has escuchado decir en más de una ocasión que no tengo nada en contra de que existan perros de trabajo. Sin embargo, respeto a los compañeros animalistas que opinan que los canes no deben realizar ninguna labor. Además, estaría radicalmente a favor de estas afirmaciones si el can no hubiera sufrido para bien o para mal un proceso de domesticación tan profundo e incomparable al de otras especies no humanas y que ya es irreversible. Están tan insertados en nuestro sistema de vida que dejarlos libres en un mundo que hemos hegemonizado la especie humana supondría abandonarlos a su suerte o más bien avocarlos a una existencia de penurias y desgracias.

Si somos estrictos con la utilización del perro por nuestra parte, el hecho de que un can ejerza de guía para un ciego o de apoyo emocional para una persona autista, evidentemente sin sobrecargarlo lo más mínimo, es igual de antinatural que llevar a un perro atado todo el día con la correa por la ciudad o tenerlo encerrado en un piso, chalet o finca. Ojalá todos los perros del mundo y el resto de las especies no humanas pudieran vivir en libertad en su hábitat natural, pero los humanos del presente no tenemos al menos al cien por cien la culpa del sistema de vida en el cual vivimos.

Ya dije, pero es necesario que aquí lo recuerde, que el límite entre un perro realizado y feliz y otro maltratado y sobreexplotado lo marca no el hecho de que este trabaje, sino la intensidad emocional que se le exija, aclarando que en cuanto a la carga física no es jamás justificable. Por desgracia, en cuanto al caso que ahora te narraré, vamos a estar todos de acuerdo. Se trata de una sobreexplotación perruna ocurrida en otro siglo y justificada por los humanos de la época en aras de salvar la vida de muchos niños, pero el hecho de que aquellos amigos peludos fueron maltratados y sobreexplotados nadie nos lo podrá rebatir.

En la ciudad de Nome, en Alaska (Estados Unidos), se sufrió en 1925 una epidemia de difteria que afectó, principalmente, a la población infantil. La situación era de verdadera emergencia humanitaria y el único remedio para poder atajar esta fatalidad se encontraba a más de mil kilómetros de la zona, concretamente en Anchorage, la ciudad más poblada del Estado. Se trataba de una antitoxina que había que transportar de cualquier modo pese a las condiciones meteorológicas de las fechas invernales, pues el mar se encontraba congelado y el transporte por barco hubiera sido imposible, al igual que por aire debido al enorme riesgo que entrañan las tormentas del lugar. Solo quedaba una opción: transportar el medicamento en ferrocarril desde Anchorage hasta Nenana, y una vez allí continuar el recorrido mediante trineos tirados por perros hasta Nome.

La distancia que había que recorrer mediante este transporte era extremadamente inhumana, hablamos de más de setecientos kilómetros atravesando hielo y nieve, con unas temperaturas de treinta grados bajo cero en el mejor de los casos, tirando de unos trineos en los que irían montados los humanos participantes en la expedición, a lo que había que sumar la carga del material de supervivencia y los medicamentos. En la hazaña participaron más de cien perros en distintos relevos.

El hecho de que Balto fuera el más aclamado y afamado de estos «santos inocentes» se debe a que ejerció como guía de sus compañeros, en el último relevo tras romperse una patita su

predecesor llamado Togo e injustamente olvidado por la prensa de la época.

Balto era un cruce de husky con lobo y tenía por entonces dos años. En un principio los humanos que dirigían la expedición habían subestimado a Balto por considerarlo lento y poco vigoroso, ya que había sido castrado de cachorro para amortiguar su instinto salvaje al tener genes lobunos. Finalmente Balto guio a todo el equipo hasta el destino donde estaban esperando con ansia el medicamento que salvaría decenas de vidas, fue aclamado como un héroe nacional y toda la prensa estadounidense se hizo eco de ello.

Un productor de Hollywood se llevó a Los Ángeles de California a todos los perros del último relevo para rodar una película que tituló *La carrera de Balto hacia Nome*.

La prensa, el cine y el pueblo estadounidense contribuyeron a que todos y cada uno de los perros de la expedición fueran valorados como si de verdaderos ángeles de cuatro patas se trataran, pero la codicia de algunos miembros de nuestra especie parece no tener límites, y por si ya fuera poco el esfuerzo y el sufrimiento que padecieron estos inocentes, tras rodar la película mencionada, un humano miserable se hizo con la propiedad de los canes para realizar — aprovechándose de la fama que con su esfuerzo se habían ganado con creces— un espectáculo con el que recorrería buena parte del país.

Cuando estas deplorables funciones dejaron de ser económicamente rentables para el inhumano ser que las llevó a cabo, este los abandonó a su suerte en una perrera. No todos los miembros de nuestra especie somos iguales y, además de haber verdaderos demonios entre nosotros, también existen personas nobles y buenas.

Un ciudadano llamado George Kimble inició una colecta para reunir los dos mil dólares que pedían los responsables de la perrera para entregarle los perros. Lo consiguió y tras pagar esta cantidad, que a todas luces suponía un soborno infame, los perros fueron trasladados a un refugio donde se les cuidó con el cariño y el amor que se merecían. Allí fueron recibidos con un desfile el 19 de marzo de 1927, dos años después de la expedición.

Lo más normal hubiera sido que al inicio de esta parte del capítulo hubiese mencionado el nombre por el que fue conocida en Estados Unidos y posteriormente en todo el mundo la expedición, pero creo que es de justicia hacerlo al final una vez sabida la historia, ahora lo entenderás, querido lector. A esta hazaña perruna, los humanos la denominaron la Gran Carrera de la Misericordia.

En mi opinión, pese a que la gesta ocurrió en un tiempo en el que los derechos de los animales no se contemplaban en absoluto y en un lugar donde estaba normalizado el uso y abuso de perros de tiro, todo ocurrió en unas circunstancias tan duras e injustas para los canes que el ser humano de la época se vio obligado a apelar a la misericordia de los perros para justificar los hechos.

Jamás la ciudad de Nome, el estado de Alaska, Estados Unidos ni el mundo entero podrá recompensaros, queridos amigos peludos, lo que hicisteis por salvarles las vidas a estos seres de dos patas. Gracias en nombre de la humanidad.

FRIDA, LA ESPERANZA TRAS LA CATÁSTROFE

Si los san bernardos criados por los monjes de los Alpes suizos continúan rescatando personas tras más de trescientos años, a pesar de la existencia de maquinaria que facilita esta labor, tampoco los perros de otros lugares del planeta han dejado de hacerlo, pues siguen siendo insustituibles en infinidad de ocasiones por mucho que avance la ciencia y la tecnología.

Frida es una heroína de nuestro siglo, pertenece a la raza labrador retriever. Estos perros poseen la habilidad de encontrar —cobrar— objetos o animales, por eso se les incluye en la categoría de perros cobradores.

Nuestra querida amiga trabajó en la Sección Canina de la Marina mexicana y en estos momentos está jubilada disfrutando de un merecido descanso junto a una familia de acogida.

Frida tiene un currículum digno de admiración. Participó en 2010 en cincuenta y tres intervenciones tras los terremotos de Haití. Colaboró en el seísmo ocurrido en Ecuador en el año 2016, además de trabajar también intensamente cuando en su propia patria (México) la tierra tembló en los días 7 y 19 del mes de septiembre de 2017 con tal virulencia que dejó más de cuatrocientas víctimas. Durante su vida laboral ha localizado a más de cincuenta personas de las cuales doce de ellas fueron halladas con vida.

La imagen de Frida en las redes sociales y en los medios de comunicación de todo el mundo mientras trabajaba con un enorme tesón buscando personas entre los escombros, ataviada con unas botitas de neopreno que le protegían las pezuñas de posibles cortes y una máscara antigás, enterneció los corazones de aquellos seres humanos que la pudieron conocer desde sus hogares.

El planeta entero estaba pendiente de la catástrofe que asoló México mientras veía con esperanza a Frida venteando el aire con su hocico intentando localizar algún rastro entre los amasijos de todo tipo de materiales de los edificios que derrumbó el seísmo que fue nada más y nada menos que de 7,1 grados en la escala de Richter. Si existía la posibilidad de hallar vida entre las ruinas, esta solo podría ser encontrada por la infinidad de efectivos humanos y perrunos que participaron en las labores de rescate como Frida o Baco, otro héroe de cuatro patas que fue adiestrado en la Universidad Nacional Autónoma de México, la UNAM.

La extraordinaria perrita labradora poseía unas cualidades excepcionales para su trabajo. Un oído preciso y agudo, un olfato hiperdesarrollado, fueron junto con su intuición unos dones naturales claves para poder encontrar cuerpos que se hallaban sepultados incluso a diez metros bajo tierra.

Frida, según cuentan quienes tuvieron la suerte de compartir con ella aquellos años de servicio, es una perrita muy cariñosa, sociable y juguetona, pero era capaz también de separar sin problema su vida social de la laboral. Cuando trabajaba se ponía en su papel, nada le distraía, pero cuando entrenaba o se encontraba imbuida en una misión de rescate su nivel de concentración era absoluto, nada ni nadie le distraía.

Tras servir como perra de rescate durante diez años en la Marina mexicana, fue condecorada con la medalla al mérito por la unidad canina en una ceremonia de gala que la institución militar le dedicó.

Te imagino tranquila y serena en tu casa con tu nueva familia, ajena a tu fama internacional. Seguro que los humanos que te rodean se acuerdan de lo que has hecho por nuestra especie cada

vez que acarician tu cabecita. Hoy doce personas siguen vivas gracias a ti. Sé muy feliz, Frida, que la naturaleza te dé salud por mucho tiempo.

KIE, CALOR PERRUNO

En Ávila, en plena sierra de Gredos, en 2017 una niña de dos años llamada Emma salió con su perrito Kie y su padre a dar un plácido paseo por la naturaleza. Cuando el adulto quiso darse cuenta, la pequeña había desaparecido. Rápidamente llamó al servicio de emergencias y empezaron a buscarla, pero Emma no aparecía. Para colmo la noche se iba acercando y pronto el frío llegaría también. Estaban en el mes de octubre y, además, en la montaña.

Esto no fue todo, la mala suerte quiso que comenzara a llover de repente. Se movilizaron más de quinientas personas entre efectivos de la guardia civil y voluntarios que peinaron la zona en varios kilómetros a la redonda. La tarea se complicaba cada vez más. La naturaleza se convierte en un laberinto para quien está desesperado y máxime para un padre cuya criatura ha desaparecido. No digamos ya para una niña de dos añitos que busca impotente y desorientada a su progenitor.

Los vecinos estaban consternados, pues sabían de la peligrosidad que suponía la orografía de la zona para la inocente inconsciencia de Emma que caminaba sin rumbo por el monte. Ya era noche cerrada, habían pasado siete horas desde la desaparición y el único rastro consistía en una pequeña huellita que encontraron de su zapato, pero finalmente a las dos de la madrugada ocurrió el milagro.

Los perros que participaban en el rescate escucharon los ladridos de Kie, el joven podenco de la familia y todos los efectivos se dirigieron al lugar siguiendo el rastro sonoro. Aun así, la guardia civil no las tenía todas consigo, pues esto significaba que habían localizado a Kie, ¿pero dónde estaría Emma?

A buen seguro que el sargento Jorge y sus compañeros a duras penas pudieron reprimir las lágrimas ante la estampa que se encontraron. Emma estaba arropada por el cuerpo de su fiel amigo de cuatro patas. En una noche fría de otoño, en la montaña y con lluvia, sin el calor del podenco la niña no hubiera podido sobrevivir, el riesgo de haber perecido por hipotermia era grande.

Kie, tras haberse separado de su dueño adulto, podría perfectamente haber emprendido camino por su cuenta hacia algún lugar en busca de alimento y garantizarse su propia supervivencia, pero su cálido corazón no hubiera sido capaz de abandonar a su niña Emma y decidió darle calor con su cuerpo mientras hacía guardia esperando a que los rescataran en un lugar que se encontraba a cuatro kilómetros de donde el padre la había perdido.

Vosotros jamás abandonáis, ojalá todos los miembros de mi especie aprendan de ti, querido Kie.

TURCO Y CRISTINA, MÁS ALLÁ DEL AMOR

Seis patas, dos amigos. Un par de especies tan distintas la una de la otra y que, sin embargo, parecen haber sido creadas para que la convivencia entre individuos de ambas estén destinadas a amarse, convivir y respetarse. Esto está científicamente probado, hablo sobre ello en mi libro *La vida con un perro es más feliz*. Aunque aún quedan miembros de nuestra especie que esto no lo han entendido ni asimilado. Abandonan, maltratan, encierran o condenan a los perros a una vida de esclavitud sin mencionar los casos más extremos de asesinatos de cánidos por la sencilla razón de que estos les estorban.

La historia de la que te voy a hablar a continuación es un claro ejemplo de cómo una mujer sacó adelante a un perro que, a base de cuidados y amor, este no solo se lo agradeció a su amiga de dos patas, sino que lo hizo con la humanidad entera. Esto por fortuna no es un hecho aislado, entre los lectores de este libro seguro que hay muchos casos anónimos de humanos que le han dado una oportunidad a uno o a infinidad de perros, salvándoles la vida.

Un inocente labrador fue hallado moribundo en Tarifa, Cádiz, por un grupo de militares. Estaba famélico, a punto de morir de hambre, se encontraba deshidratado y herido. Una de las lesiones más graves a todas luces había sido infringida por la mano despiadada de quien cobardemente le había abandonado. Se trataba de un corte en el cuello por el que le habían extraído el chip para evitar su identificación.

Cristina, una soldado profesional, se hizo cargo de él. El agua, el alimento, los cuidados médicos, pero sobre todo el amor devolvieron las ganas de vivir a quien desde entonces todos empezaron a llamar Turco.

Como era un perro joven pronto comenzó a correr, jugar y saltar. Cristina y sus compañeros de regimiento sin duda pueden estar bien orgullosos de lo que hicieron, pero estos observaron que Turco no ladraba. Había sido tal el *shock* inducido por su abandono y maltrato de su anterior dueño que había enmudecido.

A Turco un buen día lo conoció un miembro del cuerpo especialista de rescate de los bomberos de la Junta de Castilla y León. Le pidió permiso a Cristina para que el labrador pudiera recibir la formación adecuada para incorporarse al cuerpo. Debió de ver en él una serie de cualidades y sensibilidades que otros no percibieron, pues en un principio puede parecer extraño que un perro que no ladra sea elegido para ser entrenado como rescatista, ya que principalmente es a través del ladrido como informan a su guía humano del hallazgo.

Tras haber golpeado la bajeza humana con toda su crudeza a Turco, la vida le tenía reservada la oportunidad que le dio su amiga Cristina y poco después tuvo la suerte de que otro humano, pese a su discapacidad, confiara en otras muchas capacidades distintas que el magnífico labrador poseía; la vida empezaba a sonreírle.

Turco fue adiestrado mediante el método Arcón, un sistema de adiestramiento diseñado por Jaime Parejo García que se aplicó por primera vez en Sevilla y que hoy es el estándar de instrucción en rescate en muchos países. Básicamente este método se fundamenta en tres principios: motivación, concentración y autonomía. Si se consigue esto, el perro será muy feliz realizando su tarea como rescatista y los resultados mejorarán exponencialmente.

Turco asimiló el método de manera inmediata. Esto tenía una lógica aplastante. Había sido maltratado, abandonado y humillado, ahora tenía a su alrededor gente que le quería, le valoraba y que confiaba en él. En los entrenamientos se sentía realizado, con lo que se reforzó su autoestima, pronto sería un rescatista de gran nivel.

En 2010 viajó junto con siete bomberos humanos a Haití para trabajar en la búsqueda de personas entre los escombros del terrible terremoto que a primeros de año dejó más de trescientas mil víctimas con sus más de cuarenta réplicas, de las cuales algunas alcanzaron los 7 grados en la escala de Richter. Turco consiguió rescatar dieciocho personas con vida, pero el caso más conocido que conmovió al mundo entero fue cuando encontró a Redjeson, un niño que estaba vivo y que permanecía abrazado a su abuelo muerto.

En España, Cristina, la soldado que le devolvió junto con sus compañeros la existencia a Turco, estaba viendo las noticias del terremoto de Haití. En pantalla apareció la noticia de un labrador que había salvado a un pequeño. Cuando vio su imagen, escuchó su nombre, un fuerte nudo le apretaba la garganta, pero no lo suficiente para que pudiera gritar entre lágrimas y emoción:

—¡Ese es mi Turco!

Gracias, Cristina, gracias a todas las personas del mundo que rescatáis todos los días a algún alma inocente maltratada por nuestros semejantes. Gracias, Turco, por tu nobleza infinita con la que eres capaz de salvar vidas de individuos que pertenecen a la misma especie que el desalmado que tanto te hizo sufrir.

SALTY. NO TE DEJARÉ A TU SUERTE, OMAR

Pronto tendremos la tecnología para que a los ciegos nos puedan guiar robots que con gran precisión a través de sus sensores, sus sistemas informáticos y con una conexión GPS puedan hacer esta labor. Lo siento mucho por las empresas que estén investigando en el diseño de tales artificios, pero vaticino que será un número muy reducido de invidentes a los que tengan por compradores. Yo me quedo con mi amigo peludo Omar, al que procuro darle la mejor de las condiciones existenciales posibles para que sea el perro más feliz del mundo, y aun así jamás compensaré lo que él hace por mí, como tampoco pude conseguirlo con mi inolvidable Spock.

Un perro guía no es solo un animal que te acompaña por la calle para dirigirte por ella y ayudarte a esquivar obstáculos. Las personas con cualquier tipo de discapacidad corremos un enorme riesgo de aislamiento social cuando nuestra movilidad se ve condicionada por nuestra patología o por el conjunto de ellas. Recomiendo a cualquier tipo de persona con capacidades distintas que se haga amiga de un ser de dos patas. Así habrá salvado con ello a dos seres de las invisibles garras de la soledad.

A Omar Eduardo Rivera, un informático invidente que se encontraba trabajando en una de las torres del World Trade Center el 11 de septiembre de 2001, no haría falta explicarle en absoluto que un perro guía no es una herramienta de movilidad.

Cuando Salty, su perro guía, un golden retriever, estaba a los pies de Omar mientras este tecleaba en su ordenador adaptado para ciegos en la planta número setenta y uno de la torre en la que trabajaba, un avión se estrellaba contra el edificio creando una situación de pánico colectivo, caos y terror entre los trabajadores.

Sin saber qué era lo que estaba ocurriendo, pero siendo consciente de que alguna fatalidad iba a terminar convirtiéndose en una gran tragedia, Omar quitó el arnés a Salty y lo dejó libre. El golden tendría más posibilidad de salvarse ante el inminente derrumbe que se vaticinaba, pues la torre no paraba de balancearse y su estructura se desquebrajaba por momentos comenzando, además, a ser pasto de las llamas.

Salty se resistió a las órdenes de Omar, se negaba a dejarlo solo, pero las personas que bajaban desesperadas por las escaleras terminaron arrastrándole hasta la salida de la torre. Este, una vez allí, decidió retomar el camino de vuelta subiendo las setenta y una plantas corriendo a gran velocidad por un edificio en condiciones más que peligrosas. Iba sin pensárselo en búsqueda de su fiel amigo Omar, a quien se encontró por el camino y con su ayuda y la de otros amigos humanos, el informático salvó su vida *in extremis* gracias a todos ellos, pero sobre todo a Salty quien aun teniendo ya la suya a salvo, decidió ponerla de nuevo en riesgo por la de su amigo de dos patas.

No es adiestramiento, obediencia ni disciplina, es nobleza y corazón lo que hace que un perro sea capaz de ayudar desinteresadamente a un humano en las situaciones más extremas. Nos empeñamos en adiestrar, enseñar conductas y en educar a nuestros perros, pero también deberíamos pararnos un poco a pensar si no estaría mejor que también aprendiéramos algo de ellos.

6

EN EL DÍA A DÍA

Son muchos los momentos, los lugares y las circunstancias en los que los perros se convierten, junto con sus amigos humanos, en protagonistas de nuestro día a día. Ya hemos visto cómo esta relación entre ambas especies nos ha dado instantes magníficos, entrañables, tristes, reprochables e incluso heroicos. Va siendo hora de que dediquemos unas cuantas líneas a esos ratitos que nuestros peludos nos regalan cuando menos nos lo esperamos. Esas historias emotivas, divertidas, que nos despiertan una sonrisa, varias carcajadas y alguna lagrimita que otra por su ternura.

Voy a entreverar aquí anécdotas que mis lectores, mis seguidores de las redes sociales, amigos, conocidos o gente que me encuentro en actos públicos o que me para por la calle me cuentan con otras que yo mismo he sufrido o disfrutado en carne y hueso.

Siempre he dicho que los perros son los seres más divertidos que nos podemos encontrar en la vida. Su inocencia no es incompatible con una rebeldía indómita y una picardía espontánea que nos regalan infinidad de momentos de diversión y alegría. En esto compiten amistosamente con los niños humanos. Así que espero que la lectura de este capítulo te pille en un sitio apropiado. No sería la primera vez que un lector me escribe o me cuenta cara a cara que le he hecho pasar uno de los peores momentos de su vida mientras viajaba en el metro, en el tren o en un avión leyendo en alguno de mis libros perrunos una de las muchas travesuras protagonizadas por nuestros amigos peludos, teniéndose que aguantar la risa, las lágrimas o ambas cosas a la vez. De todo esto me declaro inocente; el mérito y la culpa es de ellos, los perros.

ARRANCA QUE NOS VAMOS

Una mañana cogí un taxi para asistir a una entrevista de radio. El taxista, muy amablemente, se bajó del vehículo para ayudarme a subir por el lado del copiloto. Pese a insistirle que esto no era necesario, se empeñó en ello. Los perros guía para ciegos deben ir entre las piernas del usuario en el asiento delantero según marca una circular de la Dirección General de Tráfico.

Spock, como sabes, era un perro de gran tamaño, y cada vez que subíamos a un coche tenía que recogerle bien la cola para que no se la pillaran con la puerta, a la vez que debía controlar su otra parte del cuerpo —es decir, la boca— para evitar que hiciera alguna de las suyas, pues era muy aficionado a robar muñequitos, ambientadores, móviles o cualquier objeto que le sirviera de juguete. Solía enamorar con su planta y su presencia a los taxistas, a los que no les quitaba ojo durante los trayectos y estos admiraban su belleza y aquella mirada tierna e inteligente.

Aquel amable conductor, una vez que Spock y yo estábamos acomodados, dio la vuelta por la parte trasera del vehículo para subir a su asiento y emprender la marcha.

El coche arrancó suavemente y le formulé al taxista alguna pregunta rutinaria tipo «¿qué tal todo?». El hombre, que se había mostrado tan agradable hasta aquel momento, no me contestó. Extrañado arqueé las cejas y pensé que todos teníamos nuestras rarezas.

De pronto escuché cómo alguien golpeaba en el cristal del lado izquierdo del vehículo. Pregunté al taxista que si ocurría algo, pero este siguió sin dirigirme la palabra. Para entonces yo ya me había puesto en alerta, pero el caso es que a Spock lo veía muy tranquilo y esto, en cierto modo, me proporcionaba seguridad. De repente sentí una bocanada de aire fresco en la cara procedente del lado del conductor. No hice ninguna pregunta, a aquellas alturas me encontraba casi paralizado, así que decidí quedarme a la espera de que fuera el mismo destino quien me diera alguna respuesta.

El coche frenó en seco. No fue ni el tiempo ni el destino quien me explicó lo que estaba sucediendo. Lo hizo un fatigado taxista que había logrado pasar a su propio vehículo llevando a cabo una hazaña digna de una película de acción.

—¡Madre mía, qué susto me he llevado! Pensaba que el autobús se les iba a llevar por delante —me dijo.

—¿Cómo dice? —le pregunté.

El buen hombre me explicó que el vehículo era un híbrido automático y que Spock con el hocico había accionado al poco de subirnos la palanca de arranque, y el coche emprendió la marcha mientras él daba la vuelta por detrás. Después de recuperar el aire, continuó contándome que tuvo que venir corriendo a socorrernos, pues por nuestra izquierda venía ya un autobús de línea que, afortunadamente, nos esquivó. Creía que no nos alcanzaría, pero pudo abrir la puerta y saltar dentro del vehículo para frenarlo. Todo lo tuvo que hacer el buen hombre al más puro estilo James Bond.

Resulta que Spock y yo habíamos viajado unos ochenta metros en un vehículo sin conductor. A él le debió de haber parecido aquello de lo más divertido, pues se mostró tranquilo en todo momento mientras yo hablaba con un asiento vacío.

No sé qué pensarían los conductores de los coches con los que nos cruzábamos o los peatones que probablemente tuvieron ocasión de observar cómo un servidor iba sentado con un golden en el

asiento de un taxi que circulaba sin chófer.

Desde aquel día no solo tuve cuidado con que no le pillaran la colita con la puerta cada vez que subíamos a un vehículo, además de procurar que no cogiera ningún objeto con la boca, sino que también tuve la precaución de que no accionara ninguna palanca para que no ejerciera de conductor suicida.

¿QUIÉN ES?

Miguel había adoptado un perro mestizo de tamaño medio de una protectora. Cuando un can cambia de hogar, siempre es recomendable que se realice un ejercicio de reconocimiento de lo que va a ser su futura casa. Atado de la correa se le tiene que mostrar habitación por habitación para que observe y olfatee todo en libertad —aunque vaya atado—, procurando que si el perro muerde algún objeto, quitárselo amablemente de la boca, pues aplicar aquí una reprimenda podría reforzar su curiosidad. Miguel siguió estos consejos al pie de la letra con Lennon.

Los dos nuevos amigos estaban muy contentos y expectantes por el futuro que les esperaba juntos. Miguel era un joven de veinticinco años que había conseguido un trabajo y que se había independizado de sus padres al poco tiempo. Lennon tenía cuatro años y era muy sociable y cariñoso, sobre todo con su nuevo amigo.

Tras realizar el ejercicio de reconocimiento del nuevo hogar, Miguel le quitó la correa y se sentó en la cama de su habitación para llamar a su chica desde el móvil y contarle lo bien que iba todo y lo feliz que estaba. Enseguida vino Lennon a reclamarle caricias; aquella pareja humano-perruna prometía.

—Es increíble, cariño —le dijo—, es un amor de perro. Qué bueno es, le he enseñado toda la casa y no ha cogido nada, ni tan siquiera el osito de peluche ese que tengo desde que era niño, lo ha olfateado un poco y ya está. Tengo ganas de que vengas a conocerlo.

Marta enseguida se contagió de la alegría de su chico y se moría de ganas por ver a Lennon en la casa de este. El perro había salido de la habitación para seguir explorando su nuevo hogar, pero esta vez sin correa. Todo iba perfecto, pues mientras Miguel y Marta charlaban por teléfono, no se oía ningún ruido más que los pasitos de Lennon y su suave jadeo. Sonó el teléfono fijo de la casa y Marta también lo escuchó.

—Cógelo, cariño, que seguro que es tu madre para preguntarte qué tal va la cosa con Lennon, ya sabes que ella siempre te llama al fijo.

—No, mi madre tiene ahora cita en la peluquería, seguro que me llaman para venderme algo o para que me cambie de compañía telefónica. ¿Ves? Al segundo tono han cortado, han visto que no quería descolgar. Bueno como te iba diciendo...

Cuando la pareja de novios terminó su conversación, Miguel fue al salón en busca de su amigo de cuatro patas. Este estaba allí tranquilamente olfateando algo que había en el suelo. Miguel se acercó y vio que lo que Lennon olisqueaba era el auricular del teléfono fijo.

El can, que llevaba por nombre el mismo que el ilustre y desafortunadamente desaparecido Beatle, había dado con el hocico un golpe al auricular tras producir el teléfono un sonido que a él le resultó tan extraño como divertido. Al comprobar que el ruido había cesado tras tirar al suelo aquel objeto que ahora pendía de un cable en forma de espiral, su curiosidad aumentó exponencialmente. Miguel observó la escena con una sonrisa de oreja a oreja y Lennon, al percatarse de la presencia de su amigo, le miró con cara de circunstancia.

—No pasa nada, chiquitín, es solo un teléfono —le decía mientras lo recogía del suelo.

Pero se dio cuenta de que algo parecido a una voz salía del microaltavoz del aparato. Se lo acercó a la oreja pensando que el posible comercial de una nueva compañía telefónica llevaba pacientemente más de cinco minutos escuchando el jadeo y «narizoteo» de su perro.

—¡Miguel, Miguel, Miguel! Soy tu padre. Ya era hora de que me cogieras tú el teléfono. Te había llamado al móvil, pero comunicaba. Quería saber si estabas en casa para ir a conocer a McCartney.

—Lennon, papá, Lennon. Claro que comunicaba, estaba hablando con Marta.

—Bueno, como se llame, pero el caso es que ya lo conozco, pues llevo cinco minutos hablando con él.

¿QUÉ SE DEBE?

Tras terminar de comer en un restaurante madrileño al que habíamos ido Spock y yo solos, mientras me tomaba tranquilamente el café pedí la cuenta en el instante en que escuché la voz de la camarera atender la mesa de al lado.

—Dieciocho euros, caballero —me dijo.

A Spock le debió caer bien la chica, pues nada más acercarse para decirme la cantidad se levantó del suelo y se sentó a mi lado. Ella se rio y tras hacerle alguna carantoña se retiró para darme tiempo y poder buscar así el dinero. Spock continuaba con la cabeza levantada y sentado. «Seguro que está siguiendo con la mirada a la chica», pensé. Ví que en la cartera llevaba un billete de veinte euros, pero decidí pagar con tarjeta por si me hiciera falta el efectivo para cualquier otra cosa.

Spock volvió a tumbarse debajo de la mesa; se habría cansado de esperar a su amiga que tardaba en regresar. Entre tanto, yo escuchaba los mensajes del Whatsapp para hacer algo de tiempo mientras venía la chica que ya comenzaba a demorarse. El restaurante apenas tenía clientela a esas horas, y me pareció, además, que había pasado más de una vez al lado de nuestra mesa tras decirnos la cuenta. En una de esas ocasiones en las que volví a oír su voz, le dije:

—Cóbrate cuando puedas.

La camarera se acercó y estuvo en silencio unos segundos. La noté azorada.

—Disculpe, señor, pero ¿de dónde me cobro?

—De la tarjeta —contesté a la vez que palpaba el plato donde ella me había dejado el tique y yo mi *credit card*.

El plato estaba vacío. Mi corazón se me aceleró y me venía uno y otro color al rostro. No sabía qué hacer ni qué decir. Quizá alguien, aprovechándose de mi ceguera, me había robado la tarjeta; debía llamar de inmediato al banco para anularla.

Mientras tanto tenía allí delante de la mesa a la pobre hostelera que esperaba paciente una solución sin saber tampoco qué contestar.

—Cóbrese de aquí —le dije mientras le daba el billete de veinte euros.

Con una mano temblorosa busqué el número de teléfono del banco en el móvil. Lo localicé, la chica me trajo el cambio y con los nervios creo que me olvidé hasta de darle las gracias. Sonó una musiquita de espera de esas que te suelen poner para que, teóricamente, te entretengas mientras te atiende un operador. Para tranquilizarme busqué la cabecita de Spock, acariciarle y encontrar un poco de consuelo. Estaba masticando algo, noté cómo sus mandíbulas se movían. «Lo que faltaba, ahora que se coma alguna guarrería del suelo y se me ponga malo», pensé. Le metí la mano en la boca al mismo tiempo que me atendía por fin un amable y esperado operador.

—Mire, es que creo que me han robado la tar...

No terminé la frase con el chico del banco, pues el ladrón de mi tarjeta apareció en aquel momento. La tenía Spock en la boca y la había hecho cuatro trozos de los cuales, por fortuna, no se había comido ninguno. Al parecer no solo se había levantado para saludar a la simpática camarera, sino para adquirir lo que para él le suponía un divertido juguete de plástico. Del tique jamás se supo nada, supongo que la celulosa fue debidamente digerida por el estómago de mi grandullón.

UNA COPA DE VINO Y UN BAÑO RELAJANTE

Paula conducía su coche camino a casa según iba cayendo la noche sobre la ciudad de Lugo. Venía tan saturada emocionalmente del trabajo que pensó que sería buena idea ponerse algo de ropa deportiva para salir a correr una hora al menos. Así podría soltar toda la tensión acumulada durante ocho horas en un día en que para colmo el sistema informático de la empresa se había revelado contra ella, teniendo que soportar las quejas de su jefa y de algunos clientes.

Quería abrazar a Milko, un labrador blanco de ocho años con quien compartía piso y mucho amor. Al entrar por la puerta se olvidó de todos sus males. El perro vino enseguida con un cojín en la boca para recibir a Paula y esta sonrió por primera vez sin tener que fingir desde que había salido de buena mañana de casa. Le quitó a Milko suavemente la ofrenda que traía entre sus dientes, se sentó en el sofá y él se tumbó a su lado panza arriba para que le rascara su barriga peluda. Así estuvieron unos minutos. Después Paula decidió llevárselo a correr a él también, le vendría fenomenal soltar adrenalina tras pasar tantas horas solito.

A la media hora regresaron, pues Paula comprobó que no solo venía agotada mentalmente, sino que su cuerpo también necesitaba descanso.

Llenó la bañera de agua caliente, echó unas sales de baño que su hermana le había regalado hacía unos meses, puso música relajante en el portátil y prendió una barrita de incienso. Creó el ambiente ideal para finalizar un duro día de trabajo y ejercicio. Después, una cena ligera y a dormir. Cuando se quitó la ropa y se disponía a meterse a la bañera, pensó que sería buena idea acompañar aquel momento con una copita de vino tinto. Se puso el albornoz y salió del baño. Se cruzó con Milko que estaba tumbado en el pasillo y, antes de ir a la cocina a servirse la copa, sacó del cajón donde guardaba las cosas de su amigo un hueso que le tenía reservado para esa semana. Él también se merecía terminar bien la noche.

Con el vino servido inició la vuelta al cuarto de baño convertido en *spa* casero. Milko no estaba ya en el pasillo, y se acordó de que cada vez que le daba un hueso este se iba a roerlo encima de la cama de ella, poniéndolo todo perdido de babas y restos. Antes de pasar al baño pensó en ir primero a su habitación para echar de allí al labrador, pero decidió que ya estaba bien por hoy y que cambiaría la colcha después.

Cruzó la puerta y un gesto de placer transformó su rostro agotado en otro pleno de gozo al percibir el vapor en la piel, al notar el olor del incienso en la nariz y al sentir la dulzura de las notas musicales. Cerró los ojos queriendo disfrutar de aquel instante. Dejó caer al suelo el albornoz mientras la tela de este se despedía de su cuerpo rozando levemente su espalda, abrió los ojos. Dentro de la bañera estaba Milko disfrutando de un baño con sales mientras miraba a Paula con carita de no haber roto nunca un plato. Ella no sabía si reír o llorar. Al final se sentó en el borde de la bañera y se bebió la copa entre risas y pequeños sorbos de vino a la vez que acariciaba el lomo de su gran amigo que también se merecía aquel homenaje.

NO ES PERRO TODO LO QUE PELUDEA

La siguiente historia es tan breve como bochornosa, sobre todo para quien la sufrió, que no es otro que un servidor. Todavía hoy me sonrojo, pero me río también cada vez que la recuerdo.

Paseando por mi barrio con Spock nos cruzamos con un humano acompañado por un perro de aguas. Spock, que por entonces era casi un cachorro, se detuvo a jugar con su amigo. Yo mientras tanto charlaba con el humano.

—Qué chulo, un perro de aguas, ¿estos son muy lanudos, verdad?

—Sí, lo tienes justo delante, tócalo, tranquilo, que es muy bueno y no muerde.

Me agaché para acariciar al amigo de Spock. Me sorprendió mucho su pelaje, jamás había visto un perro de aguas con el pelo tan rizado, fino y largo. Lo entendí todo cuando el chico me dijo:

—No, ese soy yo, Chapi está más a la izquierda.

«Tierra, trágame, y expúlsame en Punta Cana», pensé.

NADAR Y GUARDAR LA ROPA

Ignacio y Patty comenzaron el día de una de las mejores maneras posibles que una pareja humano-perruna pueden hacerlo: salir a caminar y a disfrutar de la naturaleza.

Él era muy aficionado al senderismo y pertenecía a un grupo que había creado hacía muchos años con unos amigos que compartían esta sana afición, pero para ese sábado no habían organizado ninguna actividad.

Ignacio, al asomarse a la ventana y ver el día primaveral que la existencia les regalaba, pensó que lo mejor sería ir al campo con su perrita mestiza, cruce de braco de Weimar y no se sabe bien con qué más, como me relató él mismo entre risas y orgullo de padre perrunero.

El sendero de tierra crujía bajo las zapatillas del humano que tarareaba no demasiado alto una canción. Los pájaros, las chicharras y los grillos amenizaban con su canto el paseo desafinando menos que Ignacio. Patty iba y venía todo el tiempo como si estuviera atada a una larguísima goma invisible que le amarrara a su amigo. En ocasiones se alejaba tanto que Ignacio la perdía de vista, pero bastaba un silbido para que Patty se presentara ante él.

Andrea y Pablo se estaban preparando para correr una maratón que se celebraría en breve. En verdad se pasaban todo el año haciendo lo mismo, pues esta era una pasión compartida por la pareja. Salieron a correr algo más tarde que de costumbre, pues Pablo se había retrasado un poco. Andrea había ido a su casa para recogerle y este no solo no estaba preparado, sino que ni tan siquiera se había levantado de la cama.

—Ya estamos como siempre, eres un dormilón y encima no has desayunado; luego te quejas de que te da flato.

Para colmo Pablo —también conocido como el Tardón, mote que le puso Andrea sin faltarle razón— se demoró tras desayunar, eligiendo la ropa deportiva que ponerse.

—Vamos, cariño, que vas a ir a entrenar al campo no a la Pasarela Cibeles.

—¿Lo dices tú que con treinta años para salir a correr llevas una mochila en forma de osito?

A las once de la mañana la pareja de treintañeros ya estaban corriendo sonrientes los dos por un camino de tierra. Las miradas que de vez en cuando se cruzaban, junto al paisaje algo más seco de lo que el lugar y la naturaleza se merecía, pero hermoso, eran alicientes que mitigaban el calor que aquel día pasaba ya de treinta grados.

Se cruzaron con un señor que iba caminando a buen ritmo y los tres humanos se dieron los buenos días. La perrita que acompañaba al hombre siguió durante unos metros a la parejita de novios provocando unas risas alegres que animaron a Patty para continuar la carrera durante unos metros más a su lado. Al final Ignacio tuvo que llamarla, pues ya se alejaba demasiado y no quería que importunara a los dos corredores.

Tras dos horas de entrenamiento, Andrea y Pablo llegaron al río, se descalzaron y metieron los pies en el agua fresca y tranquila, todo un lujo después del fatigoso entrenamiento.

—Es que hace mucho calor para estar aún en abril —dijo Pablo fatigoso, pero con un tono de alivio tras introducir los pies en el río—. Qué gustazo.

—Caluroso y que eres un tardón —contestó Andrea con fingido aire de reproche mientras le cogía la mano y le besaba la mejilla.

Pablo no le podía pedir más a la vida. Gozaba en ese lugar y en aquel instante de la satisfacción que proporciona la liberación de una buena dosis de endorfinas tras realizar un ejercicio físico importante, el placer de refrescarse después de la fatiga y notar la mano suave y cálida de Andrea en la suya. Miraba cómo el agua lenta arrastraba alguna pequeña rama y observaba el vuelo aparentemente arbitrario de una mariposa que se encontraba al otro lado de la orilla.

Cogió agua poniendo sus manos en forma de cuenco y primero se refrescó la cara, después la nuca y luego miró con ojos pícaros a Andrea.

—Ni se te ocurra mojarme —le advirtió—, que te pego un empujón y vas de cabeza al río.

Ignacio encontró una sombra excepcional bajo una encina, le echó a Patty agua en su cacharro y esta la bebió con ansia. Después él se comió un bocadillo de tortilla francesa y repartió el agua que le sobraba entre el cacharro de su amiga peluda y su propio estómago. Ató a Patty en otro árbol cercano, pues el tronco de la encina era tan grueso que la correa se quedaba corta. Usando la mochila de almohada se tumbó en el sitio más mullido que encontró. Antes de cerrar los ojos miró a su perrita que también estaba tranquila y recostada. Un sentimiento de remordimiento le pasó por la cabeza, se levantó y la soltó. Confía en ella. Era muy buena y seguro que no se separaría de él. Además, la carretera estaba lejos y el lugar no entrañaba peligro alguno.

—No, no te estaba mirando así porque quisiera mojarte, aunque reconozco que no sería mala idea —contestó Pablo.

—Te iba a proponer que si nos dábamos un baño.

Andrea quedó unos segundos en silencio, no porque considerara la propuesta descabellada, todo lo contrario, el día se prestaba a ello, pero algunos inconvenientes le vinieron al pensamiento. Se los diría a su chico con la intención de que este le diera ánimos para superarlos.

—Uf, me apetece un montón. Si lo hubiéramos pensado antes habría traído bañador.

Patty, al verse libre de la correa, se tumbó al lado de Ignacio y este le acarició cariñosamente la cabecita. Ambos no tardaron en dormirse.

Pablo y Andrea solucionaron pronto el tema de la ausencia de bañador, no sin que él, que había sido el promotor de la idea, sacara a colación antes algunos inconvenientes que pusieron de manifiesto su lado más maniático.

—Es que si me meto en calzoncillos luego me los tengo que llevar puestos mojados y me resfriaría seguro.

—Pues báñate sin ellos, hijo mío —replicó Andrea alargando las sílabas con aire de resignación.

—Pero si los dejo aquí se me podrían llenar de hormigas o, lo que sería peor, que una oruga se metiera dentro y luego se me irritara la... Que eso le pasó a un amigo mío de niño en un campamento, hubo que llevarlo a urgencias.

—Joer, Pablo, que eras tú el que quería bañarse, leche. Pues mete la ropa en mi mochila y ahora no me digas que no porque es cursi.

—Ah, buena idea. Y por cierto, no es cursi, simplemente es horrible.

Sentían en su piel la frescura revitalizante del agua, la corriente era imperceptible en aquel remanso, el sol calentaba sus rostros y el olor a polen llegaba hasta sus pituitarias. Saltaban, reían, se abrazaban y se besaban. Era como volver al origen de todo, a la naturaleza salvaje y primitiva, a la paz de la cual el ser humano no debió salir jamás.

A Patty la despertaron los ronquidos de Ignacio que iban subiendo de volumen según profundizaba en sus sueños. Decidió alejarse un poco de su amigo, olfateó la mochila de este y disfrutó unos instantes de un olor a bocadillo del cual tan solo quedaba un rastro. Lamió su

cacharrito del agua mojándose la lengua con la fina capa de líquido que quedaba. Miró a Ignacio unos segundos y comenzó a caminar despacio olisqueando las flores, los árboles y matojos que bordeaban una parte del sendero.

Ignacio se despertó alarmado tras media hora de sueño involuntario. Buscó con la mirada a Patty después de incorporarse súbitamente. No estaba por allí. Cuando se despejó lo suficiente para que los pensamientos racionales dieran paso a los emocionales, recordó que su amiga era una perrita muy responsable y obediente, no podría estar muy lejos.

Silbó y enseguida escuchó como Patty emergía trotando entre la maleza como un animal salvaje. Ignacio se tranquilizó de inmediato.

En el río Pablo echaba agua con una mano sobre la cabeza de Andrea como si la estuviera bautizando, ella se reía y le besaba en los labios. Él torció la mirada hacia el lado derecho y la chica se extrañó.

—¿Es que no quieres que te bese, mi pequeño chico tardón?

—Mira, es la perrita con la que nos hemos cruzado antes.

—Sí, es ella. Tiene pinta de ser muy buena, pero... pero, cariño, deberíamos salirnos y vestirnos rápido. Si la perrita está por aquí significa que el dueño no estará muy lejos y no me apetece nada que me pille desnuda.

Ignacio no tardó en fruncir el ceño cuando vio que Patty llevaba algo parecido a un muñeco entre sus dientes. La llamó y esta, moviendo la cola, se resistió a acercarse a a él. Estaba claro que no quería compartir el motín o que como mucho jugaría a ver si se lo podía quitar, pero al final, ante la segunda orden, Patty, haciendo gala de su nobleza perruna, obedeció. Ignacio recordó dónde y cuándo había visto esa mochila en forma de osito.

Los jóvenes, a pesar de las prisas que tenían por salir del agua después de ver a Patty, les había caído tan bien esta que la llamaron a ver si se acercaba a ellos. Andrea le ofreció agua con sus manos, pero la perrita se limitó a olfatear la mochila mientras ignoraba el ofrecimiento de la chica.

—Mira, Pablo, ¿ves como tengo buen gusto? A ella también le mola.

Ambos palidieron cuando vieron que Patty salía corriendo con su nuevo juguete entre los dientes. Pablo salió del agua de inmediato y, tapándose sus partes pudendas, corrió unos metros tras ella. En cuanto se pinchó con alguna piedrecita y con otras pocas agujas de pino detuvo la carrera y miró hacia el río en busca de alguna respuesta de su chica. A Andrea le había provocado todo esto una risa nerviosa que no podía contener. Ganas le dieron de gritar socarronamente ¡ahí va mi Tarzán!, pero enseguida recordó que si no contribuía a recuperar la ropa, la situación se complicaría.

Ignacio, mochila en mano, quedó paralizado por unos instantes. Le preguntó, como si esta fuera a contestarle en su mismo idioma, que de dónde la había cogido, que si estaban los chicos por allí cerca. Pensó en retomar el camino a ver si los veía. Probablemente habrían parado a almorzar como habían hecho ellos, pero él, que conocía bien el lugar, sabía que eran múltiples las bifurcaciones y los senderos por los que los excursionistas solían moverse. Y sabía también que era una lotería tomar uno u otro itinerario y acertar.

Abrió la cremallera del bolsillo pequeño tras haberlo palpado por fuera, no sin un ligero sentimiento de culpabilidad por profanar la intimidad de aquellos chicos, pero también se sintió reconfortado porque aquello lo haría por su bien. Dentro se encontraban los dos teléfonos de la pareja, pero Ignacio no sabía este dato y pensó que quizá ambos eran de la chica, uno personal y otro del trabajo. Por suerte el primero que desbloqueó no tenía código. Miró las últimas llamadas.

Pablo, Pablo, Pablo, mamá, Pablo, Sonia y mamá. Pulsó esperanzado el nombre de Pablo, tenía la certeza que este iba a ser el nombre del chico. Las llamadas eran de esa misma mañana.

Sonó una música machacona procedente del teléfono que había dejado en la mochila. Su gozo en un pozo cuando al sacar el otro móvil vio que en la pantalla ponía Andrea y que, al pulsar rellamar, desde el segundo móvil en el primero rezaba Pablo. Se sintió ridículo al darse cuenta de que estaba llamando desde un teléfono a otro, después se mostró preocupado, pues la posibilidad más rápida y certera de encontrarlos se le acababa de desvanecer. Miró a Patty, quien a su vez observaba a Ignacio con carita de saber que algo no marchaba bien. Dejó ambos móviles en su sitio y cerró la cremallera. Abrió con decisión el bolsillo grande, ya no había excusas para remilgos; primaba ante todo resolver aquello. La dueña de la mochila estaría buscándola desesperadamente.

Pablo regresó al agua en buena parte porque comenzaba a tener frío, pero también para encontrar consuelo en Andrea. Se preguntaron con la mirada: ¿y ahora qué hacemos?

Toda la valentía de la que había hecho acopio Ignacio se le cayó al suelo cuando vio lo que contenía el bolsillo grande: dos camisetas, dos pantalones de deporte y la ropa interior de una mujer y la de un hombre. Derrotado se sentó en el suelo, pues ahora intentar encontrarlos ya no se le hacía complicado, sino que en caso de conseguirlo esto podría llegar a ser verdaderamente bochornoso. Aquellos jóvenes estaban totalmente desnudos y a saber en qué íntima situación podrían hallarse.

Pablo estuvo a punto de preguntarle a su chica: «¿no querrás que salgamos desnudos a buscar la mochila?», pero no lo hizo. Le dio un repentino ataque de risa que no tardó en contagiarse a Andrea, juventud divino tesoro. Una vez agotado el momento, Andrea pudo hablar entre los segundos finales de la última carcajada.

—¿Y si chillamos hasta la extenuación llamando a la perra? —sugirió—. Esto pinta mal y no veo otra solución mínimamente digna.

A ninguno de los dos se les había borrado la sonrisa ni de los labios ni de los ojos. Comenzaron a gritar con todas sus fuerzas:

—¡Perrita! ¡Perrita! ¡Perrita!

Ignacio, en un claro gesto de desesperación, le repetía una y otra vez a Patty:

—Y qué hacemos ahora, Patty, qué hacemos ahora.

Con el rostro cubierto con ambas manos Ignacio, que ya contaba con cincuenta años de vida, estuvo a punto de echarse a llorar mientras la mochila descansaba en el suelo con la cremallera abierta, dejando entrever el tirante de un sujetador y la manga de una camiseta deportiva. Se recompuso mínimamente, metió las prendas hacia dentro y cerró la cremallera.

Patty levantó sus orejas y ladeó la cabeza. Ignacio se puso súbitamente de pie al escuchar lo que parecían unos no muy lejanos gritos.

En menos de tres minutos localizaron a los jóvenes. Mirando pudorosamente hacia un lado, Ignacio se acercaba mochila en mano al río. Se tropezó unas siete veces evitando que su visión alcanzara la imagen de los bañistas. Mientras tanto Patty, sin remordimiento ni pudor alguno, corrió hasta donde estaban los jóvenes y moviendo la colita de alegría bebió algo de agua. Ignacio dejó en el suelo la mochila a escasos metros de la orilla.

—Aquí la tenéis, os pido mil disculpas.

Patty, Patty, menuda liaste, granuja.

BREVES, PERO INTENSAS PERRERÍAS

Por mi familia han pasado y seguirán haciéndolo cantidad de perros de los cuales tenemos multitud de anécdotas en el día a día. Suelen copar muchas veces las conversaciones cuando nos reunimos en torno a una mesa y unos cafés. Te haré aquí un resumen de las más significativas. Como he hecho a lo largo de este apartado, contaré entre medias alguna que otra perrería curiosa de otros canes de amigos y conocidos. Siéntate a la mesa, coge tu café y siéntete como en tu casa.

Tuvimos un yorkshire llamado May que hacía siempre la caca posando las dos patitas traseras en la pared como si hiciera el pino.

Mi hermana tiene un perro llamado Black, cruce de braco de Weimar y pastor mallorquín. En casa está prohibida la palabra plátano. Es su comida favorita, y nada más oír el nombre de esta fruta comienza a gimotear y a dar vueltas en busca de alguno. La única manera de callarlo es dándoselo. En caso de que no haya, tienes que ir a comprarlo. Si es a deshora tendrás que buscar una tienda de veinticuatro horas; si estás en un sitio donde no existen estos establecimientos, haberte estado calladito.

Spock, en una entrevista de televisión, se subió al sofá del estudio, le robó el guion a la presentadora y se lo comió parcialmente. La periodista demostró dos cosas: ser toda una profesional, pues continuó adelante con el programa y, además, ser una amante de los perros. Este vídeo lo puedes encontrar en mis redes sociales.

Principalmente hay dos métodos para que las personas invidentes leamos: en braille o con audiolibros. Cada vez que leo uno sonoro le arrulla tanto a Omer la voz del narrador que ronca y todo. Finalmente tengo que usar auriculares.

Paseando con Spock nos cruzamos con un niño y su abuelita. Como tenía aquel tamaño que le hacía parecer casi un león, el pequeño se asustó y comenzó a gritar. La abuela lo tranquilizó según nos acercábamos a ellos diciéndole que no se preocupase, que esos perritos eran muy buenos porque ayudaban a la gente que no ve y que querían mucho a los niños. El chiquillo se calmó y dejó de chillar justo en el momento que pasábamos a su lado. Spock, con un rapidísimo movimiento de cabeza, le quitó la bolsa de gusanitos que el cachorrillo humano iba comiéndose. Se puso inmediatamente a gritar histérico:

—¡Abuela! ¡Este perro es muy malo!

No sé si desde entonces cambió el concepto que aquella buena señora tenía de los perros guía y su presunción de inocencia.

Cuando mi hermana y yo éramos pequeños tuvimos un pastor alemán. Un día que estaba peleándome con un amigo, este nos separó y no dejó de ladrarnos hasta que no hicimos las paces. Bastantes años más tarde asistí en la facultad de Derecho a un seminario de conciliación, en la época en la que esta figura jurídica era algo incipiente. Los ponentes tendrían que haber conocido a Drako.

Dando una conferencia en un centro cultural, comenzó a fallar el sonido. Eran las ocho de la tarde y el técnico ya se había marchado. Terminé mi exposición a viva voz. Spock estaba tumbado a mi lado bajo la silla y cuando le pedí que se levantara para marcharnos me di cuenta de que estaba masticando algo: se trataba del cable del micrófono. Menos mal que no era un cordón

eléctrico. El público aplaudió mucho, pienso que no estuvo mal la charla, pero al parecer a él no le gustó demasiado y decidió sabotearla.

Los dueños de una cafetería que había cerca de mi casa me contaron que su mastín de nueve meses, que se llamaba Trabuco, y al que tuve el gusto de conocer, partió a mordiscos el grifo metálico de la toma de agua de la lavadora. Me pongo en el pellejo del fontanero que fuera después a arreglarlo. Yo que él no hubiera hecho demasiadas preguntas, pero habría pensado que aquello era obra de algún ser sobrenatural.

Cuando Omer, mi actual perro guía, llegó a nuestras vidas, Spock aún vivía. Ya he dicho que convivieron juntos nueve días hasta que a mi grandullón se lo llevó para siempre una peritonitis. Le compré a Omer una cama nueva y se la puse al lado de su hermano mayor, pero nunca durmió en ella. Le respetaba tanto que no quería hacerle sombra, aceptaba la jerarquía que su ancianidad le otorgaba y dormía aparte.

Cuando falleció Spock siguió sin usarla y, puesto que la cama de este era más fina que la de Omer por el uso que le había dado durante diez años, probé a ponerla encima de la de Omer, más que nada para ganar espacio en la habitación y no tropezarme. Desde aquel día duerme allí cada noche. Encima de ambas camas, la suya y la de su eterno amigo-hermano.

Conocí a una chica que adoptó un perro de asistencia de una persona con una discapacidad física. Era un golden con una gran inteligencia, capaz de realizar muchas de las tareas que su antigua dueña no podía llevar a cabo. Por un empeoramiento de sus patologías, llegó un momento en el que no se pudo hacer cargo del perro, pero tuvo la gran suerte de que su vecina María Luisa se pudiera quedar con él. Como Suso había sido adiestrado para realizar tantas y tantas labores, al verse de repente prejubilado no lo asumió y quiso demostrar a María Luisa que seguía siendo un trabajador muy eficiente. Y tanto que lo era. A su nueva dueña no le hacía falta que se lo demostrara, pero le aseguró muchos momentos de risas y ternura desde entonces. Cuando menos se lo esperaba, Suso le traía el mando de la tele, le apagaba o le encendía las luces, le traía las zapatillas deportivas, aunque ella prefiriera las de estar por casa. Con el tiempo se le fueron pasando las ganas de trabajar, pero algunas de estas costumbres permanecieron en él como si fueran un juego.

Me hablaron de un chow chow que tenía problemas de estómago y que vomitaba al poco de comer. El veterinario recomendó a los dueños que no le dieran agua hasta pasada una hora de la comida. El muy granuja, a base de buscar agua y de observar el comportamiento de sus dueños, se dio cuenta de lo sencillo que era para un perro abrir un grifo monomando. La dificultad estaba en poder acceder a él, hasta que recordó que en la casa había uno justo a la altura de su hocico: el del bidé.

La picardía perruna es muy parecida a la de nuestros niños, algunos perros son cachorros eternos. Spock se clavó una vez entre los dedos de una patita, la derecha, una aguja de pino. Se le infectó, estuvo tomando antibióticos y había que curarlo a diario. Le ponía el bozal, pues es raro el perro que se deje tocar las pezuñas, máxime cuando tienen una herida, pero no era fácil hacerlo. Retiraba la patita, le daba con el hocico al bote del desinfectante, etc. Una mañana al hacerle la cura le pedí que me diera la pata y así lo hizo, siempre fue muy obediente. Parecía que ya no le dolía, pues estuvo quieto y no se quejó ni una sola vez. Aproveché para limpiar la herida con mayor precisión y se dejó. Le di la correspondiente galleta de premio y salimos a la calle para que hiciera sus cositas. Noté que continuaba cojeando. Como el veterinario nos pillaba de paso, entré y este me dijo que era normal que no le hubiese dolido la cura de esta mañana. Al pedirle la patita me había dado la izquierda, la buena. La llevaba llena del líquido utilizado para la cura,

pero aquella patita era la sana, ¿cómo le iba a doler? Por cierto, esta anécdota contada de un modo más literario la utilicé para una escena de mi novela *A través de mis pequeños ojos*, protagonizada por un golden retriever llamado Cross.

Grabando un día un reportaje para el telediario, uno de los periodistas que se ocupa de la sección cultural del ente público quería hacer una toma mía sin Spock delante de un árbol. Estábamos en el parque del Retiro de Madrid y me pidió que le dejara al perro mientras el cámara grababa. Me negué en un principio, pues Spock era muy cabezota, tenía mucha fuerza y carácter. Temía que al separarse de mí se escapara. Lo atamos a un árbol, pero no pudimos grabar porque el señorito perruno comenzó a ladrar y hubiera hecho inaudible el reportaje. Al final el reportero me convenció porque me dijo que él tenía una labradora que pesaba treinta kilos —Spock pesaba cuarenta y dos—. Terminamos la toma y Spock de la emoción pegó un fortísimo tirón de la correa para venir hacia mí, arrastró unos metros al periodista que, salvo algún que otro rasguño, salió ileso de aquellas. Pese a todo el chico fue muy amable y cariñoso con mi indómito golden. Cada vez que veo las noticias en el telediario y escucho la voz de este amigo y su inconfundible acento canario, me viene un recuerdo agridulce y melancólico a la mente; le echo mucho de menos.

Te contaré la última perrería breve, esta tendrá también como coprotagonista a Spock y a una señora muy particular. Estábamos buscando en una ciudad la oficina de correos. Yo sabía que se encontraba cerca, pues las calles que cruzábamos me eran familiares. Decidí parar y preguntarle a una señora que fue muy amable con nosotros.

—Disculpe, mire, es que soy invidente y busco la oficina de correos, ¿Podría indicarme cómo se llega?

—Sí, claro que sí. Están ustedes muy cerca —noté que se agachaba y que le decía en el oído a Spock—: Mira, guapetón, donde ves el toldo ese rojo, cruzas y os metéis a la izquierda cuando paséis el quiosco, allí a unos veinte metros tenéis correos.

Se levantó la encantadora señora, a la cual debieron hasta de crujirle las rodillas tras estar de cuclillas hablándole al oído a mi golden, y me dijo:

—Ya está, caballero, se lo he explicado y lo ha entendido perfectamente, pues miraba a todos los sitios donde le señalaba.

Le di las gracias aguantándome la risa y, ¿te lo puedes creer?, llegamos directos a la oficina.

MALAS PULGAS

En 1940 Enrique Jardiel Poncela —dramaturgo, escritor y director de teatro— estaba tomando café en una terraza de la ciudad de Bilbao mientras escribía unas notas. Se le acercó un perro vagabundo y el dramaturgo le pidió al camarero un bollo suizo para este, que se lo devoró ávidamente. Al levantarse Jardiel para marcharse se despidió con una caricia del animal, pero el perro le siguió hasta su coche. Abrió la puerta y ambos se miraron. El can saltó al asiento y Jardiel Poncela le dijo que mejor se sentara atrás que el que tenía que conducir hasta Madrid era él.

Desde entonces Bobby no se separó de su amigo, hasta hubo que sujetarlo cuando Enrique falleció y se llevaban el féretro de la casa, pues el fiel Bobby entre lloriqueos y ladridos quería ir tras el ataúd.

Un día Enrique fue a dormir en un hotel de lujo y estaba acompañado por Bobby. El recepcionista le dijo que el perro no podría pasar allí la noche. Le preguntó el porqué y el empleado contestó que por el tema de las pulgas. Jardiel le dio las gracias con una irónica réplica.

—Le agradezco la aclaración, pues no quisiera que mi perro cogiera pulgas en este hotel. Nos marchamos.

7

REDES CANINAS

El perro no ha llegado a nuestra sociedad para sustituir al hombre, tampoco debemos educarlo ni formarlo a nuestra imagen y semejanza, pero dada la imparable evolución en las relaciones humano-perrunas es normal y casi inevitable que los canes ocupen los mismos espacios o los equivalentes que ocupan los seres humanos.

Ya podemos ver, gracias a los sitios *Dog friendly*, perros en hoteles, en restaurantes, en las oficinas, en colegios, en librerías e incluso en hospitales. No me refiero evidentemente a los perros de asistencia que tienen permitido por ley el acceso universal, sino a perros particulares en sitios donde hace muy poco sería imposible imaginar que podrían pasar.

El caso más llamativo es el último que he mencionado. Ya existen hospitales que conceden permisos especiales de visita a los perros de pacientes humanos que se encuentran allí ingresados. Y si todo esto es posible es porque el perro ha llegado a nuestra sociedad para quedarse y, es más, para ocupar en ella un lugar muy importante.

En los espacios virtuales como las redes sociales, las páginas web o las aplicaciones para *smartphones*, los perros están y su presencia no es precisamente minoritaria.

También existe la figura del perro *influencer*, que al margen de que su amigo humano sea o no famoso, es él quien se ha ganado por mérito propio tal apelativo.

BEAST, EL ENCHUFADO

Normal que Beast, un precioso y carismático pastor húngaro, tenga más de dos millones y medio de seguidores en su página de Facebook. Es que se trata nada más y nada menos que del nene peludo y de cuatro patas del fundador de la gran red social, del mismísimo Mark Zuckerberg.

A Mark le sobró y le bastó con subir un par de fotos al perfil personal de la red de la que es propietario para que la imagen de Beast diera la vuelta al mundo. Morfológicamente es un can muy peculiar, algunos comparan su pelaje con el de una fregona. Al parecer es bastante travieso, cariñoso y juguetón. Al margen de contar con las ventajas de ser el hijo del jefe, buena parte del mérito no se la vamos a quitar, pues es un perro muy carismático.

Además, según cuenta en una entrevista su amigo humano, el empresario de redes sociales, Beast le ayudó a cerrar uno de los mejores negocios de su vida.

En casa de Mark se encontraban reunidos este y uno de los fundadores de Whatsapp, al cual Zuckerberg le había hecho una oferta de diecinueve mil millones de dólares para comprarle la compañía. Jan Koump era duro de pelar e insistía en que Zuckerberg debía subir la suma o no habría venta. La negociación entre los dos magnates fue intensa, parecía que las últimas bazas ya se habían jugado y que las posturas eran inamovibles.

Jan Koump se levantó de la silla y le dijo a su interlocutor que le diera unos minutos para pensar. En ese momento entró en escena el ser que desbloquearía la negociación: Beast. Al pasar el pastor húngaro al despacho, Jan Koump se sentó de nuevo y puso sus patitas delanteras encima de las piernas del hasta entonces copropietario de Whatsapp. Beast y Koump no tardaron en hacerse amigos. Este último, tras estar acariciando el precioso pelaje del perro, levantó la cabeza y le dijo al fundador de Facebook que estaba bien, que la compañía se le cedería por aquella cantidad.

No sé si Zuckerberg exageró o dramatizó la escena cuando la contó en la entrevista concedida a la CNN, pero conociendo algo como conozco el poder que tienen los perros a la hora de influir positivamente sobre nosotros, yo la historia, al menos en su esencia, me la creo. Es más, quizá Jan Koump incluso podría haber aceptado una cantidad más baja si Beast se le hubiera quedado más tiempo en el regazo.

HERRY Y ANDRÉS, A CUAL MÁS GUAPO

Al actor y modelo Andrés Velencoso le ha salido un duro competidor en cuanto a lucir su belleza mediante poses de anuncio en las redes sociales se refiere, pero ha sido él mismo quien se lo ha buscado. Pues este no es otro que Herry, el golden retriever del modelo que tiene un perfil propio en Instagram con decenas de miles de seguidores.

Andrés, puesto que tiene que trabajar mucho y viajar otro tanto —además, en 2016 se vio obligado a establecer su residencia en Londres por motivos laborales—, su vida no le permitía pasar demasiado tiempo con su amigo, pero dejó a Herry en buenas manos. Su padre y las hermanas del actor viven en Tossa de Mar, Cataluña, y son quienes se ocupan del golden cuando este no está en España.

Según cuenta Andrés, Herry, con dos años, ya pesaba casi cincuenta kilos, lo que no viene siendo habitual en esta raza. Es un perro cariñoso, tranquilo, educado y respetuoso con los humanos y con los de su especie. Andrés quisiera poder llevárselo a todas partes, lo echa mucho de menos. A su padre y a las hermanas del *top model* los paran por la calle, pues reconocen a Herry los seguidores de sus redes.

Me identifico mucho con Andrés, quien sin duda alguna es bastante más guapo que yo, no van por ahí los tiros. Me refiero a que Spock era un ejemplar de golden también muy peculiar, como lo es Herry. El estándar de esta raza suele estar entre veinticinco y treinta y dos kilos de peso y no a todos les gusta disfrutar del agua. A Herry no hay quien le saque de la piscina cuando este se mete en una, cosa que Spock también hacía. Además, me pasaba un poco con él lo que a Velencoso con Herry. En ocasiones había lectores que reconocían antes a Spock que a mí. De hecho, en una ocasión me ocurrió una cosa bastante particular. Por cuestiones burocráticas no me lo pude llevar a una gira promocional por América Latina, y más de la mitad de los periodistas que me entrevistaron me preguntaban primero por él antes que por cómo me iban a mí las cosas. Me hubiera encantado que Herry pudiera haber conocido a mi grandullón y que se hubieran dado un baño juntos.

Querido Herry, que la naturaleza te dé mucha salud y la vida te proporcione todas las alegrías del mundo.

BALOO, *INSTAGRAME*R POR SU CUENTA

El perro del jugador del F. C. Barcelona, Sergi Roberto, y la modelo israelí, Coral Simanovich, tiene también su propio perfil de Instagram. En este caso no es el can quien sale en las fotos de las *celebrities*, sino que son ellas quienes salen en su perfil.

Coral Simanovich y Sergi tienen bien repartido el tiempo que cada uno ha de pasar con Baloo, como si de un verdadero hijo se tratara. Así combinan su tiempo libre para que el caniche, que cuenta con más de cincuenta mil seguidores en sus redes sociales, siempre tenga a alguien que lo cuide y que, además, le ayude a subir fotos, vídeos e historias a la red.

PIPPA, UNA EMPRESARIA DE RAZA

Una de las *instagramers* perrunas más famosas es la chihuahua Pippa, que nos cuenta a través de su perfil sus gustos «perronales», sus aficiones y su día a día.

Pippa nació en la misma fecha que su hermana humana, el bebé más pequeño de la familia. Ambas vinieron al mundo un 22 de mayo de 2012. Entre las aficiones de Pippa están perseguir lagartijas, tomar el sol, comer fruta y jugar con todo ser vivo que se preste a ello.

Esta empresaria de cuatro patas, además, dispone de una página web propia a través de la cual hace sus pinitos en el mundo de los negocios. Se ha convertido en todo un referente en la promoción de productos, servicios y lugares que poder disfrutar y visitar todos juntos en familia sin que los miembros perrunos se sientan discriminados.

De manera muy inteligente, los audios y textos de los vídeos de sus redes y de la web están dirigidos en primera «perrona» a los miembros de su misma especie, siendo Pippa quien realiza las recomendaciones a sus colegas para que luego estos sean quienes nos lo cuenten a nosotros los humanos.

TUNA, DE VAGABUNDA A ICONO DEL RESCATISMO PERRUNO

Una persona sin alma abandonó en una carretera de San Diego a un cachorro de chiweenie, una raza que viene a ser un cruce entre perro salchicha y chihuahua.

El pequeño can quedó sin duda traumatizado bien por haber sido abandonado por la persona que él consideraba su mejor amigo o quizá por algo peor todavía. Por ello adquirió una manía que consistía en caminar arrastrando la panza por el suelo. Algún voluntario o trabajador del centro de rescate que se hizo cargo de él le puso por ello el nombre de Wormy —Gusanito—.

Una diseñadora de interiores llamada Courtney Dasher se enamoró de Gusanito nada más conocerlo. Le cambió el nombre por el de Señor Burns, personaje de la serie de animación *Los Simpson*, el excéntrico propietario multimillonario de la central nuclear, pero poco después lo llamó Tooney y, finalmente, Tuna.

El perro tenía una peculiaridad morfológica muy curiosa: los dientes le sobresalían exageradamente y esto llamaba mucho la atención, le daban un aire de dibujo animado muy gracioso. Courtney, su nueva amiga humana, le abrió a Tuna un perfil en Instagram, comenzó a subir fotografías y estas no tardaron en gozar de cierto éxito. Un año después de la apertura del perfil, una de sus imágenes recorrería el mundo entero haciéndose viral. Hoy día más de dos millones de usuarios de la red siguen a Tuna. El secreto de la fama del chiweenie es, sin duda, su aspecto, su sonrisa contagiosa, pero también su «personalidad».

En 2014 la rescatadora de Tuna dejó el trabajo de diseñadora de interiores para dedicarse a tiempo completo a ser la *community manager* de su amigo peludo. Tuna y Courtney no solo recorren el mundo a través de la red, sino que, además, lo hacen físicamente, pues viajan a lo largo y ancho del planeta siendo requeridos en múltiples eventos.

Tuna se ha convertido en un icono internacional, en una embajadora universal del rescate animal. El ejemplo de su vida, de cómo llegó desde una carretera de San Diego en la cual podría haber corrido la peor de las suertes, a convertirse en un perro que regala sonrisas a millones de personas a diario.

En esta historia humano-perruna, además de mencionar a sus dos protagonistas, debemos hacer lo propio con quienes gracias a su trabajo rescataron y cuidaron de Tuna hasta que su actual dueña-amiga se hizo cargo de él. Dándoles a estos amigos desde aquí, un justo reconocimiento por la labor realizada y nuestra gratitud en nombre de la humanidad. No sucede siempre, pero por suerte en ocasiones, donde hay un desalmado capaz de deshacerse de un ser sintiente como si de un objeto sin valor se tratase, hay otros muchos seres humanos que actúan como héroes anónimos salvando vidas, sacrificando su tiempo, su dinero, pero sobre todo siendo espectadores en primer plano del sufrimiento animal y de la falta de escrúpulos de algunos miembros de nuestra especie.

Courtney Dasher en sus charlas anima a los que la escuchan a adoptar animales abandonados. Además de esto un denominador común en sus intervenciones públicas es difundir el mensaje de que la verdadera belleza está en el interior del ser y pone como ejemplo a su precioso perro.

Tuna, quizá la persona que te abandonó fue tan imbécil que lo hizo porque tienes un aspecto diferente. Eso mismo es lo que nos has enseñado tú, que eres distinto a quienes son capaces de llevar a cabo actos tan execrables como son el abandono y el maltrato de seres inocentes.

MARNIE, CON LA CABEZA LADEADA, ¡PERO BIEN ALTA!

La perrita Marnie fue adoptada con once años de edad. Sabemos muchas cosas de su presente, por tratarse de un «personaje» público, pero nada se sabe en absoluto de su vida anterior. El servicio de control de animales de Connecticut la encontró en muy mal estado. Es una shih tzu, raza que requiere un cuidado constante del pelaje por ser este muy abundante, bastante compacto y porque les crece rápidamente.

Le tuvieron que extraer más de diez piezas dentales que tenía podridas, hacerle una profunda desparasitación y someterla a una cura de recuperación. Según determinó uno de los veterinarios que la atendieron, Marnie habría padecido un síndrome vestibular antes de ser rescatada, probablemente años atrás. Esta enfermedad una vez superada puede haberle provocado una disfunción que hace muy especial a Marnie, pero que no perjudica en absoluto hoy día a su salud.

Su cabeza está siempre inclinada hacia la izquierda, lo que provoca, junto a que tiene una lengua muy larga, que siempre tenga que llevarla fuera. La forma de caminar de la perrita también es especial, tiene los ojos muy saltones y en uno de ellos una gran catarata que le tapa en su totalidad el cristalino ocular. Toda su morfología y la falta de higiene hacía que la gente por ignorancia le huyera cuando vagaba por las calles, todo lo contrario que ahora le ocurre en las redes sociales.

Es su aspecto tan original y su historia dramática lo que hace que sus seguidores en Instagram se cuenten por centenares de miles. El carisma de la entrañable ancianita perruna es tal que muchísimos famosos están deseando hacerse fotos con ella para apoyar sus campañas.

A través de las redes sociales la persona que se hizo cargo de su adopción y la propia Marnie quieren concienciar a la especie humana de la adopción de perros, pero muy especialmente de la de canes ancianos. Seamos claros, aquellos a los que casi nadie quiere adoptar.

Tu lucha, Marnie, es dura, como tú has demostrado serlo también. Gracias.

GRACIAS A LAS REDES, GRACIAS A LAS PERSONAS

Seis patas, dos amigos es un claro homenaje al mágico binomio formado por los seres perrohumano. En *La vida con un perro es más feliz* vimos cómo el can había evolucionado en cuanto a especie animal se refiere y de qué manera este se había adaptado a convivir en nuestro mundo.

El hecho de ser la especie que junto al gato haya conseguido los mayores niveles de domesticación, no nos da derecho alguno a sobrepasar determinados límites de los cuales ya te he hablado a lo largo de estas páginas. Más bien todo lo contrario, lo que tenemos para con ellos es una serie de obligaciones y de responsabilidades muy importantes que cumplir.

Charlaba un buen día fuera de micrófono con un periodista en Ciudad de México antes de ser entrevistado, me contaba que allí había muchas, pero que muchísimas asociaciones que luchaban contra el abandono y a favor de la adopción de perros y que él participaba muy activamente en una de ellas. A veces la espontaneidad nos hace caer en errores inmediatos que son fruto de la ignorancia lo que no quiere decir que nos debemos sentir mal por ello, todo lo contrario, la ignorancia es el mejor punto de partida para el aprendizaje. Lo primero que le dije fue lo que me salió del corazón:

—¡Qué maravilla, así da gusto!

Me miró unos segundos triste y en silencio, y apesadumbrado me contestó que aquello era toda una desgracia, pues el hecho de que se generara tanta necesidad ante el rescate urgente de perros callejeros y su posterior búsqueda de un hogar se debía a que el número de abandonos era mayor de lo que jamás había sido en el estado. Que según crecían los abandonos, aumentaban los rescatistas y viceversa.

En España, hay en la actualidad más refugios, más protectoras, más santuarios y todo tipo de instituciones u organizaciones dedicadas a garantizar el derecho a una vida digna de los animales de los que jamás ha habido nunca. Detrás de esas organizaciones hay miles de personas anónimas que se dejan lo mejor de ellas por la causa, pero también soy consciente de aquello que me enseñó el periodista mexicano. Esto ocurre en mi país y en todo el mundo. Sigue habiendo individuos e incluso grupos sociales organizados que maltratan, abandonan y explotan impunemente a los perros. Gracias a los miles de voluntarios y voluntarias que trabajan contra ello la balanza queda equilibrada, pero el problema no desaparece.

Las redes sociales hacen más visible que nunca toda esta solidaridad generada con nuestros amigos de cuatro patas. Son innumerables los perfiles en internet de gente particular, de asociaciones y de todo tipo de colectivos que difunden o solucionan casos de pérdidas de perros, de denuncias de maltratos, de condena de abandonos o de búsqueda de adoptantes.

Es lamentable, pero por suerte ellos son minoría, también podemos ver en las redes cómo se hace apología de la caza, la tauromaquia y en ocasiones del maltrato no oficializado. Ojalá llegue

el día en que la lucha contra el maltrato y el abandono sea innecesaria porque ambas lacras sociales hayan sido desterradas para siempre de esta sociedad.

Nosotros continuaremos caminando por la vida a seis patas, nos llamarán locos por hablar con nuestros amigos peludos, por quererlos como a nuestros hijos, pero bendita locura. Se la deseo y recomiendo a todo el mundo.

Mis perros me hacen muy feliz, jamás leerán mis libros, por eso les agradezco su inagotable nobleza con cada caricia que les doy.

Poco más que decirte, mi querido amigo humano, ama y respeta a los perros como te amas a ti mismo. Ellos ya lo hacen así. Aprended del comportamiento ejemplar de otras especies no humanas y tened siempre claro que este es nuestro mundo, pero el mundo no es solamente nuestro.

AGRADECIMIENTOS

A quienes habéis estado a mi lado en uno de los momentos más difíciles de mi vida.
A todos mis lectores, por vuestra fidelidad y por todo el cariño que me transmitís.

Seis patas, dos amigos
Emilio Ortiz

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño, 2020
Fotografía de la cubierta: © Capuski / iStock / Getty Images Plus
Fotografía del autor: © Ana Ortiz
Documentación: Paco Aguado

© Emilio Ortiz Pulido, 2020
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda/ Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2020

ISBN: 978-84-270-4710-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Safekat, S.L.
www.safekat.com